

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo



Azcapotzalco

Departamento de Sociología
Área de concentración de Sociología política

Individualismo metodológico y teoría de juegos

Fundamentos de una teoría cognitivista de la acción

Presenta:

Antonio Villalpando Acuña
206210752

Asesor:

Dr. Godofredo Vidal de la Rosa

Sinodales:

Dra. Esperanza Isabel Palma Cabrera
Mtro. Víctor Sosa Godínez

Diciembre de 2010



AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer en primer lugar a mi familia. A mis padres por su apoyo y por haber invertido tiempo, dinero y esfuerzo en mi educación, que ha sido el mejor de todos los regalos posibles. A mi hermana Jimena por su paciencia ante mi falta de tiempo y tacto al dedicarme a este y a otros proyectos. A mi primo Aloshya por su apoyo incondicional y su divertida compañía. A mi tía Graciela por su siempre oportuna y sabia plática en momentos difíciles. A mi abuela María porque el orgullo que siente por mí ha sido siempre una motivación. A mi primo Amir por su interés y su consistente y edificante conversación.

Quiero agradecer a mis maestros. Al Profesor Godofredo Vidal, mi director de tesis y amigo, le agradezco su guía y su compromiso lakatosiano con las verdades científicas. A mi lectora Esperanza Palma por dar tan buen ejemplo de calidad académica y profesionalismo con su trabajo y con su dedicación. A mi lector Víctor Sosa por su guía y su dedicado interés en este trabajo, gracias al cual he tomado decisiones importantes para mi carrera. A mi tutora y amiga Concepción Huarte por su inmejorable disposición para ayudar en lo académico y extraacadémico. A mi Profesor Arturo Grunstein por mostrarme que la vocación académica sólo puede ser el reflejo de una constante preocupación por el estado del mundo real. A mi Profesora Elena Venier, de El Colegio de México, por hacer su mejor esfuerzo por enseñarme a escribir con elegancia y sencillez –espero que mi escritura algún día honre ese esfuerzo. A mi Profesor Fernando Escalante de El Colegio de México por enseñarme que la proximidad mental con la realidad social depende más del ingenio y las capacidades de observación y deducción que de la meditación sobre nuestras propias religiones científicas. Al Profesor Joseph Agassi, de Tel Aviv University, por su apoyo documental directo y por inspirar indirectamente gran parte de esta disertación.

Por último quisiera agradecer a todos mis amigos y amigas. Adriana: muchas gracias por todo tu apoyo y por tu invaluable amistad; realmente has probado ser digna de toda confianza y cariño. Rubén: te agradezco tu inmutable buena voluntad, poca es la gente que tiene un talante tan noble. Aline: gracias por estar ahí en los peores momentos. Yazmin: conversar contigo me ha hecho ver que de las cosas que en esta vida se necesitan para ser bueno en algo, la pasión es lo más importante. Velia: gracias por tu interminable inocencia y tu interés en la amistad. Por último y no menos importante, gracias Marisol por

tu amor, tu paciencia, tu tolerancia y tu anuencia, sin las cuáles no habría podido concluir este trabajo en estos meses.

Me disculpo por todos y todas las faltantes. A ellos, como a los mencionados, les seguiré mostrando mi gratitud en persona.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	i
ÍNDICE	iii
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1. INDIVIDUALISMO METODOLÓGICO	7
1.1 La familia del individualismo metodológico: la clasificación Udéhn	11
1.1.1 Individualismo metodológico contractualista	12
1.1.2 Individualismo metodológico de la economía clásica	14
1.1.3 Individualismo metodológico de la escuela marginalista: la teoría del equilibrio general	15
1.1.4 Individualismo metodológico de la escuela austriaca de economía	16
1.1.5 Individualismo metodológico de Karl Popper	18
1.1.5.1 El enfoque psicologista de J.W.N. Watkins	21
1.1.5.2 El enfoque institucional de Joseph Agassi	24
1.1.6 Individualismo estructuralista de James S. Coleman	28
1.2 Caracterización de un individualismo metodológico compatible con la teoría sociológica	32
1.3 De la necesidad de los ultras de incluir una proposición condicional	35
CAPÍTULO 2. LA TEORÍA DE JUEGOS	38
2.1 Una definición literaria de la Teoría de Juegos	40
2.1.1 Juegos en ciencias no sociales	42
2.1.2 Determinismo y probabilidad	43

2.1.3 Argumentos, razones, elecciones y decisiones	44
2.2 Juegos y equilibrio	48
2.2.1 Factores de conformación de un juego en ciencias sociales	48
2.2.2 Tipos de juego por su representación	50
2.3 Los dilemas teóricos fundamentales asociados a la Teoría de Juegos	54
2.3.1 Teoría de la utilidad	54
2.3.1.1 Concepto de utilidad: ordinal intensiva vs. escalar extensiva	
2.3.2 Inferencia bayesiana, inducción inversa y lógica de necios	57
2.3.3 Las preferencias a nivel axiomático	64
2.3.4 La aversión al riesgo	67
CAPÍTULO 3. LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL	69
3.1 El núcleo de la teoría de la elección racional	70
3.1.1 Núcleo identitario actual vs. núcleo axiomático	72
3.2 Un principio de racionalidad adecuado	75
3.3 Racionalidad cognitiva vs. racionalidad instrumental	79
3.4 Críticas a la Teoría de la Elección Racional	82
3.5 El problema del peso explicativo (micro-macro)	84
3.6 Agencia vs. determinación	86
3.6.1 La relación con la cultura	86
3.6.2 Independencia analítica	89
CONCLUSIÓN. LA RACIONALIDAD ACOTADA	96
BIBLIOGRAFÍA	103
ÍNDICE DE FIGURAS	109

INTRODUCCIÓN

*(...) This is why, though we seek to
create order, we do not simply condemn disorder.
We recognise that it is destructive to existing patterns;
also that it has potentiality. It symbolises both danger and power.*
-Mary Douglas, 1966.

En su famoso ensayo de 1988, *Separate Tables: Schools and Sects in Political Science*, Gabriel A. Almond describe su percepción del estado que guardaba la ciencia política entonces. Lejos de enterrarla (como ya es tradición en las ciencias sociales), Almond explicaba que la ciencia política estaba dividida en cuatro mesas diferentes, cada una de las cuáles representaba un cuadrante determinado por los continuums que van de la izquierda a la derecha políticas y de la “dureza” a la “suavidad” metodológicas. Dicho artículo trascendió por su sencillez y por analizar con seriedad, como pocas veces se ha hecho, la complicada relación que guardan los extremos en las ciencias sociales. La reflexión de Almond tuvo el acierto, más bien raro, de apegarse al sentido de realidad.

El objetivo de su crítica era reivindicar la escuela “dura” norteamericana – economicista, estadística – a la luz de una empresa mucho más amplia, la cual no debía olvidar ni pasar por alto los viejos métodos de la filosofía política, pero que no podía aspirar a rebasar la frontera ideográfica sin la punta de lanza de la ciencia política norteamericana. Esta empresa, los fenómenos políticos en sí mismos, requería de un criterio más amplio para superar la disputa que tenía a los cientistas políticos sentados en la misma cafetería, pero ocupando mesas diferentes separadas por zonas poco iluminadas e inundadas de un murmullo sin sentido. La moraleja de Almond era que no había nada de malo en las mesas más que su separación. Finalmente, lo que en dicho texto comenzó como una defensa de la tradición dura norteamericana, terminó siendo una defensa de los métodos de la antigua filosofía política ante la academia norteamericana, tan ocupada en la grandiosidad matemática y econométrica de sus estudios, eso, por supuesto, sin conceder el punto “clasicista” de Leo Strauss.

El asunto que me ocupa en esta disertación es similar al problema planteado por Gabriel Almond en 1988 y subsecuentemente en 1990 en su libro *A Discipline Divided: Schools and Sects in Political Science*. En este caso, mi propósito es hacer una breve reflexión acerca de los puntos de inflexión en una relación que es tan o más problemática que la que describía Almond: la relación entre el análisis microsociológico y el análisis macrosociológico. Mi punto de partida, limitado por el estado actual mis conocimientos —es mejor que decir “por mi ignorancia actual”—, me impide hacer un análisis de amplitud bibliográfica semejante a la de Almond. No obstante, no he ceñido mis ambiciones al conocimiento que como sociólogo tengo de las tradiciones sociológicas clásicas, sino que planteo este trabajo como un ejercicio de exploración lo mismo que de discusión. Espero que el lector excuse mi impericia técnica —temporal, por supuesto—, pero que contemple mis argumentos con la misma pasión que a mí me motiva a incursionar en territorio un tanto cuanto ajeno —al menos en América Latina— para buscar mejorar una ciencia en la cual, al igual que en la ciencia política plasmada por Almond, se cometen excesos en ambas direcciones: la sociología. Emulando a Mary Douglas, me parece prudente y necesario hacer ciertas advertencias: quien crea que en este texto defenderé el individualismo metodológico a ultranza y/o en detrimento de las tradiciones sociológicas clásicas, debe dejar de leer ahora mismo. Lo mismo debe hacer quien crea que esta disertación tiene el propósito de “guiar” la investigación sociológica hacia uno u otro extremo, al igual que quien tenga toda clase de ambiciones puristas o reduccionistas *ad absurdum*. Con este trabajo, doy por comenzada una faena de robustecimiento y mejoramiento de la sociología y de las ciencias sociales, no una cacería de brujas ni una “guerra”.

El conflicto que me ocupa en estas páginas es muy antiguo, y al igual que el problema de Almond, se puede identificar “taxonómicamente” como un problema del tipo ideográfico vs. nomotético. Una vez más, se enfrentan dos métodos, en teoría, diametralmente opuestos: uno ideográfico, histórico, y otro nomotético, matemático y presentista —para muchos, incluso naturalista. La reyerta sociológica, no obstante, está reforzada por sus vínculos con otras ciencias y disciplinas, así como por las malinterpretaciones e hipérboles que se hacen de cada lado de la cerca, por lo que el *continuum* metodológico queda mejor definido como colectivismo metodológico *versus* individualismo metodológico. El colectivismo incluye posturas culturalistas y conceptual-

colectivistas, dentro de las cuáles se pueden contar a las tradiciones sociológicas clásicas como el interaccionismo simbólico, la sociología fenomenológica y la sociología de la cultura. El individualismo metodológico como tal es una empresa relativamente reciente en la sociología, pero abarca un amplio acervo conceptual y teórico que va desde los padres fundadores y la sociologías interpretativa y estadística (específicamente Max Weber, aunque suele contarse al Durkheim de *El Suicidio* también) hasta lo que en el presente se ha dado por nombrar *sociología racionalista* o *sociología de la elección racional*, con sus exponentes más notables James S. Coleman y Raymond Boudon, pero con raíces en la sociología matemática contemporánea y en la psicología matemática de importantes teóricos como Anatol Rapoport.

Con mucha frecuencia se lee en las publicaciones del gremio que la sociología está en crisis, que la ciencia política ha muerto o que las ciencias sociales se encuentran en un vado en el que prácticamente han decidido acomodarse y vivir para siempre al abandonar las pretensiones de convertirse en ciencias nomotéticas, o bien al extraviarse en una nube de conceptos y teorías parciales, excluyentes o politizadas. Al respecto de dichas aseveraciones se pueden identificar tres grandes posturas: a) los que defienden la idea de que dichas pretensiones nunca debieron ser en virtud de que consideran que las ciencias sociales son descriptivas, ideográficas e interpretativas por la naturaleza misma de su objeto de estudio, b) el grupo, casi extinto, que consideraba que las ciencias sociales debían imitar a las ciencias naturales en cuanto productoras de leyes y un tercer grupo, en el que me cuento, c) formado por todos aquellos que i) tenemos la convicción de que en el gremio contamos con los instrumentos necesarios para producir conocimiento estructurado, sistematizado, generalizable, preciso y ceñidamente codificado, o como se dice en una palabra, *ciencia* y que ii) estamos conscientes de la enorme diferencia que existe entre un hadrón o la antimateria y un ser humano –diferencia que asombrosamente no obviaron los positivistas más comprometidos. Partiendo de esa postura “intermedia”, es innegable la existencia de un problema con las ciencias sociales y en particular en la sociología. No se trata, sin embargo, del exagerado escenario que implica muerte, pasmo, agonía o crisis. La sociología es una ciencia con un conjunto de conceptos sólidos, bien definidos y válidos en contextos muy variados, y no se diga de la ciencia política o de la economía. Es absurdo participar de esas histerias colectivas: la sociología existirá mientras existan relaciones

sociales, lo mismo que la filosofía existirá mientras exista algo y exista alguien que le ponga nombre. Como dijo Dios, “Nietzsche ha muerto”. Ya veremos a cuántos entierran las ciencias sociales y las humanidades.

El problema en las ciencias sociales, que afecta particularmente a la sociología, fue definido de forma muy simple por James S. Coleman: “la teoría social continúa hablando del funcionamiento de sistemas sociales de comportamiento, pero la investigación empírica se preocupa por explicar el comportamiento individual” (Coleman, 1990:1). Esa división también se expresa como la vieja, rancia e inútil disputa entre los llamados *cualitativistas* y los *cuantitativistas*, los primeros frecuentemente identificados con la etnometodología y los estudios culturales y los segundos con el individualismo metodológico y la teoría económica. El resultado es un cisma ocioso que genera, por un lado, estudios *sobre-cualitativos* cuya validez científica es cuestionable —algunos llegando al extremo de presentar un valor exclusivamente lírico/literario— y estudios *sobre-cuantitativos* absurdos y áridos con errores/carencia de interpretación en los que no incurriría un antropólogo, aún siendo uno no muy bueno.

El objetivo general de esta disertación es hacer una revisión detallada de los argumentos y de las implicaciones que tiene la Teoría de la Elección Racional para la sociología, desde sus premisas básicas hasta las particularidades metodológicas implícitas en el cuerpo teórico de ese enfoque, con la intención de emitir una opinión acerca de los límites y de las reservas con las que se debe de tomar. Otro objetivo es analizar la utilidad de la Teoría de Juegos para la sociología, ya que se considera que la relación que mantiene esta teoría con el enfoque de la elección racional debe tomarse con ciertas reservas en virtud de algunos elementos constitutivos e identitarios de la sociología. Precisamente, la “integración crítica” de la Teoría de Juegos a la ciencia política nos pone al tanto del modo restrictivo que se debe tener con algunos presupuestos incluso matemáticos para integrar la teoría de la elección racional a cualquier ciencia social no-económica con la menor cantidad posible de obstáculos y objeciones.

En virtud del panorama vagamente descrito en las líneas anteriores, éste trabajo se ha diseñado con tres propósitos específicos, mismos que se reflejan en su división temática, la cual a continuación describo.

En el capítulo 1 se analizan las implicaciones y las principales ideas asociadas al marco teórico general en el cual se desenvuelven los estudios microsociológicos y específicamente, la Teoría de la Elección Racional: el individualismo metodológico. Se presenta una reflexión que comienza por distinguir entre distintas versiones de individualismo metodológico, las cuales se distribuyen a través de *continuums* de “rigor”, pasando del nivel más exigente –relacionado con la economía— considerado incluso como un individualismo ontológico, al nivel menos exigente o reservado, al que se le adjudica el uso de una lógica situacional. La intención de ese capítulo es proporcionar herramientas conceptuales para esclarecer el hecho de que no todo individualismo metodológico es incompatible con el colectivismo y las críticas que se hacen desde el mismo.

En el capítulo 2 exploro la relación que existe entre la Teoría de Juegos, analizada someramente, y los supuestos teórico-analíticos derivados de ella que supuestamente la convierten en una anexión incómoda para la sociología o para toda ciencia social no relacionada a la economía. El propósito del capítulo es representar a la Teoría de Juegos como una herramienta sumamente útil, pero que tiene que ser tomada con reservas. Se plantea esta sección no como a manera de una digresión concluyente, sino como una advertencia, como un *mapa de un campo minado*.

En el capítulo 3, finalmente, exploro la conformación de una Teoría de la Elección Racional basada en las delimitaciones elaboradas en los capítulos 1 y 2, integrando el análisis de un individualismo metodológico y las advertencias sobre la Teoría de Juegos a la construcción de un esquema teórico basado en un concepto de racionalidad ceñido por las condiciones axiomáticas de lo que el profesor Raymond Boudon llama Teoría Cognitivista de la Acción.

El cumplimiento de los tres propósitos tiene un sólo objetivo: emitir un juicio acerca de cómo debe adoptar la sociología el enfoque de la elección racional. En este trabajo se toma partido por la adopción del enfoque en todas las especialidades de la ciencia en cuestión, pero se considera que se deben hacer ajustes en virtud de que algunas críticas hechas al enfoque de la Teoría de la Elección Racional son perfectamente válidas y más aún si se toman desde la óptica de una ciencia que siempre está en contacto con el análisis cultural –el cual ya es parte constitutiva del cuerpo teórico sociológico en virtud de la cercanía de la sociología con la antropología.

Este estudio no se hizo con la intención de sostener un argumento purista, sino más bien de acercar posturas que típicamente se consideran opuestas: el individualismo metodológico y colectivismo metodológico. No existen razones suficientes para considerar que sean enfoques mutuamente excluyentes. La mutua exclusión es una idea obsoleta que fundamenta falsas dicotomías decimonónicas. Los sistemas de teorías que fundamentan enfoques metodológicos no son nunca totalmente contradictorios, y los sociólogos deben ser los primeros en deshacerse de ánimos puristas, pues el purismo sólo ha llevado a la práctica sociológica al determinismo matemático (disfrazado de estadística) o a la metateorización espiritualista (disfrazada de determinismo cultural). Los enfoques pueden considerarse como niveles analíticos autoreferenciales en términos metodológicos, pero que en la práctica son inexistentes por separado. Lo social está dado por tendencias medibles y generalizables pero siempre susceptibles a la particularidad espacial y temporal.

Es tema de una enciclopedia el reconciliar la sociología de la cultura con el individualismo metodológico; *eo ipso*, el objetivo es estrictamente metodológico y está dirigido al análisis conceptual de los presupuestos básicos y ciertas implicaciones. No se pretende en este trabajo agotar la bibliografía o abundar en el análisis de los argumentos a favor y en contra. La consecución del objetivo de este ejercicio es sin duda aportar una reflexión ilustrada acerca del tema y sugerir un curso de acción para el investigador sociológico.

CAPÍTULO I. INDIVIDUALISMO METODOLÓGICO

Speaking loosely, one can say that climate, famine, the location of minerals, and other physical factors help to determine history, just as one can say that alcohol causes road accidents. But speaking strictly, one should say that alcohol induces changes in people who drink it, and that it is the behavior of some of these affected people, rather than alcohol itself, which results in road accidents.

J.W.N. Watkins, 1955.

La Teoría de la Elección Racional funge actualmente como centro de un enfoque de las ciencias sociales denominado individualismo metodológico (en adelante IM), el cual ha sido erróneamente relacionado cuasi-exclusivamente con la teoría económica. Por un lado, dicha relación se estableció por el origen de la expresión *individualismo metodológico*, la que fue usada por primera vez por Joseph Schumpeter en su ensayo de 1908 “Wesen und Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie” (La naturaleza y la esencia de la economía teórica), y en su posterior ensayo “Methodological Individualism” del mismo año, el cual sería el primero en inglés en contener dicha denominación. A eso hay que agregar que Schumpeter sostenía, al igual que el prejuicio actual, que el individualismo metodológico era un modo de proceder analítico exclusivo de la economía. Por otro lado, esa relación es el fruto de la crítica a la teoría económica clásica y neoclásica, que lejos de ser infundada, en la mayoría de los casos es imprecisa por el sólo hecho de considerar que la teoría económica —clásica, neoclásica, marxista, la que sea— es una unidad de sentido filosófico-metodológico.

Max Weber fue quien importó el concepto para la teoría sociológica, ya que el IM está inexorablemente ligado a la sociología interpretativa en virtud de que ésta trata las acciones de los individuos y su interpretación como las unidades básicas de análisis. La sociología interpretativa de Max Weber está basada, al menos a nivel metodológico, en una concepción nominal-idealista que, como se verá más adelante, forma parte de varias tradiciones y formas de individualismo metodológico. Como afirma Lars Udéhn:

La razón por la cual la sociología interpretativa de Weber implica un método individualista es porque sólo los individuos le adjudican un significado subjetivo a su comportamiento. No hay tal cosa como una personalidad o actor colectivo. Los colectivos no son otra cosa que complejos de individuos actuando en cierta forma. Si la gente frecuentemente usa conceptos colectivos y más aun, cree que se refieren a algo real, esto hace de ellos algo “real” en cierto sentido, pero su realidad yace exclusivamente en las acciones y creencias de individuos” (Udén, 2002:485).

Cabe señalar que en este trabajo, así como en la mayor parte de la literatura reciente sobre el tema, se hace hincapié en la palabra *metodológico* específicamente en contraposición a *ontológico*. Esta precisión, como se verá a continuación, no es ociosa. Una buena parte de las críticas dirigidas a la TER y al IM se centra en juicios sobre lo que podría ser descrito más bien como un individualismo ontológico, lo que solamente se puede asociar con las escuelas de pensamiento individualista más radicales. Marcar esta diferencia es importante, pues un esencialismo individualista inevitablemente llevaría a suponer la supremacía analítica del individuo sobre toda entidad colectiva en cualquier aspecto y esquema, lo que por supuesto no es lo que aquí se pretende. Es claro que el establecimiento de la sociología fue sólo posible gracias a la heroica defensa llevada a cabo por el colectivismo metodológico —desde Spencer y su nomotetismo determinista hasta la Escuela de Chicago y el interaccionismo simbólico—, pero aquí se argumenta que no está en manos de éste perfeccionar los métodos de investigación. Ha llegado la era del individualismo metodológico y, mejor aún, llegará la era de la unificación si tenemos la habilidad y el tacto para crear consenso y proponer soluciones.

El estudio de las relaciones sociales y la necesidad de vincular las interpretaciones de hecho con factores causales provocó el cisma de cismas de las ciencias sociales: el colectivismo contra el individualismo. El colectivismo ha creado explicaciones sistémicas y estructurales, mientras que el voluntarismo ha echado mano de explicaciones psicológicas y “racionalistas”. El colectivismo, por un lado, sostiene que la sociedad es un todo mayor a cualquiera de sus partes, que la sociedad determina las metas del individuo y que las

condiciones sociales constriñen y limitan el comportamiento individual. Por otro lado, el individualismo sostiene que los individuos son los únicos con metas e intereses, que éstos actúan de acuerdo a sus metas y que la estructura social puede interpretarse como un agregado de voluntades individuales (Agassi, 1960:244). La división en esos términos parece tajante, y no es para menos. Sucede que dicha dicotomía se parece al absurdo y pueril enigma del huevo y la gallina. Se parece tanto que incluso podemos decir que, al igual que sucede con el huevo y la gallina, uno puede ser perfectamente consecuencia del otro; es decir, en este caso es innegable que existen reglas comunes y significados compartidos que limitan y guían las acciones humanas —la conciencia de clase, la nacionalidad, las convenciones—, pero también es cierto que las sociedades como entidades no deciden ni actúan, no contienen preferencias *per se* y no contienen ningún mecanismo “mágico”. Al respecto, Jon Elster (1982:453) menciona que “esta doctrina [el individualismo metodológico] no es incompatible con los siguientes enunciados verdaderos: a) Los individuos a menudo tienen metas que involucran el bienestar de otros individuos; b) Ellos suelen tener creencias sobre entidades supra-individuales que no se pueden reducir a creencias sobre individuos; c) Muchas propiedades de los individuos, como ‘poderoso’, son irreductiblemente relacionales, por lo que la descripción precisa de un individuo puede requerir referirse a otros individuos”. La gran mayoría de los seres humanos no está consciente ni actúa en pos de un papel histórico; esto implica, por un lado, que su racionalidad es limitada, finita y latente, y, por otro lado, que su misma inconsciencia lo separa de la “determinación” de representar su papel en la historia, la que el colectivismo metodológico necesita concebir como consistente e incesante. El ser humano es racionalmente reactivo a las condiciones que crea y recrea en grupo. Si esa sentencia es cierta —verdadera—, entonces ni colectivismo ni individualismo metodológico le hacen honor a la realidad social.

Si consideramos sanamente que no hay un “enfoque ganador” entre colectivismo metodológico e individualismo metodológico, ¿por qué salir a la defensa del segundo y hablar de una lucha contra el colectivismo totalizador? Por el duro golpe con la realidad: una postura auténticamente escéptica y pragmática como la mía no es precisamente lo más común en ningún lado de la cerca, o bien, en ninguna de las *separate tables* de Gabriel Almond. El hecho es que en la mesa sociológica el individualismo metodológico ha sido

sistemáticamente ignorado so pretexto de proteger el marco conceptual de la sociología clásica y su identidad. Si bien en cierto escenario no es injustificada dicha actitud de proteccionismo, el error consiste en etiquetar todo posible enfoque metodológico-individualista a causa de los excesos de un tipo específico de IM o de su interpretación por parte de algún individualista irreflexivo.

Antes de hablar de una posible tipificación de los distintos enfoques metodológicamente individualistas, es importante notar que hay un vago grupo de ideas que se asocian con el IM, el que podríamos llamar “lo que se entiende ‘comúnmente’ por individualismo metodológico”. El mejor lugar para hallar una imagen de ese grupo de ideas es en los trabajos de detractores serios del IM, como el doctor Harold Kincaid, quién en su artículo “Reduction, Explanation and Individualism” (1986:493) menciona un grupo de tesis que se identifican con el IM en general:

- a) Las teorías sociales se pueden reducir a teorías sobre el individuo
- b) Toda explicación de los fenómenos sociales debe referirse únicamente a individuos, sus relaciones, disposiciones, etc.
- c) Toda explicación totalmente adecuada de los fenómenos sociales debe referirse únicamente a los individuos, sus relaciones, disposiciones, etc.
- d) Una teoría individualista es suficiente para explicar totalmente los fenómenos sociales
- e) Una teoría individualista es suficiente para explicar una parte de los fenómenos sociales
- f) Alguna referencia a los individuos es una condición necesaria para cualquier explicación de los fenómenos sociales
- g) Alguna referencia a los individuos es una condición necesaria para una explicación comprehensiva de los fenómenos sociales

Resulta evidente que el IM no es una empresa intelectual uniforme, y que deben distinguirse los distintos enfoques y acercamientos en forma gradual, como “lugares” en uno o varios continuums, esto con el propósito de establecer la frontera entre esa

constelación de prejuicios y la realidad o bien, convertirlos en juicios informados. A continuación se presenta una tipificación del IM.

1.1 La familia del individualismo metodológico: la clasificación Udéhn

El problema del individualismo no es nuevo. Los partidarios y detractores de la Teoría de la Elección Racional no son los primeros que se han cuestionado sobre la validez de las premisas individualistas. Según Lars Udéhn (2002:480) el problema se puede rastrear incluso hasta la Grecia antigua en la cual, según él, tanto epicúreos como ciertos sofistas sostenían una teoría individualista de la sociedad. “Sofistas” puede referirse a muchas personas, por lo que no es muy clara la glosa en ese aspecto, pero sin duda Epicuro de Samos es el perfecto representante de un individualismo metafísico con sus ideas acerca de los principios de indeterminación asociados a la existencia del libre albedrío. Udéhn también sostiene que “La teoría permaneció latente en la Edad Media pero fue revivida en gran escala en los siglos XVI y XVII. Sus mayores representantes fueron, creo yo, Thomas Hobbes y John Locke, y de estos el primero fue más importante, al menos para las ciencias sociales.” (*Ídem*). Su observación sobre la Edad Media puede aceptarse, pero con ciertas reservas, pues no es cosa menuda el extensivo y concomitante uso de la lógica aristotélica por parte de los escolásticos más notables y del individualismo implícito en el uso de la razón aún en condiciones de subordinación a la fe.¹

El problema de la aceptación del individualismo metodológico ha tenido varias interpretaciones. Como se ha sugerido con anterioridad, hay gran variedad de aspectos ontológicos, epistemológicos, políticos y técnicos que hacen al IM algo “incómodo” para el tratamiento de ciertos temas mediante enfoques particulares. Suele decirse, por ejemplo, que las teorías del cambio y/o del conflicto y su base teleológico/historicista son explicaciones fundamentalmente opuestas al individualismo metodológico y su nivel de abstracción, e incluso se afirma que ambas son concepciones científicas con implicaciones

¹ Para fines de este trabajo consideraremos la cuestión de la Edad Media como de nulo valor científico en virtud del obstáculo que representa el trascendentalismo cristiano para toda teoría, pero se deja abierta la posibilidad de una discusión posterior sobre la existencia y forma del individualismo y de la razón en los diez siglos “oscuros”.

políticas irredimibles y que en consecuencia son como el agua y el aceite. Las acusaciones no son infundadas; no obstante son, por lo menos, imprecisas en el sentido político y nocivas en el sentido metodológico. Jon Elster (1982:454) incluso afirma que “sin un conocimiento sólido sobre los mecanismos que operan a nivel individual, las principales afirmaciones marxistas sobre macroestructuras y cambio en el largo plazo están condenadas a permanecer en el nivel de la especulación”.

La clasificación del Profesor Lars Udéhn de los distintos tipos de individualismo metodológico es probablemente la mejor y más precisa hecha hasta el momento, por lo que para fines de este trabajo se ha de tomar sin modificaciones. La necesidad imperante de combatir el prejuicio que pesa sobre el individualismo metodológico en el gremio sociológico nos lleva necesariamente al reconocimiento de las diferencias del mismo y de su tipificación. Nótese la cabal clasificación del profesor Udéhn, la cual divide al IM moderno en seis tipos básicos: a) El vinculado al contractualismo de fines de la Baja Edad Media; b) el implícito en la teoría económica clásica; c) el explicitado en la teoría económica neoclásica asociada a la escuela marginalista; d) la variante explicitada en la economía neoclásica, específicamente en la escuela austriaca de economía; e) el individualismo asociado a la lógica situacional de Karl R. Popper, que a su vez se divide en dos enfoques: el psicologista y el institucional y f) el individualismo estructuralista de James S. Coleman. A continuación se presenta esta clasificación con un poco más de detalle.

1.1.1 Individualismo metodológico contractualista

Según Lars Udéhn (2002:481), el contractualismo —en la forma presentada por Thomas Hobbes en *El Leviatán*— es una teoría individualista en virtud de que, por ejemplo, la idea del *estado de naturaleza* presenta una humanidad compuesta por seres que actúan de modo egoísta y en función de sus necesidades y pulsiones individuales. La salida de este estado de naturaleza implica un proceso de racionalización vinculado a intereses egoístas, es decir, el esfuerzo por hacer leyes e instituir autoridad(es) es la expresión de la forma agregada del miedo a la violencia y la rapiña que cada individuo siente en el desagradable estado donde la “vida es solitaria, pobre, brutal y breve” (Hobbes, 1982

[1651]:192). Udéhn incluso afirma que “La teoría hobbesiana del contrato social es un ejemplo temprano de una explicación tipo elección racional de un fenómeno social” (Udéhn, 2002:481). No suena descabellado, e incluso se puede robustecer el argumento con las ideas de Rousseau acerca de la naturaleza humana. Curiosamente, aún cuando parte de una premisa totalmente opuesta a la de Hobbes –el buen salvaje–, Rousseau llega a la misma conclusión que el filósofo inglés cuando afirma que si bien el interés individual está dado en principio por el instinto, el Estado se conforma como una entidad de razón y el sometimiento del individuo al cuerpo político se da en función del interés racional de cada particular de asegurar su continuidad a través de las ventajas que le proporciona la asociación o pacto (Rousseau, 1979 [1762]:11). Es cierto que ambos filósofos adjudican la aparición del poder político a causas totalmente distintas –el miedo en Hobbes, la conveniencia material en Rousseau; ambos totalmente conjeturales–, pero el mecanismo es el mismo: razonamiento individual.

La forma en que Thomas Hobbes describe el proceso en el cual la humanidad pasa de ese hipotético *estado de naturaleza* a la conformación del poder político tiene dos implicaciones fundamentales que sirven para considerarlo un antecedente arcaico –¡no demasiado arcaico! – del individualismo metodológico:

- a) Aceptar el concepto del *estado de naturaleza* implica reconocer que el individuo existe antes que la sociedad. Si bien es un presupuesto totalmente individualista, no es una condición de posibilidad del IM. El concepto de individuo, mientras no implique ser la creación y resultado de las estructuras, es analíticamente apto para el MI, no importando si se le considera previo, coincidente o posterior a la sociedad. Lo importante del “individuo individualista” es que conserve la posición de *agente* en el esquema analítico.
- b) La concepción de voluntad política como colección de voluntades individuales. El tránsito del estado de naturaleza al establecimiento del poder del soberano cumple con una condición *sine qua non* del individualismo metodológico: la propiedad agregativa. Una decisión colectiva como el momento fundacional de la soberanía debe adjudicarse a la suma de decisiones individuales para poderse considerar como un elemento explicativo “estilo” IM. No debe pasarse por alto que la propiedad

agregativa del individualismo metodológico no se toma aquí y no debe tomarse sin las reservas pertinentes, como que las decisiones individuales no son todas igual de importantes.

1.1.2 Individualismo metodológico de la economía clásica

Udén toca el tema del individualismo desde la base epistemológica con la que más se ha asociado la TER: el *homo economicus* de la teoría económica clásica. Esta expresión, asociada siempre con Adam Smith, involucra otras nociones que podrían ser consideradas menos individualistas según Udén, pero que en realidad no lo son. Para el autor la falta de un individuo abstracto –asocial— en esa literatura y la existencia de una noción de individuo formado por la historia y las instituciones es una muestra de que Adam Smith es un “individualista institucional” (Udén, 2002:482). Udén contrapone a Smith con John Stuart Mill, a quién denomina un “individualista psicológico” en virtud de que éste filósofo sostenía la necesidad de considerar bases psicológicas para un acercamiento empírico a la realidad humana. Es cierto, claro está, que el problema es mucho más complejo, y en el caso de John Stuart Mill involucra discusiones sobre las relaciones entre el placer y la utilidad, pero el individualismo como se define en estas líneas parece tan sólo la consecuencia lógica del reconocimiento de la existencia de la conciencia individual, la voluntad, la necesidad y el deseo. La negación de la idea general requeriría un contrapeso filosófico, teológico o metafísico cuyas implicaciones afectarían directamente las ideas de la voluntad, la libertad y la conciencia individual.

Si bien, por lo dicho anteriormente, el individualismo implícito en la teoría económica clásica es sólido por su sencillez, generalidad y “poca notoriedad”, hay una idea que tiene una serie de implicaciones ante las cuáles se debe ser, cuando menos, escéptico(a). Esta idea es la expresada en el concepto de *orden espontáneo*. La idea de que el orden no es creado intencionalmente parece funcionar cuando se habla de los mercados - aunque también sea algo dudoso—, pero cuando se habla de comunidades políticas surgen entonces serios problemas conceptuales y teóricos. La idea no solamente se enfrenta con el contractualismo, sino que desmantela la parte total del derecho constitucional al reducir las

leyes a consecuencias no intencionadas —espontáneas... ¡puff!— de la lucha de poder entre individuos que se encuentran en ámbitos que se presume funcionan como mercados. Más aún, subestima la influencia de las instituciones y concede al azar, *a la mano invisible*, un peso explicativo enorme en detrimento de las explicaciones culturales e históricas, debilitando, además, la “racionalidad” de toda explicación y reduciendo al absurdo el papel de la voluntad en la existencia social.

1.1.3 Individualismo metodológico de la escuela marginalista: la teoría del equilibrio general

En la década de 1870 la economía neoclásica experimentó la que probablemente es la más importante de sus revoluciones paradigmáticas. Se trata de lo que se conoce como la revolución marginalista, la que lleva dicho nombre en virtud de los conceptos relativos al análisis marginal (utilidad marginal, principalmente) introducidos por el economista francés Léon Walras y por los trabajos de Carl Menger y Stanley Jevons. La revolución marginalista implicó para la economía neoclásica un momento paradigmático, pues fue gracias a análisis marginal que se desarrolló la Teoría del equilibrio general, la que necesitó de un fuerte esquema metodológicamente individualista para sostener sus premisas fundamentales.

La Teoría del equilibrio general (en adelante TEG) afirma que el mercado (o mercados) llegan a un equilibrio general que surge del ajuste que se produce entre la oferta y la demanda. Esta propiedad supone que existe un precio óptimo, o precio de equilibrio, en el que los consumidores se ajustan al precio y los productores a la cantidad de forma unitaria, marginal y discreta. El precio se dice entonces que cumple con ser paretoóptimo, es decir, que maximiza la utilidad de cada participante deteriorando o afectando al utilidad del otro lo menos posible. Para poder sostener que semejante equilibrio es posible, es necesario contar un una base metodológica individualista.

El individualismo metodológico asociado a la TEG es, según Lars Udéhn, una forma extrema, pues implica que a) las acciones de los individuos son resultado de sus condiciones psicológicas, de b) el entorno físico y c) las acciones de otros individuos

(Udéhñ, 2002:483). Esta forma de IM supone que al estar las decisiones de los individuos solamente afectadas por sus condiciones psicológicas, el entorno físico y las acciones directas de otros, luego entonces se pueden explicar las acciones sociales como producto cerrado de este grupo de premisas, sin necesidad de considerar factores sociales o institucionales o, cuando mucho, colocándolos fuera del modelo explicativo.

La revolución marginalista dotó a la economía neoclásica del trasfondo conceptual necesario para excluir las variables sociales, sistémicas no intuitivas e institucionales de su repertorio de explicaciones. Sin embargo, el paradigma evolucionó a su estado “total” en virtud de las contribuciones teórico-matemáticas de Kenneth Arrow y Gerard Debreu, en especial con el modelo Arrow-Debreu que plantea que de atribuírsele ciertas propiedades matemáticas a los productores y a los compradores, entonces la cantidad total de productos demandados y de productos ofertados se encuentra siempre en “equilibrio” para todo mercado, sin importar su tamaño.

El modelo Arrow-Debreu es utilizado en economía financiera, especialmente en análisis microeconómico. Por motivos evidentes, la TEG y el modelo Arrow-Debreu no son de interés para la temática de este trabajo. El hiper-individualismo metodológico implícito en ambos paradigmas no tiene cabida en la sociología, y los economistas mismos deberían dudar de si realmente se trata de un esquema que pueda asir satisfactoriamente la naturaleza y las características de mercados completos (y abiertos), nacionales e internacionales. Para la sociología sencillamente es inaceptable sostener que las instituciones y las normas son variables exógenas. Es precisamente ante este tipo de IM que se han hecho escépticos los sociólogos, y con toda razón.

1.1.4 Individualismo metodológico de la escuela austriaca de economía

Suele nombrarse a la escuela económica neoclásica como si se tratara de una unidad de sentido académico; sin embargo, está muy lejos de serlo. Se puede decir que hay dos grandes ramas de la economía neoclásica en sentido metodológico: la mencionada escuela marginalista de la teoría del equilibrio general, y la escuela austriaca de economía. Como menciona Lars Udéhñ (2002:484), “la escuela austriaca de economía suele mencionarse

como parte de la economía neoclásica, pero difícilmente es parte de la corriente dominante”. Al afirmar esto, hay que referirnos principalmente al aspecto metodológico, pues la escuela austriaca de economía (en adelante EAE) no es tan individualista como suele pensarse.

A las dos vertientes principales de la EAE las llamaré aquí el enfoque atomista y el enfoque fenomenológico. El *enfoque atomista* proviene, evidentemente, de Carl Menger, el autor que se considera fundó la EAE con sus obras *Principles of Economics* de 1871 y *Problems of Economics and Sociology* de 1883 (*Ídem*), las que incluían su propuesta de un análisis de las acciones de los seres humanos, las que consideraba las unidades básicas de toda acción social y económica. El *enfoque fenomenológico* es representado por Ludwig Von Mises, ya que en sus múltiples ensayos y libros (entre los que debemos notar *Epistemological Problems of Sociology* de 1933 y *Human Action. A Treatise on Economics* de 1949) defendía un individualismo metodológico notoriamente influenciado por la sociología interpretativa de Max Weber y por la fenomenología de Edmund Husserl.

El individualismo metodológico de Ludwig von Mises estaba fundamentado en tres presupuestos nominalistas asociados con la fenomenología:

- a) Como tesis ontológica, sostiene que sólo los seres humanos existen en referencia a sus acciones, leyes, e instituciones.
- b) De dicha aseveración, se deriva entonces una tesis ontogenética: la sociedad, las leyes, las normas, las instituciones, etc., son, en consecuencia, “cosas” que sólo existen en la mente de los seres humanos y son consecuencias de su acción.
- c) Si lo demás es cierto, luego entonces, debemos aceptar la premisa epistemológica de que todo conocimiento sobre la sociedad se deriva necesariamente del conocimiento acerca de los individuos.

Atendiendo a las obvias implicaciones de estas premisas, puede decirse entonces que el individualismo metodológico de Ludwig von Mises es un enfoque subjetivista-fenomenológico.

La trascendencia del enfoque atomista de Carl Menger se puede observar en el discípulo más famoso de von Mises, y probablemente el individualista metodológico más

importante para la economía: Friedrich von Hayek. Este economista reprodujo y amplió la visión de Menger al proponer un análisis económico sintético basado en la idea del surgimiento de órdenes espontáneos (*Ibid*:486). Su visión heredó elementos epistemológico-ontológicos de la visión de Menger, pues al igual que él, sostiene que todo lo que es producido por el ser humano debe interpretarse y analizarse en términos subjetivos, pues todo está en función de los individuos y sus creencias acerca de ese todo. Carl Menger sostenía que “Instituciones sociales como la familia, el Estado, las leyes y el dinero emergen orgánicamente como las consecuencias no-intencionadas de una secuencia de acciones que con frecuencia son intencionales y racionales por sí mismas” (*Ibid*:484). No obstante, von Hayek se separó un poco de esta visión al considerar que “el sentido común es el punto de partida pero no el final de las ciencias sociales. La razón principal de esto es que las acciones humanas tienen consecuencias no buscadas que van más allá de los significados que los individuos les adjudican. Es la labor principal de las ciencias sociales el explicar estas consecuencias no buscadas” (*Ibid*:486).

1.1.5 Individualismo metodológico de Karl Popper

Karl Popper, en su papel de filósofo de la ciencia, dedicó parte de su trabajo a tratar la cuestión del individualismo metodológico en las ciencias sociales. Para él era sumamente necesario establecer un punto de partida para refundar las ciencias sociales con la convicción de que éstas debían alcanzar un estatus de cientificidad que se les había negado, pero no sin razón. Para él, las ciencias sociales debían eludir el legado del historicismo, el cual había producido explicaciones estériles fundamentadas en teorías generales difusas o teleologías animosas. Para llevar a cabo esto, debían refundar algunos de sus presupuestos de observación e investigación con la explícita intención de deshacerse del determinismo de las explicaciones de tipo historicista y, además, deshacerse por completo de la absurda creencia fetichista que reducía la acción humana a meros impulsos determinados por características intrínsecas de las cosas, como el valor del dinero.

Para Karl Popper el historicismo estaba fundado en algo que llamó “teoría conspirativa”, la cual no era otra cosa que la creencia de que ciertos grupos o clases estaban

en control del destino de la humanidad, y que lo estaban en función de su capacidad para elaborar planes para las personas inconscientes de dicho control. Esta clase de determinismo, sostenía el autor, no era una necesidad compartida exclusivamente por individuos legos, sino que atravesaba la misma academia en forma de la metodología historicista y el pensamiento económico historicista. Popper no negaba, naturalmente, que existieran dichos grupos y que, en efecto, conspiraran para lograr sus metas. Sin embargo, sostenía que “los conspiradores raramente llegan a consumar su conspiración” (Popper, 1992[1945]:280), y agregaba que “la teoría conspirativa de la sociedad no puede ser cierta pues equivale a sostener que todos los resultados, aún aquellos que a primera vista parecen obedecer a la intención de nadie, son el resultado voluntario de los actos de gente interesada en producirlos” (*Ibid.*:281). No se pase por alto que cuando Popper sostenía que era absurdo pensar que algún grupo particular o actor era el responsable consciente de las condiciones de la sociedad tenía en mente a “los Sabios Ancianos de Sión, los monopolistas, los capitalistas o los imperialistas” (*Idem*).

La ciencias sociales no sólo tenían por “enemigo” al historicismo y su determinismo –fuera conspirativo o fetichista–, sino también debían evitar producir explicaciones de corte psicologista, las que identificaba con el individualismo utilitarista de John Stuart Mill. Según Popper, las explicaciones psicologistas le concedían a las decisiones de los individuos una atención y peso explicativo desmedidos. Este tipo de explicaciones tenía en su opinión un aspecto fundamental que lo hacía inadecuado para examinar las acciones de los individuos en tanto sociales: establecían un vínculo entre lo que puede ser llamado naturaleza humana y la racionalidad. Una explicación psicologista deja de lado los factores ambientales, institucionales o situaciones, o bien los considera como variables exógenas. Las acciones humanas, en consecuencia, sólo pueden ser explicadas mediante el entendimiento de las condiciones mentales derivadas exclusivamente de las características intrínsecas del ser humano. La racionalidad psicologista es, en consecuencia, una racionalidad universal en forma y contenido –en términos de la especie, por lo menos–, una capacidad para juzgar a través de medios naturales inherentes a la condición humana.

Las explicaciones psicologistas nunca fueron descartadas por Popper. Él argumentaba que bien podían tener validez, pero en el contexto de la psicología individual, no en el caso del análisis de fenómenos sociales, para los cuales el filósofo sostenía que

“eran adecuadas en tanto insistieran en un individualismo metodológico sobre un colectivismo metodológico” (Udéhñ, 2002:488). No obstante, a pesar de no descartarlas del todo, si fueron el punto que impulsó a Popper a desarrollar el concepto central de su individualismo metodológico: *la lógica situacional*. Este concepto fue su intento para explicar los fenómenos sociales considerando la acción individual como su base, pero sin dejar de lado la influencia y el papel de las instituciones o de la situación social en general, como su nombre sugiere a primera vista.

Para algunos, como Lars Udéhñ, el concepto de lógica situacional es una generalización del método económico (*Ídem.*). Para otros, como Peter Hedström *et al.*, la lógica situacional es un concepto versátil que sobrepasa las limitaciones de subsecuentes divisiones y conceptualizaciones en el marco teórico del IM pues, como afirman los autores –imprescindible notarlo para fines de este trabajo–, “el análisis situacional tiene mucho en común con intentos recientes de introducir la elección racional en sociología” (Hedström *et al.*, 1998:339).

El análisis situacional de Karl Popper parte del análisis de un modelo situacional típico, el que consiste de los elementos que representan los ambientes de toma de decisiones de los actores, así como sus metas y creencias, es decir, “las acciones concretas son explicadas analizando el cómo actuarían actores hipotéticos en una situación como la descrita por el modelo situacional” (*Ibid.*:349). Este modelo situacional se identifica y, según el mismo Popper, coincide con la metodología weberiana en tanto se considere que el origen de las acciones humanas son las motivaciones de cada individuo, descritas más bien en términos de fines o metas en pos de los cuales esos individuos actúan de la forma que consideran adecuada según perciban la situación.

La crítica al psicologismo provocó lo que, según Lars Udéhñ, se convertiría en una incongruencia entre el individualismo metodológico y el institucionalismo de Karl Popper. Dicha incongruencia se resolvería finalmente, pero sólo como la separación del enfoque individualista-situacional en dos posturas metodológicas distintas: el psicologismo de J.W.N. Watkins –para algunos, continuador de la línea “dura” del individualismo metodológico asociado a la EAE– y el institucionalismo de Joseph Agassi –para mí, continuador de la lógica situacional de la línea “suave” de Popper.

1.1.5.1 El enfoque psicologista de J.W.N. Watkins

J.W.N. Watkins distingue su enfoque individualista del de Karl Popper radicalizando los principios estrictamente individualistas. Él afirma que el principio del individualismo metodológico “sostiene que los procesos sociales deben ser explicados como deducciones de principios que dirigen el comportamiento de los individuos involucrados y del análisis de sus situaciones, y no de leyes sociológicas supra-individuales u ‘holísticas’” (Watkins, 1952:186). Esta definición, sin un contexto adecuado, podría parecer algo genérica, lo que es uno de los principales problemas de los sociólogos y otros científicos sociales cuando buscan una definición de individualismo metodológico. Su aparente simplicidad o “genericidad” podría crear la falsa imagen mental –y puedo apostar que suele hacerlo— en un lector poco experimentado en el tema de que *todo individualismo metodológico comparte las problemáticas implicaciones de esta definición*, pues, a final de cuentas, es una “definición genérica”. Lo cierto es que no lo es. El individualismo metodológico, como demostraré en este trabajo, puede convivir perfectamente con los grandes esquemas holísticos sociológicos, sin reducirlos, como pretende esta definición, a cosas imaginarias sin efectos reales derivadas de principios individualistas. El problema con la definición de Watkins estriba fundamentalmente en que lleva muy lejos el IM, trascendiendo las fronteras de lo metodológico y convirtiéndose más bien en un individualismo ontológico. Como dije en el apartado anterior, el IM en términos de Watkins guarda más semejanza con la fenomenología subjetivista de Ludwig von Mises y su ala de la escuela austriaca de economía que con el individualismo de Karl R. Popper.

Analizando con más detalles las implicaciones de la definición el mismo Watkins amplía su postura acerca de lo que concibe como IM. El autor establece que se trata de una categoría esencialmente analítica en virtud de dos nociones:

“1) Sostuve (y aún sostengo) que mientras las cosas físicas pueden existir sin ser percibidas, las cosas ‘sociales’ como las leyes, los precios, los primeros ministros y los libros racionados son creados por actitudes personales. (Remueva las actitudes de los oficiales de racionamiento de comida, los tenderos, las amas de

casa, etc. hacia los libros racionados y éstos serán tan sólo arrugados trozos de cartulina.) Supuse también que una obviedad implicaba al individualismo metodológico: si los fenómenos sociales son generados por individuos sólo pueden ser explicados de modo individualista. (2) Es un hecho que el científico social y el historiador no tienen 'acceso directo' a toda la estructura y el comportamiento de un sistema de individuos que interactúan entre sí (en el sentido en el que un químico tiene 'acceso directo' a toda propiedad dada de un gas como su volumen, su presión y temperatura, las cuales puede medir y relacionar sin conocimiento de las moléculas del gas). También es un hecho que el científico social y el historiador a menudo tienen opiniones aceptablemente confiables sobre las personalidades, creencias e intenciones de los individuos. Supuse que estos dos factores juntos implican que un entendimiento teórico de una 'estructura social' abstracta puede solamente derivarse de creencias más empíricas sobre individuos concretos" (*Idem*).

Resulta casi innecesario decir que el argumento que da Watkins acerca de los principios de los cuáles se deriva el IM es, cuando menos, frágil. Son muchas las objeciones que se le pueden hacer a sus principios. Elaboraré unos cuantos.

En referencia al principio 1),

- a) Las actitudes o significados hacia las cosas que "si existen" son compartidas socialmente a través de leyes, normas, códigos e instituciones. No son desarrolladas, adoptadas o "tenidas" por todos y cada uno de los individuos, lo que me lleva a al inciso
- b) Suponer que las entidades colectivas como las leyes, normas, instituciones, los precios etc. son resultado de nociones individuales agregadas carece de sentido. Para ello, tendríamos que suponer que las leyes, los códigos, las normas, las instituciones, etc. son ideas que se generan espontáneamente cuando un grupo predefinido de individuos llega mágicamente al mismo pensamiento. Eso es absurdo. Primero, porque los individuos no desarrollan todos los conceptos y

actitudes relacionados con el “mundo de las cosas”, ni siquiera la mayoría. Las ideas son aprendidas por individuos que nacen después de que esas ideas ya ha sido concebidas, por lo que su posesión y uso de las mismas está innegablemente afectado por todo aquello que Watkins supone sólo existe en su mente: los códigos, las leyes, las normas, etc. Por simple principio de entropía, el mundo psíquico de los seres humanos no puede alimentarse de sí mismo, lo que me lleva al inciso

- c) Irónicamente, sería imposible para Watkins hablar de un libro racionado si no hubiera vivido o estado cerca de gente que vivió la experiencia del racionamiento de la Segunda Guerra Mundial. Ni él ni nadie pudo llegar por sí mismo (individualmente) a concebir la idea de libro racionado. Para propósitos metodológicos, las leyes sociológicas derivadas de la existencia de conceptos colectivos vaya que existen. Nuestras ideas y creencias no llegan a existir si no es por la educación y el contacto con otros individuos. Las explicaciones sociales son posibles y necesarias por una simple verdad: la sociedad está ahí antes de que nazca un individuo y se haga una idea acerca de lo que es la sociedad, y estará ahí después de que el individuo muera y ya sea que su idea muera con él, o logre transmitirla.

En referencia al principio 2),

- a) El “acceso directo” a las propiedades totales de un gas es más cuestionable incluso que el “acceso directo” del científico social a una estructura social. El funcionamiento del gas no puede ser explicado en tanto no se conozcan, por lo menos, las leyes que rigen el comportamiento atómico. Nuestro conocimiento endógeno de la sociedad humana nos puede llevar más fácilmente a inferir actitudes individuales a partir del conocimiento de la estructura; inferir la relación entre los átomos y las partículas subatómicas, entre los bosones, mesones, bariones, fermiones, sus subtipos, las cuasipartículas, etc a partir del volumen, temperatura o presión de un gas, eso sí es descabellado. La existencia, y más aún, la utilidad analítica del supuesto “acceso directo” a las propiedades de un gas es totalmente dudosa. Describir un gas en términos de su presión, volumen y temperatura es casi tan burdo en términos científicos como describir una sociedad a partir del tamaño de

su tipo de gobierno, su ingreso per cápita y el idioma que habla. De modo tal que, para propósitos analítico-metodológicos, las propiedades “holísticas”, generales, evidentes o como se les quiera llamar de los fenómenos físicos podrían ser tan “inexistentes” como las propiedades colectivas de la existencia humana. Pero no lo son, porque su efecto es innegable y medible.

- b) Las creencias empíricas sobre individuos concretos, si bien son tremendamente útiles e incluso necesarias como se sostiene en este trabajo, no son de ninguna manera suficientes para explicar algo que, como ya se dijo, existió antes y existirá después que esos individuos concretos (hablando laxamente, porque el mundo se puede acabar en cualquier momento y porque teóricamente pudo existir un individuo biológicamente humano antes de que existiera la sociedad humana).

El individualismo metodológico a los ojos de J.W.N. Watkins es un ejemplo de las interpretaciones radicales de IM que son incompatibles con el marco general de la teoría sociológica y que, en consecuencia, ha sido coherente rechazar. Lo que no es coherente, afirmo una vez más, es cometer el error de creer que todo IM tiene implicaciones tan restrictivas como las derivadas de la definición aparentemente genérica de Watkins.

1.1.5.2 El enfoque institucional de Joseph Agassi

A diferencia de J.W.N. Watkins, Joseph Agassi reforzó los argumentos e ideas de Karl Popper para evitar caer en un reduccionismo psicologista, el cual lleva a la conclusión de que las ciencias sociales estudian cosas inexistentes y que en todo caso pueden ser reducidas a leyes derivadas de la psicología o del pensamiento individual. Los esfuerzos del Profesor Agassi por evadir los obstáculos lógicos que se derivan de ignorar la existencia e influencia de las instituciones se concentraron en buena medida en desarrollar un poco más a fondo las ideas de Popper respecto de la necesidad de incluir a las instituciones en un modelo de elección y acción individuales. El éxito de Agassi se dio en este sentido al lograr unificar dos posturas que en Popper eran aparentemente irreconciliables: el individualismo y la lógica situacional.

El individualismo metodológico de Karl Popper se definió en gran medida por el rechazo a lo que él consideraba una falta de consistencia por parte de los historiadores y algunos científicos sociales. Como se mencionó anteriormente, Popper defendía el efecto marginal de las acciones individuales denostando la pobreza intelectual de lo que él llamó “teorías conspiratorias”, fundamento del discurso historicista. Gracias a este debate, Joseph Agassi se haría de una noción de individualismo muy similar a la forma en que Popper lo concebía.

Puede decirse que el individualismo metodológico, aún en su versión psicologista, no excluye del todo la posibilidad de considerar la situación del individuo como una variable del modelo explicativo. Sin embargo, en esta versión de IM la situación del individuo sólo puede incluir factores que impliquen poder explicar todo fenómeno partiendo exclusivamente del mismo individuo, como sus preferencias, estado mental, etc.; los fenómenos sociales no son explicables como producto de la educación, la cultura, la nacionalidad, la coyuntura histórica, etc., ya que todos esos conceptos son producto de la suma de comportamientos individuales. La novedad introducida por Joseph Agassi fue el concepto de individualismo institucional, el que, sin rechazar los presupuestos estrictamente metodológicos del individualismo al estilo Popper —en oposición a la aceptación de lo que, como mencioné en el apartado anterior, debería llamársele individualismo ontológico—, integra la posibilidad de incluir a las instituciones (leyes, normas, cultura, educación, historicidad) en el análisis del individuo y sus elecciones. Bajo esta premisa, las instituciones intervienen en las decisiones que toman los individuos tanto como lo hace la situación material inmediata o su estado mental.

El Profesor Udéhn sintetiza la diferencia entre lo que él llama el IM original y el individualismo institucional cuando firma que “en la versión original del individualismo metodológico las instituciones sociales son algo que debe ser explicado en términos de los individuos. Éstas aparecen sólo en la descripción o, mejor aún, como consecuencia de una explicación, pero nunca en los factores explicativos o en los antecedentes. En el individualismo institucional, por otra parte, las instituciones sociales explican y, en consecuencia, aparecen en los factores explicativos o antecedentes de una explicación.” (Udéhn, 2002:489).

Joseph Agassi conceptualiza la diferencia entre el institucionalismo y el psicologismo de la siguiente forma:

c) Institucionalismo	d) Psicologismo
1. La sociedad es la entidad social primaria (institucionalismo).	El individuo es la entidad social primaria (psicologismo).
2. El deber primario de uno es con su sociedad (moralidad colectivista).	La sociedad está sujeta al criticismo de la conciencia individual (autonomía de la moral)
3. Las condiciones sociales afectan las condiciones individuales (colectivismo)	Los individuos afectan las condiciones sociales (reforma institucional).

Fuente: Agassi, 1975:149

Joseph Agassi incluye una dimensión moral en su descripción de la rivalidad entre institucionalismo e individualismo en virtud de que, según él, el funcionamiento de de la rivalidad entre las premisas c1 y d1 eventualmente conlleva a asumir ya sea una teoría moral colectivista o bien una teoría moral individualista de la sociedad. Para establecer el funcionamiento lógico de la rivalidad, Agassi considera la existencia de una premisa condicional: o bien la sociedad es primero, o lo es el individuo, pero no ambos. Es en virtud de esa premisa que c1 y d1, así como c2 y d2 son mutuamente excluyentes. A mi juicio, como discuto en el apartado 1.3, dicha premisa es, cuando menos, ociosa, ya que es muy sencillo inclinar la balanza hacia uno u otro lado agregando condiciones bastante obvias. En todo caso, para efectos de este trabajo, resulta una proposición no solamente ociosa, sino inútil. Es intrascendente qué fue primero simple y sencillamente porque, al menos hasta el día de hoy, se trata de una suposición metafísica; discutir qué es más importante es una discusión bizantina irresoluble por el simple hecho de que no hay nada que discutir cuando se habla en términos genéricos. Es cierto que la supervivencia o bienestar de los más es preferible en términos morales a la supervivencia o bienestar de los menos; sin embargo, en las sociedades contemporáneas el bienestar y supervivencia de todos (de los más) depende —no de manera exclusiva— de la supremacía jurídica del derecho al bienestar individual, si

y solo si, este derecho es universal. Esa relación y la percepción de justicia en ella implicada sólo se puede discutir tomando en cuenta un caso específico.

El enfoque institucionalista de Agassi, si bien insiste innecesariamente en la mutua exclusividad de los presupuestos holistas e individualistas, plantea una posibilidad que hasta entonces estaba cancelada para todo individualismo: la inclusión de las condiciones sociales en la dinámica social. Para Agassi, la dinámica social en términos del purismo holista es tan sólo la enunciación de un destino o meta del todo social, mientras que el individualismo psicologista es una idea sobre la interacción de muchos individuos que a final de cuentas es demasiado complicada para poder desarrollarse (*Ibid.*, p. 153). La idea más importante asociada al individualismo institucional es la existencia de una *dinámica social mixta*, en la cual son factores explicativos macrosociales tanto las elecciones individuales como las condiciones sociales institucionales.

En la conceptualización de una dinámica social mixta implica la inclusión de un concepto derivado de la Escuela Austriaca de Economía: *consecuencias no deseadas*. Este concepto interviene en las explicaciones de tipo efecto dominó o *avalancha* que el mismo Agassi utiliza para ejemplificar el funcionamiento de una dinámica social individualista-institucional. Por ejemplo, el autor describe un escenario en el cual un grupo de trabajadores decide crear un sindicato en virtud de su percepción acerca de la utilidad que les puede generar contar con tal organización. La elección de crear el sindicato se ve en este caso como un agregado de las preferencias individuales de los trabajadores que tienen una creencia compartida acerca de la utilidad de un sindicato. Sin embargo, explica Agassi, como *consecuencia no deseada* de esa acción otros trabajadores encuentran igualmente “rentable” el sindicalizarse, provocando que los empleadores también se organicen y que, consecuentemente, el Estado decida intervenir en la mediación probablemente a través de reformas jurídicas (*Ibid.*, 154). La elección tomada por cada grupo se puede interpretar como una consecuencia agregativa de un mecanismo individual-electivo; sin embargo, se plantea el cambio social-institucional como factor desencadenante de este mecanismo.

La cuestión del reformismo social no es del todo clara en Agassi, pues al igual que Popper, es reticente a promover argumentos que puedan sugerir que en el funcionamiento de la dinámica social en efecto hay lugar para conspiraciones victoriosas. El reformismo, en

todo caso, puede ser la consecuencia de una cadena en donde intervienen más actores que los directamente beneficiados o interesados en las reformas.

1.1.6 Individualismo estructuralista de James S. Coleman

James S. Coleman es reconocido como el fundador de la sociología de la elección racional. Si bien la sociología de la elección racional tiene importantes variaciones en su núcleo teórico —al igual que los individualismos metodológicos—, se reconoce que Coleman fue el primero en plantear desde la sociología la necesidad de integrar en el cuerpo teórico de la misma una serie de presupuestos que permitieran analizar esquemas sistémicos o estructurales macrosociales incluyendo métodos individuales microsociales. Si bien Max Weber planteó la necesidad de comprender la acción aludiendo principalmente a las motivaciones subjetivas de ésta, sus trabajos demuestran que su preocupación esencial era comprender la relación de las características de cierto individuo típico con fenómenos colectivos sin profundizar en los mecanismos que vinculan las elecciones individuales con el ambiente, pudiendo comprender éste otras elecciones individuales. Esto, naturalmente, no descarta la posibilidad de que quisiera ser interpretado de otra forma.

El mismo Coleman afirma que se puede considerar que, a pesar de no ser explícita, la intención de Max Weber no era tan sólo dar una explicación macrosocial que fuera de la doctrina protestante —principalmente calvinista— al comportamiento económico de forma agregada, sino que se trataba de un análisis que implicaba descomponer la premisa “la doctrina religiosa protestante promueve el desarrollo del capitalismo” en otras tres premisas:

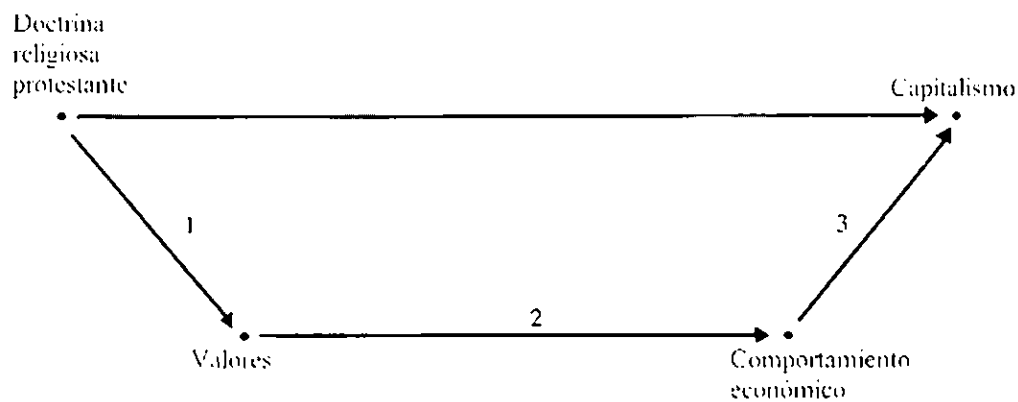
1. La doctrina religiosa protestante genera ciertos valores en sus adherentes.
2. Individuos con ciertos valores (a los que se hace referencia en la proposición 1) adoptan ciertos tipos de orientaciones en lo que se refiere al comportamiento económico. (Las orientaciones centrales hacia el comportamiento económico son caracterizadas por Weber como antitradicionalismo y como deber a la vocación de uno mismo).

3. Ciertas orientaciones referentes al comportamiento económico (a las que se hace referencia en la proposición 2) por parte de los individuos promueven el surgimiento de la organización económica capitalista en una sociedad.

Fuente: Coleman, 1990:8

Esta descomposición de la premisa central de la clásica obra de Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* es utilizada por James Coleman para ilustrar un tópico problemático en la integración del individualismo metodológico a la sociología: el problema de *las transiciones*. Con *transiciones* debe entenderse las dificultades que plantea la utilización de esquemas que involucren tanto dimensiones macrosociales –colectivas, agregadas, holistas— como dimensiones microsociales –individuales, racionalistas— en el tratamiento analítico de los fenómenos sociales.

Coleman elaboró un cuadro que es bien conocido, en el cual se ilustra su creencia de que Max Weber efectivamente quería ser interpretado con énfasis en las transiciones, representadas en la figura 1 por las flechas condicionales 1 y 3. La flecha sin número representa la sentencia “la doctrina religiosa protestante promueve el desarrollo del capitalismo”, mientras que las flechas 1, 2 y 3 corresponden a las tres premisas derivadas mencionadas arriba.



Proposiciones de nivel macro y micro: efectos de la doctrina religiosa en la organización económica.

Figura 1. Esquema de la sociología comprensiva de Max Weber según James Coleman. Fuente: Coleman, 1990:10.

De acuerdo con Udéhn, las tres líneas condicionales del famoso esquema de Coleman representan su versión de individualismo metodológico, ya que “en otras palabras, a) los estados psíquicos se explican en términos de la estructura social, b) el comportamiento se explica en términos de estados psíquicos y c) el comportamiento del sistema social se explica en términos de las acciones de los individuos. Es bastante claro que el individualismo metodológico de Coleman es una versión suave de esta doctrina” (Udéhn, 2002:494).

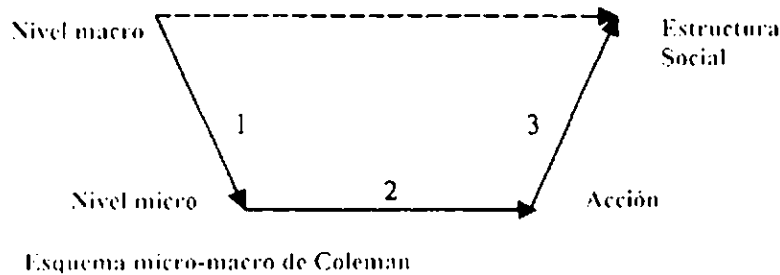


Figura 2. Esquema del individualismo metodológico de James Coleman según Lars Udéhn.
Fuente: Udéhn, 2002:494.

El individualismo metodológico de James S. Coleman es llamado individualismo estructuralista por Lars Udéhn en virtud de que “[la] estructura social, según Coleman, afecta no solamente los estados psíquicos y el comportamiento de los individuos, uno por uno, sino que también determina el cómo las acciones individuales se combinan para producir comportamiento sistémico” y, en consecuencia, “la influencia de la estructura social no se limita a la acción individual (...), sino que también afecta la forma en que las acciones de los individuos se combinan para producir resultados sistémicos” (*Ídem*). Esto es notorio si se considera el énfasis que el autor pone sobre la transición del nivel micro al nivel macro al afirmar que “en este conjunto de proposiciones, la tercera es de mayor interés, ya que regresa del nivel individual al nivel societal. La variable independiente caracteriza un individuo, y la variable dependiente caracteriza una unidad social, en este caso la sociedad. Obviamente, una proposición de este tipo, a sólo que sea una de esas proposiciones históricas que atribuyen cambios sociales mayores a líderes individuales particulares, no sugiere que las atribuciones de un solo individuo sean efectivas para provocar el cambio social” (Coleman, 1990:9).

El individualismo estructuralista de Coleman comparte ciertos argumentos que lo identifican con el individualismo institucional de Joseph Agassi, lo que para Lars Udéhn implica que el primero puede ser visto como una forma o subtipo del segundo (Udéhn, 2002:495), lo que justifica diciendo que en ambos enfoques “las estructuras sociales son constituidas y/o generadas por las instituciones sociales” (*Ídem*). A dicho argumento yo agregaría que ambos tipos de IM incluyen un importante énfasis en el rechazo a las tesis psicologistas, por lo menos a nivel metodológico dentro de los esquemas explicativos de las ciencias sociales. No obstante, dicho rechazo no toma la misma forma, pues el individualismo institucionalista de Agassi —derivado del anticonspiracionismo de Karl Popper— critica al psicologismo como un conjunto de premisas “intercaladas” en algunas tradiciones de las mismas ciencias sociales, mientras que James Coleman no solamente separa metodológicamente al psicologismo del institucionalismo, sino que les confiere ámbitos de acción enteramente ajenos de forma *a priori*, decisión que apoyo en su totalidad. Para el autor, el psicologismo es algo que no debe mezclarse —al menos a estas alturas del desarrollo de la sociología— con el estructuralismo, pues ambos enfoques son representados por cuerpos teóricos distintos. Coleman, reafirmando su adhesión a una visión estructural, afirma que “hay buenas razones para argumentar que la teoría social, en tanto distinta a la teoría psicológica, consiste de teorías acerca del funcionamiento de varias reglas dentro de las cuales actúan ciertas series de individuos” (Coleman, 1990:11).

Lars Udéhn agrega que la diferencia más importante entre ambos niveles de IM es que en el “individualismo institucionalista, las instituciones sociales aparecen como variables exógenas o en el antecedente de las explicaciones sociales científicas. Las estructuras sociales —concebidas en sentido estricto— aparecen, si acaso, definidas típicamente como variables endógenas o como consecuencias. La característica definitoria del individualismo estructuralista, por el contrario, es que las ‘estructuras sociales’, en el sentido expresado aquí, aparecen como variables exógenas o en el antecedente de las explicaciones sociales científicas” (Udéhn, 2002:494).

Finalmente, y como se insinuó al principio, el individualismo estructuralista de James S. Coleman es un esquema que coincide —en los términos expuestos por el autor— con los fundamentos analíticos microsociales implícitos en la sociología interpretativa de Max Weber. Se trata de una teoría individualista de la acción que “desciende” del nivel

macrosocial para identificar antecedentes o precursores de la acción individual, para luego regresar del nivel individual al nivel macrosocial a través de un razonamiento inductivo que se interpreta como las consecuencias estructurales de la interacción de los individuos y sus características institucionalmente adquiridas. En palabras del mismo Coleman:

La teoría de la acción de nivel individual que utilizaré en este libro es la misma teoría teleológica de la acción usada en el estudio de Weber sobre el protestantismo y el capitalismo. Es la teoría de la acción utilizada implícitamente por la mayoría de los teóricos sociales y por la mayoría de la gente en el sentido común psicológico que subyace a sus interpretaciones de sus acciones y de las de otros. Se trata normalmente del modelo dominante de acción que aplicamos cuando decimos que comprendemos la acción de otra persona. Decimos que comprendemos las “razones” por las cuales actuó de cierta manera, implicando con esto que comprendemos el propósito previsto y cómo vio el actor que sus acciones contribuirían a dicho propósito (Coleman, 1990:13).

1.2 Caracterización de un individualismo metodológico compatible con la teoría sociológica

Después del breve recorrido que hice por los individualismo metodológicos de acuerdo con la clasificación hecha por el profesor Lars Udén, solamente falta establecer qué tipo de individualismo metodológico es apto para convivir exitosamente en esquemas analíticos que también incluyan premisas holistas generales. Cabe señalar y hacer énfasis en el hecho de que para que una especie de individualismo metodológico pueda convivir exitosamente con un esquema analítico colectivista, no basta con que el primero sea suave o poco estricto, sino que es necesario también que el segundo no involucre premisas que excluyan la innegable influencia de las decisiones humanas en sus sociedades.

Como se dijo en las líneas de arriba, nuestro IM deberá ser suave, es decir, ceder ante el evidente efecto que tienen las instituciones y las estructuras sobre el comportamiento individual. Para ello, debe ubicarse “a favor del colectivismo” en dos

continuums fundamentales, en los cuáles ubicaré a los individualismos antes caracterizados:

1. Psicologismo versus institucionalismo. En este continuum se ubican los individualismos metodológicos de acuerdo con la pregunta ¿Qué tanta influencia se atribuye a las instituciones sociales sobre las decisiones individuales? Naturalmente, el estar en el lado positivo o negativo del continuum no implica que la relación se invierta. Para fines de este estudio, el psicologismo ideal concede nula influencia de las instituciones sociales (is) sobre el comportamiento individual (ci) ($is \rightarrow ci = 0$), mientras que el institucionalismo ideal concede una determinación perfecta de las instituciones sociales sobre el comportamiento individual si y solo si la relación es recíproca ($is \leftrightarrow ci = 100$ en ambas direcciones). De sobrepasar la condición de reciprocidad perfecta y de existir una mayor influencia de las instituciones sobre el individuo, entonces ya no sería un individualismo metodológico suave, sino un colectivismo metodológico suave.
2. Nominalismo ontológico versus realismo metodológico. Un individualismo metodológico no debe confundirse —como sucede frecuentemente— con posturas radicales que ni siquiera cuentan con las reservas necesarias para ser estrictamente metodológicas. Como nominalismo ontológico ideal debe entenderse toda doctrina que predique que sólo existe el individuo, y que todo lo demás es producto de su mente. Como realismo metodológico ideal debe entenderse toda doctrina que afirme que “para fines de interpretación de la realidad colectiva humana, todo concepto colectivo —sociedad, grupo, normas, leyes, instituciones, estructuras— existe de forma tan tangible y demostrable como el individuo biológico mismo”.

Para ilustrar dichos continuums, he elaborado la siguiente gráfica, en donde el continuum psicologismo-institucionalismo está representado en el eje de las abscisas (X) y el continuum nominalismo ontológico-realismo metodológico en el eje de las ordenadas (Y):

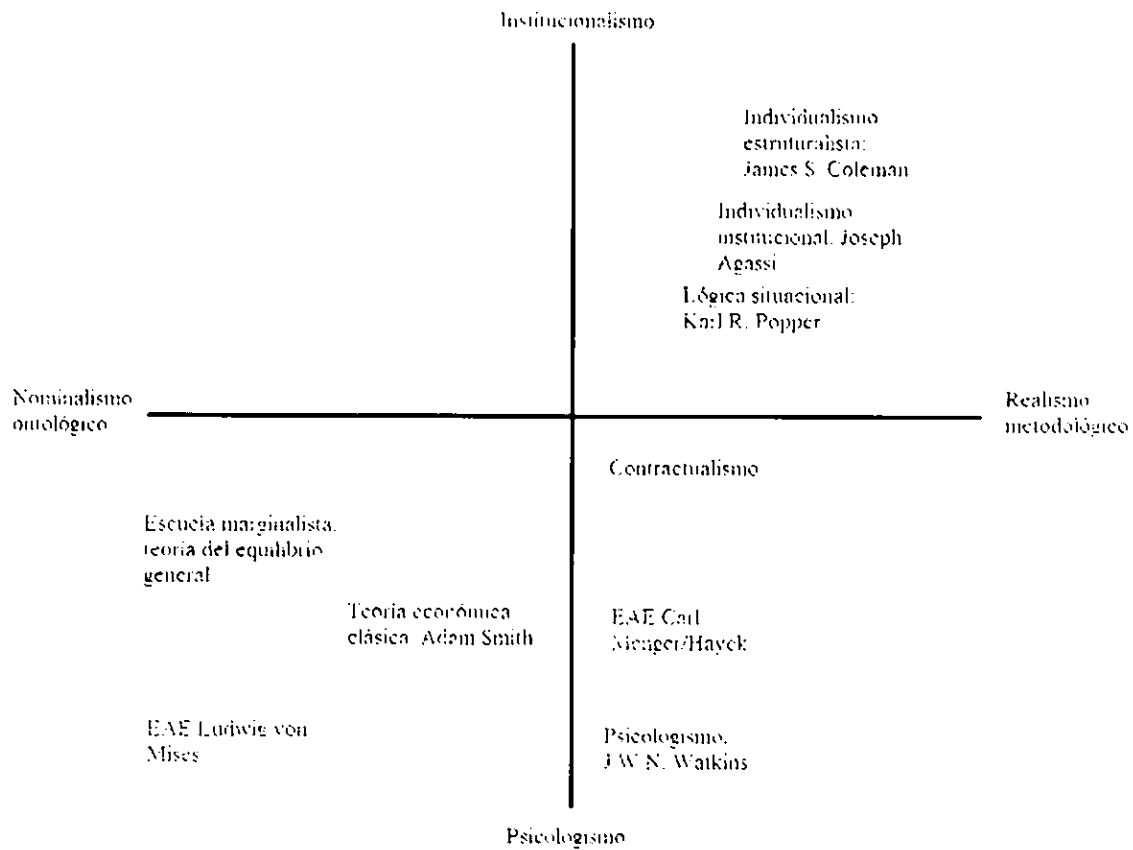


Figura 3. Plano cartesiano de los tipos de individualismo metodológico.

Fuente: Elaboración propia

Deben notarse tres características de la gráfica:

- a) El cuadrante nominalista-ontológico/institucionalista está vacío ya que sólo puede ser ocupado por un colectivismo metodológico radical, cuya premisa fundamental sería “sólo la sociedad y las instituciones existen; el individuo y su influencia sobre ellas son una ilusión”.
- b) El enfoque Menger/Hayek es el único enfoque derivado de la economía que, para fines de esta investigación, sobrepasa el estigma las tesis ontológicas y concede que la inexistencia de los conceptos e ideas colectivas es tan sólo para fines de interpretación del sentido de las acciones.
- c) El contractualismo aparece con bajo nivel de psicologismo en virtud de que, una vez sobrepasado el hipotético estado de naturaleza, las restricciones de los individuos

respecto de sus “pulsiones naturales” de rapiña y agresión tienen como referencia la influencia del Estado o el soberano (instituciones) sobre dichas pulsiones de carácter individual.

Como breve conclusión, el individualismo metodológico que mejor puede convivir con esquemas analíticos holistas y colectivistas debe ubicarse en la esquina superior derecha del cuadrante (+,+) de la gráfica. En el caso de la clasificación Udéhn, el individualismo estructuralista de James S. Coleman.

1.3 De la necesidad de los ultras de incluir una proposición condicional

Como se discutió en apartados anteriores (ver 1.1.5.2), existe en la literatura de ambos bandos (colectivistas e individualistas) la inexplicable tendencia a sustentar sus premisas metodológicas sobre una premisa metafísica científicamente estéril. Esta premisa es que la sociedad fue primera o el individuo fue primero, pero no ambos. Evidentemente, a cada lado de la cerca se defiende una de las dos condiciones, las cuáles hacen posible defender ya sea el purismo colectivista (u holista) o bien el purismo individualista —ambos casos sólo sostenibles si uno se fuga de la realidad. Los defensores del purismo individualista suelen esgrimir como argumento que “el individuo humano existió antes que la sociedad”, mientras que los partidarios del purismo colectivista suelen argumentar que “la sociedad existió antes que el ser humano”. Si bien no discuto que, previa comprobación científica, una de las dos pueda ser cierta, lo cierto es que incluir la premisa condicional como parte de la discusión es absolutamente innecesario ya que no prueba nada acerca de quién crea a quién —entre *sociedad* e *individuo*.

- a) La premisa “el individuo humano existió antes que la sociedad” tiene una implicación bastante seria: existe la naturaleza humana; se es humano desde el nacimiento. Esta idea es el refuerzo perfecto para el individualismo a ultranza —o psicologismo—, puesto que nos llevaría a suponer que en algún hipotético punto de la “historia” los humanos no estaban asociados y que la sociedad fue el resultado de

la agregación de los intereses de esos primeros humanos, concediendo la razón al argumento basado en la premisa “todo lo social es en sí mismo algo derivado de las elecciones, preferencias y actitudes individuales”. Una pretendida prueba científica de tal aseveración podría versar sobre el “hecho” de que se tiene registrada la existencia de ADN humano mucho antes que la existencia de pruebas físicas de una sociedad humana. No cabe duda de que es una falacia: todo registro físico muy bien pudo desaparecer, y en todo caso, ¿la existencia de la sociedad es sólo determinable por sus expresiones materiales? Claro que no. La comunicación, por ejemplo, es la base de la constitución de una sociedad, pudiendo ser química, fonética, mímica, etc. Mientras la máquina del tiempo siga sin inventarse, seguirá siendo bastante complicado probar la existencia de algo semejante.

- b) La premisa “la sociedad existió antes que el ser humano” parece implicar que aquello que pueda ser catalogado como “humanidad” es consecuencia de la existencia de la sociedad, por lo que no existe “la naturaleza humana”, sino que es una construcción sociocultural en su totalidad. Esta afirmación parece tener más sustento por momentos, pero se viene abajo muy fácilmente. El mismo Karl R. Popper discute acerca de esta posibilidad, y afirma que hay más pruebas de que la sociedad fue primero que el ser humano que de lo contrario. Si se considera que la educación es una señal de la existencia de una sociedad —más específicamente, una que moldea al individuo—, entonces la sociedad existe antes que el individuo, pues hay pruebas científicas de que los chimpancés educan a su descendencia para temer a las serpientes, lo que suele considerarse erróneamente como un instinto tanto en humanos como en animales (Popper, 1992[1945]:275-76). Sin embargo, a esto se le puede oponer una condición muy simple: “yo hablaba de sociedad *humana*”. Por supuesto, al dirimir temas humanos, es necesario ser precisos. No obstante, aun considerando la precisión de sociedad *humana* como un obstáculo semántico, aún continúa siendo absurda la pretensión de subsumir la voluntad humana y su efecto a las leyes de la determinación histórica, idea implícita en el argumento ultra culturalista. Llevar semejante determinismo al extremo implica aceptar que los seres humanos pueden cambiar las instituciones o la historia pero, en el mejor de los

casos, por accidente –¿azarosamente? Parecería entonces que todo es dominado por un “algo” desconocido, un principio *deus ex machina*, que bien puede ser la historia –a cuyos vientos, alguna vez se dijo, tan sólo somos hojas. Sin embargo, el albedrío y sus repercusiones sociales –sistémicas, estructurales, institucionales— existen. Lo que sucede a nivel social no puede ser considerado como azar o coincidencia; los fenómenos sociales ocurren en términos de probabilidades, y si aceptamos que son varios los factores que intervienen para que algo “suceda” y se repita, luego entonces, de acuerdo con la Ley de Chapman-Kolmogórov, la probabilidad de que las cosas sucedan y se repitan azarosamente es ínfima –dicho de otra forma, *alguien tiene que hacer que suceda voluntariamente*.

Aceptar la Ley de Chapman-Kolmogórov implica aceptar la premisa “los seres humanos moldean su destino”. No obstante, la propiedad de la Ley Chapman-Kolmogórov requiere ser aplicada a procesos estocásticos markovianos. Sin embargo, eso implicaría aceptar el argumento psicologista, pues las cadenas de Markov suponen escenarios de cálculo de probabilidad donde el resultado de un experimento no está determinado o influenciado por el resultado de un experimento anterior. Bajo ese argumento, caeríamos en la trampa del indeterminismo del individualismo a ultranza, donde nada que suceda contextualmente o haya sucedido con anterioridad pesa en el esquema explicativo. Sin embargo, la historia cuenta, y las cosas nunca pasan igual. Comprobar matemáticamente que el albedrío existe involucraría entonces una solución del estilo Chapman-Kolmogórov pero aplicada a cadenas de probabilidad complejas, pero lineales y con eventos interdependientes. Aunque ignore la forma, creo que se puede llevar a cabo.

Para terminar, sugiero se considere como inválida, al menos en términos metodológicos, la proposición “la sociedad es primera o el individuo es primero, pero no ambos”. También sugiero que se invalide, al menos para fines metodológicos también, la idea de que “o el individuo moldea las instituciones (la sociedad) o las instituciones moldean al individuo”. Hay evidencia suficiente para considerar que es una falsa dicotomía e incluso una falsa paradoja, pues ambas cosas suceden (ver apartado 1.2) e, incluso, es necesario que sucedan para comprender la existencia humana.

CAPÍTULO 2. LA TEORÍA DE JUEGOS

(...) game theory is not simply a matter of abstract mathematics but concerns the real world. This does not mean that the object of game theory is to predict behavior in the same sense as the sciences do, or indeed, that it is capable of such a function.

Ariel Rubinstein, 1991.

En este capítulo me propongo ofrecer una síntesis de conceptos y aplicaciones de la Teoría de Juegos (en adelante TdJ) para cumplir dos objetivos: a) presentar de manera sucinta a la TdJ como una herramienta idónea para el análisis microsocial y b) al mismo tiempo mostrar que el universo de las aplicaciones de la TdJ no está limitado a la Teoría de la Elección Racional ni a las ciencias sociales. Lo primero lo hago en vista de que mi intención es promover la Teoría de Juegos como una herramienta útil que no menoscaba en sí misma los fundamentos holistas o colectivistas de la teoría sociológica en particular o de la teoría social en general. Lo anterior es en respuesta a los prejuicios que existen en torno a la TdJ, los que en mi opinión tienen dos fuentes: a) que se esperan cosas que no deben esperarse de la TdJ —como productos “no abstractos”— y que b) se ve con recelo como si se pretendiera que un enfoque de análisis microsocial sustituyera a la teoría sociológica clásica de corte macrosocial. Lo segundo me parece necesario en virtud de que reconocer la amplitud o las aplicaciones de la TdJ puede ser útil para modificar el vocabulario de la misma, ya que éste suele estar ligado a restricciones semánticas que en la práctica hacen que su recepción en las ciencias sociales no-económicas sea muy complicada.

Para las ciencias sociales, y específicamente para la sociología, siempre ha sido complicado sostener una definición de la Teoría de Juegos en virtud de su aparente inseparabilidad del marco general de la Teoría de la Elección Racional (TER). Esto se debe, naturalmente, a que la TdJ es el instrumento sin el cual la TER no sería más que un simple apéndice filosófico de las ciencias económicas y, en menor medida, de la sociología. No obstante, dicha inseparabilidad sólo es cierta en ese sentido; en dirección inversa, se trata sólo de parte del imaginario colectivo de cierto segmento de la comunidad de las ciencias

sociales. En este capítulo me propongo postular y demostrar que, así como la TER tiene un núcleo axiomático elemental irrefutable –basada en una versión suave de individualismo metodológico—, la Teoría de Juegos es un conjunto de presupuestos que la colocan en el terreno de lo meramente instrumental. Esta premisa no es ninguna novedad, pero al ser algo que los científicos sociales suelen ignorar o pasar por alto para sostener posiciones políticas que denuncian la “perversidad de las cifras”, considero necesario dedicar un capítulo a hacer las demostraciones necesarias para despejar toda duda de que la TdJ es un instrumento subestimado y subutilizado y que su aplicación no está reservada a la interacción con los presupuestos epistemológicos de la TER ni de alguna ciencia en particular y que su aplicación no tiene signo político.

Antes de dar definiciones más complejas, es necesario hacer una aclaración previa sobre un concepto elemental de la TdJ, el concepto de *juego*. Para la TdJ un juego se define como una situación en la cual existen dos o más jugadores cuyas acciones determinan en mayor o en menor medida las ganancias y las pérdidas propias y ajenas. La TdJ no analiza situaciones en las cuáles sólo existe un jugador, las que son en principio terreno de la Teoría de las Decisiones (Ferguson, S.A.:3). Hay muchos fenómenos susceptibles de ser analizados por la TdJ, aunque inicialmente algunos de ellos sean descartados para tal efecto ya sea por a) la creencia de que no cumplen la condición $n \geq 2$, donde n es el número de jugadores, o por b) la falsa y nociva creencia de que un jugador tiene que ser un agente racional. En términos de las ciencias sociales, a) y b) se relacionan ya que se ha sostenido tercamente la creencia de que la naturaleza, las especies animales, los genes o los seres humanos sin conocimientos específicos –es decir, que desconocen las reglas del juego— no son agentes estratégicos, provocando que no se considere a los últimos como jugadores ante el escenario de su supuesta irracionalidad. Para dicho prejuicio, podemos muy bien aplicar el proverbio alemán *das Kind mit dem Bade ausschütten*²: se ha tirado al bebé con todo y el agua usada para bañarlo. Lo cierto es que hay una inmensa variedad de fenómenos que pueden ser analizados por la TdJ, como son la competencia entre marcas, los conflictos laborales, el cabildeo, las negociaciones de paz, la guerra, la evolución, las estrategias reproductivas, la competencia entre especies, las funciones y subfunciones de los programas de computadora, etc. (*Ídem*).

² Traducida en los países de habla inglesa como *throw out the baby with the bath water*

Ahora bien, para cumplir con el objetivo de este capítulo, es necesario dividir la comprensión de la Teoría de Juegos en dos procesos. El primero de ellos tiene que ver con su delimitación conceptual general como instrumento en un universo cuyos límites oscilan entre la Teoría de Probabilidad y la Teoría de la Utilidad Marginal. El segundo proceso debe llevarse a cabo en el interior mismo de la TdJ, y consiste en sintetizar sus presupuestos funcionales como rutas lógicas originadas en sus presupuestos más elementales. El primero de los dos procesos resultará en una definición literaria, y el segundo en una descripción procesal sintética.

2.1 Una definición literaria de la Teoría de Juegos

Una definición adecuada de la teoría de juegos debe ponernos al tanto de sus límites y adscripción(es). Como punto de partida, y para ejemplificar la aseveración hecha anteriormente acerca de lo que comúnmente se concibe como Teoría de Juegos en el imaginario del gremio de las ciencias sociales, considérese la definición que dan Gerardo L. Munck e Isabel Vericat de la TdJ, en la que ésta es “la rama de la TER [Teoría de la Elección Racional] que estudia las decisiones interdependientes mediante una metodología formal” (Munck & Vericat, 2001:3). Con esta definición, uno bien podría pensar que la TdJ pertenece exclusivamente a la TER, y que de ella depende para su aplicación. Esta afirmación, que muchos sostendrían sin vacilar, no es del todo descabellada. La TdJ, como la conocemos en la actualidad (derivada del grandioso trabajo *Theory of Games and Economic Behavior* escrito en 1944 por John von Neumann y Oskar Morgenstern), fue diseñada y pensada para evaluar juegos de suma cero en el que se involucran actores humanos. Incluso, en la definición seminal de la TdJ de los mismos Neumann y Morgenstern, se puede apreciar que se su intención era explicar el problema fundamental de la teoría económica, el cual para ellos era el cúmulo de preferencias de los participantes del sistema económico, el cual es “el dinero o su equivalente en un bien monetario único. Se presupone que éste [bien] es sustituible y divisible, irrestrictamente transferible e idéntico, aún en el sentido cuantitativo, con cualquier ‘satisfacción’ o ‘utilidad’ que cada participante desee” (Neumann & Morgenstern, 1944:8). Esta definición en sí misma podría hundir todo

intento de afirmar que la TdJ no se relaciona sólo con presupuestos económicos materialistas, pero un análisis más extenso de las aplicaciones e implicaciones de la Teoría de Juegos revelará que, como muchos instrumentos matemáticos, son herramientas lógicas que incluyen los presupuestos de las teorías generales de donde se desarrollan o de donde provienen. En términos de las ciencias sociales, incluso, debe considerarse a la TdJ como una abstracción matemática, y como tal, no deben adherirse nociones o conceptos que puedan provocar opiniones prejuiciosas al respecto. Ariel Rubinstein define muy bien esta postura cuando afirma que para él la Teoría de Juegos es “una investigación abstracta en la función y lógica de las instituciones sociales y patrones de comportamiento. Ya que la teoría de juegos es al mismo tiempo abstracta y concreta, debemos construir un vínculo entre los conceptos formales abstractos de la teoría y la realidad” (Rubinstein, 1991:909). Este vínculo, no obstante, no está exclusivamente expresado en la jerga “común” de la Teoría de Juegos en las ciencias sociales, donde intervienen conceptos tan polémicos como “actor racional”. Si bien este trabajo versa en gran medida sobre el tema de la racionalidad, en lo referente a la TdJ debe quedar claro que no hay cabida para ningún presupuesto semejante, sea que se adhiera a una definición estricta u ontológica de racionalidad o a una definición laxa o situacional.

Considerando lo anterior, si se argumenta que efectivamente existe dicho “actor racional” y que posee funciones de utilidad, el maridaje teórico con la TER parece inexorable. No obstante, a este argumento se pueden oponer dos objeciones: a) sólo se puede hacer dicho vínculo tomando en cuenta una versión de la TER ligada exclusivamente al individualismo metodológico de algunas escuelas de la Teoría Económica (clásica o neoclásica, como se vio en el capítulo 1) y b) la independencia y utilidad instrumental de la TdJ se ha demostrado a lo largo de las últimas cuatro décadas, hecho que por sí mismo demuestra contundentemente mi punto. La Teoría de Juegos es una serie de instrumentos matemáticos bastante simples en principio, por lo que muchos científicos de diversas disciplinas lo han introducido en sus disertaciones. El análisis de los mercados, de las estrategias políticas, del comportamiento animal, del comportamiento de la vida en general ha sido estudiado y se han hecho predicciones para dicho análisis a partir de aplicaciones de la TdJ, que van desde simples juegos de suma cero para analizar coyunturas político-

partidarias hasta análisis de juegos en forma extendida para determinar la evolución de mercados de subasta.

2.1.1 Juegos en ciencias no sociales

La TdJ excursiona oficialmente de la teoría económica en la década de 1970 con su aplicación a la biología evolutiva. Suele afirmarse que de manera extraoficial tuvo aplicaciones en ésta incluso antes de llamarse Teoría de Juegos. El planteamiento del principio del índice de masculinidad del eugenetista R.A. Fisher descrito en la primera edición de su obra *The Genetical Theory of Natural Selection* de 1930 (Hammerstein, 1994:931) es considerado como una aplicación primitiva del razonamiento implícito en la Teoría de Juegos hecho catorce años antes de que ésta tuviera nombre. El principio de Fisher establece que el ratio entre los sexos de la mayoría de las especies —cuya reproducción es sexual, evidentemente— suele siempre estar cerca del 1:1. Esto se debe, según él, a que el cambio en las estrategias reproductivas de los individuos genera un sistema de compensación para el súbito cambio en el ratio de los sexos. Supóngase que por alguna razón la mitad de los machos de cualquier especie muere. Entonces, el valor reproductivo de cada macho vivo aumentará, pues las nuevas condiciones le permitirán reproducirse con el doble de parejas que en el estado anterior. Como sus genes pasan a dos veces más individuos de la siguiente generación que los de las hembras, aquellos machos con genes que favorezcan que los recién nacidos sean machos estarán pasando dichos genes en mayor proporción. En consecuencia, aumenta la tasa de natalidad de machos y llega un punto en que el ratio regresa al 1:1 (Fisher, 1930:143). La estabilidad se alcanza cuando el ratio regresa a esa proporción, además, por el hecho de que el valor reproductivo del sexo en postrera desventaja numérica se iguala de nuevo al del otro sexo. Esto, por supuesto, implica que los individuos de la especie adapten su estrategia reproductiva a las nuevas condiciones.

Queda claro, entonces, que la TdJ es un método formal independiente de la TER en virtud de que la aplicación de la TdJ a la biología evolutiva demuestra que *la racionalidad humana no es la única fuente de un comportamiento estratégico susceptible de*

representarse matemáticamente mediante la Teoría de Juegos. Analizando el principio de Fisher podemos, además, encontrar coincidencias con el comportamiento microeconómico. La Teoría del Equilibrio de las curvas de oferta y demanda sigue más o menos el mismo razonamiento. Cuando hay más demanda (sexo en ventaja numérica), los individuos que ofrecen los bienes modifican su estrategia para vender más (sexo en desventaja numérica se reproduce más) ante el aumento del precio de su producto (valor reproductivo en Fisher). El valor del producto se va ajustando conforme el aumento de las ventas se va acercando a la demanda, y ésta igualmente responde cuando los individuos modifican su tendencia marginal a pagar por el bien o servicio, llegando hipotéticamente a un punto de equilibrio (que en Fisher es el momento en el que el ratio regresa a su 1:1). Evidentemente, ambos procesos describen situaciones hipotéticas que pueden no darse de esa forma. Los productores pueden muy bien limitar su producción para mantener los precios elevados, mientras que los animales pueden no adaptar su estrategia reproductiva. Eso si hablamos de sistemas cerrados, ya que muy bien se pueden introducir más variables que modifiquen las estrategias para producir otra clase de beneficios si sometemos ambas teorías a la influencia de una realidad multifactorial infinitamente más compleja.

2.1.2 Determinismo y probabilidad

Ahora bien, si consideramos los ejemplos anteriores podría deducirse erróneamente que la TdJ es un mero instrumento que consiste en axiomas que determinan relaciones entre variables aleatorias en las cuales las estrategias seguidas responden a la dura determinación nomotética, sea endógena –leyes reproductivas— o exógena –como los “golpes” que sufren los ciclos de oferta-demanda. No obstante, es necesario comunicar una definición más amplia y general de la TdJ para ofrecer un panorama en el cual no se pierda de vista que es un instrumento que debe aplicarse a escenarios donde no se pretenden aplicar leyes inexorables. La TdJ representa, en principio, un conjunto de aplicaciones probabilísticas. Evidentemente, el resultado final de un juego es algo siempre indeterminado *a priori*. Las cosas pueden suceder o no desde cada punto de referencia del juego, desde la visión de cada actor; obviamente, eso se aplica al observador científico con más razón aún.

Una definición de la TdJ debe dar cuenta de que las aplicaciones probabilísticas mencionadas arriba se utilizan en escenarios donde a) los resultados son determinados o afectados de forma medible por las acciones ejecutadas por actores con capacidad electiva y donde b) los actores cuentan con argumentos —explícitos como los racionales o implícitos como los biológicos— del efecto de sus acciones sobre su futuro. De esta forma, el comportamiento genético estudiado por la biología evolutiva y el proceso cognitivo humano estudiado a diversos niveles por la psicología, la sociología, etc., son ambos procesos que contienen argumentos que superponen la “preferencia” y selección de un curso de acción sobre otro, pudiendo así ser analizados por la TdJ. Los cursos de acción están representados por conjuntos de estrategias o campos de acción cuyos elementos implican probabilidades importantes, frecuentemente muy cercanas entre sí. Esto quiere decir que el conjunto de estrategias de un criminal en el típico Dilema del prisionero está formulado a partir de la percepción del criminal de la probabilidad de que su contraparte coopere o sea egoísta —lo que en sí mismo es una probabilidad—, opciones que pueden y suelen ser bastante cercanas entre sí —es decir, que puede darse el caso de que la probabilidad de cooperar sea de 50% y la de delatar sea otro 50%. Los conjuntos de estrategias no se forman por elementos cuya distancia probabilística sea absurdamente lejana y constante, como lo sería si el prisionero definiera sus estrategias como a) cooperar o b) destruir la cárcel y matar a los guardias con la mente. Creo que ya es bastante claro cuando afirmo que la TdJ no es un esquema matemático que tienda al determinismo.

2.1.3 Argumentos, razones, elecciones y decisiones

En el párrafo anterior se utilizaron dos expresiones sumamente relevantes para el establecimiento conceptual de la TdJ. Estas expresiones son “argumentos” y “capacidad electiva”, ambas utilizadas para explicar el ordenamiento de preferencias de un actor en un juego y la cualidad que lo coloca en posición de optar por un rumbo u otro. Me parece sumamente necesario —y útil, además— disertar un poco más acerca del uso de dichas expresiones y lo que implica para la línea argumental que se sigue en estas líneas.

Se utiliza la palabra “argumentos” para sustituir razones. Se considera, por ejemplo, que tanto las instrucciones alojadas genéticamente en el hipotálamo para seleccionar una pareja saludable como las preferencias derivadas de la socialización y la educación de un individuo representan clases de argumentos (reservándose la palabra “razones” para lo segundo, las cuáles, para considerarse como de valor estratégico, sí necesitan de conocimiento, aunque sea incompleto). Las razones implican conocimiento y discernimiento verbalizado; los argumentos pueden llegar incluso a representar instintos – como es el caso de los argumentos que guían a algunos animales a reproducirse en primavera y no en invierno, por ejemplo. Para efectos de la Teoría de Juegos la noción de argumentos es más útil, pues ciertos comportamientos analizados no implican razón o razonamiento.

Respecto del concepto “capacidad electiva”, este viene a sustituir la capacidad decisoria, pues como se dijo arriba, los juegos que analiza la TdJ no siempre versan sobre actores que piensan y toman decisiones. Se usa capacidad electiva o elección pues como versan las mismas definiciones de decidir y elegir, lo primero implica “formar un juicio” mientras que lo segundo se ciñe a “preferir algo o a alguien para un fin” (RAE, 2010). La capacidad de decidir involucra un proceso cognitivo; elegir tan sólo implica la capacidad de optar por alternativas que bien pueden ser ambientalmente determinadas, y no mediando necesariamente un proceso racional explícito al estilo de un pensamiento explicitado en forma verbal. Un guepardo elige a su presa; un ser humano decide comprar huevos en vez de carne haciendo un cálculo económico –lo que evidentemente presupone conocimiento acerca de la calidad de las proteínas de ambos alimentos o de su calidad en sí; de lo contrario, su curva de indiferencia no tendría porque tener al huevo como bien sustituto de la carne y no se vería forzado a hacer un cálculo económico.

Aún si hablamos exclusivamente en terreno de lo humano, la existencia de los argumentos más allá de las razones explícitas verbalizadas y las implicaciones de sus características es una idea que cuenta con buena cantidad de evidencia científica de respaldo. Por ejemplo, los estudios neurocientíficos contemporáneos sugieren que el cerebro tiene un sistema integrado de ponderación de cursos de acción, el cual se expresa como una tendencia a representar las opciones del entorno como cadenas de potenciales de acción en ciertos circuitos neuronales y elegir aquel circuito de axones que presente una

velocidad de transferencia mayor (Gintis, 2009:3). En consecuencia, algunas elecciones humanas pueden ser tomadas por argumentos no racionales —no verbalizados, no sopesados—, pudiendo derivarse éstos de dichas características bioestructurales o bien tan sólo de impresiones grabadas en la psique humana. De este modo, la TdJ puede analizar elecciones que no impliquen pensamientos, sino tendencias biológicas e incluso emociones condicionadas. El conocimiento de las causas que generan el ordenamiento de preferencias entonces se vuelve algo aún más complicado para los científicos sociales, pero el hecho relevante es que la Teoría de Juegos puede analizar comportamientos no racionales incluso en el ser humano.

Si se concede que la hipótesis sobre las rutas cerebrales de la recompensa y la elección se puede confirmar por numerosos estudios hechos al paso de los años, se puede afirmar entonces que la toma de decisiones humana no es un proceso que involucre exclusivamente mecanismos de evaluación diseñados y aprendidos en el medio social, a través de la experiencia y/o a través de la experiencia cultural verbalizada (oral, escrita, simbolizada, etc.), sino que se trata de una combinación de las consecuencias psíquicas de los factores externos integrados como conocimiento con un mecanismo inherente a la condición biológica genéticamente determinada de las estructuras cerebrales. Esto no quiere decir, por supuesto, que la racionalidad sea una condición biológica ni que el ser humano sea racional por naturaleza; como se ha dicho ya, la racionalidad es una rutina mental que requiere insumos externos inmediatos para hacer algo que los argumentos biológicos no pueden hacer: modificar radicalmente sus premisas en el corto plazo y reelaborar constantemente sus teorías acerca de la realidad, proceso que involucra la retroalimentación constante con los elementos de la cultura. Sin embargo, esto implicaría que la TdJ aplicada a las elecciones humanas habría de extenderse no solamente a las probabilidades que establece mediante su comportamiento racional verbalizado —su esquema de decisiones—, sino también a las probabilidades electivas derivadas de sus condicionantes biológicos que no producen por sí mismos y no desembocan en procesos de pensamiento, evaluación y valoración.

En aras de que lo dicho anteriormente se vuelva más claro para el lector, conviene que elabore una clasificación sobre lo que se puede entender y lo que puede abarcar el

concepto de argumentos y lo que esto implica para el funcionamiento de la Teoría de Juegos. Obsérvese la tabla siguiente:

TIPO DE ARGUMENTOS	FUENTE	FORMA DE EXPRESIÓN	FACTORES DE CAMBIO	EJEMPLO
<i>Biológicos</i>	Instinto	Impulsos	Selección natural, mutaciones.	La agresividad como estrategia óptima de supervivencia en osos polares, abejas africanas, etc.
<i>Racionales</i>	Experiencia, conocimiento	Teorías e ideas	Observaciones, inferencias, deducciones	Adopción de modales como estrategia de supervivencia social en las cortes europeas de la baja Edad Media.

Figura 4. Tabla sugerida para el tratamiento semántico relacionado con el concepto de argumentos.

Fuente: elaboración propia.

Considérese que la tabla anterior es tan sólo un modesto intento por establecer un orden categórico que permita la inclusión de los comportamientos estratégicos no racionales mencionados a lo largo del capítulo en el esquema de acción de la Teoría de Juegos.

Sin más distracciones, entonces, daré una definición literaria de teoría de juegos que será la que se utilizará durante este trabajo. En adelante, cuando hable de Teoría de Juegos, debe entenderse que me refiero a una herramienta metodológica formal que se compone de presupuestos matemáticos no deterministas derivados de la teoría de la probabilidad cuya utilidad está en función de que el acto a analizar cumpla con las siguientes condiciones:

- a) Que lo que ejecuta la acción esté en posibilidades de determinar el curso de la acción, y que ésta a vez produzca ganancias y pérdidas para ello y su(s) contraparte(s) en el juego, que debe(n) cumplir exactamente con la misma condición.
- b) Que lo que ejecuta la acción cuente con un argumento (implícito, explícito, genético, evolutivo, racional, verbal, lógico, etc.) que justifique sus elecciones.
- c) Que siendo A el conjunto de opciones a elegir y a un elemento, $a_n \in A$, $A \neq \{\}$ y $A = \{a_1 \dots a_n\} | n \geq 2$, y que el conjunto de probabilidades $P = \{p_1, p_2, \dots, p_n\}$ cumpla con la condición $p_1, p_2, \dots, p_n \in P | p_1, p_2, \dots, p_n \neq 0$ y $p_1, p_2, \dots, p_n \neq 100$ y que de preferencia los valores de los elementos del conjunto probabilístico P no se acerquen demasiado ni a cero ni a

cien –dicho vernáculamente, que las elecciones representadas no sean imposibles o totalmente ineludibles.

Es bastante amplio para ser una definición literaria, pero precisamente esta generalidad permite que hablemos de una TdJ dinámica e interdisciplinaria.

2.2 Juegos y equilibrio

Si bien elaboré una definición aparentemente genérica de la TdJ, no es posible continuar con este trabajo si no se ciñe la misma a criterios más específicos, particularmente aquellos que son necesarios para su utilización en las ciencias sociales como parte de la Teoría de la Elección Racional. La definición literaria elaborada debe servir para despejar los escepticismos acerca de la utilidad de la TdJ, principalmente aquellos asociados al prejuicio sobre su horizonte de implicaciones metodológicas. Con esa definición queda claro el valor meramente instrumental de la Teoría de Juegos. No niego, por supuesto, que requiera de ciertas condiciones –como reconocer la existencia del albedrío o, por lo menos, de la capacidad de animales, humanos y entidades estratégicas de determinar el curso de su acción—, pero no existe teoría o método que no requiera de condiciones así de generales.

A continuación me propongo presentar una serie de presupuestos analíticos que fungen como límites o marcas para elaborar o determinar el funcionamiento de un juego en las ciencias sociales. La comprensión sintética de la TdJ requiere de cierto orden en las premisas cuando se trata de casos más específicos. Además del orden, también requiere de ciertos insumos categóricos.

2.2.1 Factores de conformación de un juego en ciencias sociales

La forma en que se presentan las oportunidades a los jugadores y la forma en que éstos las valoran no siempre es la misma. Las condiciones en las que se da el juego y las reglas

de éste determinan la forma en que debe ser representado y estudiado. Podemos enunciar cinco factores principales que afectan el tipo de análisis que deberá llevarse a cabo:

- a) El número de jugadores n . El número de jugadores será siempre la primera de las condiciones a definir cuando se quiera analizar una situación dada como un juego. Como se ha mencionado, el número de jugadores puede ser tan pequeño como dos y tan grande como se desee —considerando, por supuesto, las limitaciones que un número grande impone al análisis de los conjuntos de estrategias y predicción de los posibles resultados. El número de jugadores a menudo determina el tipo de representación que se hará del juego, así como los fines que se le dan a los estudios basados en la TdJ, que pueden ser desde el estudio de juegos simétricos entre dos jugadores hasta el estudio de extensos mercados que pueden a su vez contener juegos en sí mismos.

- b) La información con la que cuentan los jugadores. Todo juego en ciencias sociales requiere ser específico sobre la información que poseen los jugadores. Por razones, obvias, los conjuntos de estrategias de cada jugador se definen en base a sus expectativas respecto de las elecciones de los otros jugadores, lo que está en función de su conocimiento de las reglas del juego y del conocimiento que los otros jugadores puedan tener de esas mismas reglas, así como de su uso potencial. La información con que cuentan los jugadores también determinará qué tipo de representación se le da al juego.

- c) La temporalidad del juego. Definir los tiempos del juego también es fundamental. Evidentemente, aún con reglas explícitas para todos los jugadores respecto de su posición en el juego y sus posibles estrategias, el tiempo es un factor fundamental en la determinación de los resultados. Cuando el tiempo forma parte de la información que tienen los jugadores —reglas sobre los turnos, por ejemplo—, se pueden establecer ciertas previsiones acerca de los posibles resultados con base en los cálculos de cada jugador: sin embargo, cuando el tiempo no está determinado por las reglas de juego, el escenario de predicción de vuelve mucho más complejo,

pudiendo tomar el tiempo como una nueva probabilidad o bien trabajar bajo el típico supuesto abstracto de la sincronía.

- d) El tipo de utilidad. Si bien se discutirá más adelante, es necesario notar que el tipo de utilidad que los jugadores asignan a sus resultados determina en gran medida la elaboración de sus estrategias. Si las recompensas del juego consisten en unidades cuya apreciación subjetiva sea la misma para cada jugador —y se puede intercambiar en unidades—, se dice entonces que el juego tiene una utilidad transferible; si los jugadores asignan diferentes utilidades a sus recompensas se dice que el juego tiene utilidad o utilidades intransferibles (Ferguson, S.A.:5). Esta distinción resulta tan importante en virtud de que una utilidad intransferible puede modificar un juego entre dos personas y convertirlo en un juego de suma cero, mientras que la transferibilidad de dicha utilidad puede llevar a los jugadores a acuerdos marginales. El caso típico es el referido una y otra vez acerca de los primeros intercambios entre indígenas americanos y los colonizadores europeos; el oro no tenía el mismo valor para ambos —ornato para los primeros, casi un Dios para los segundos—, por lo que el juego por la supervivencia y posicionamiento no podía llevarse a cabo en términos del metal precioso. Así es como inician muchos juegos de suma cero: los jugadores pierden o ganan todo en virtud de sus preferencias irreconciliables.
- e) La relación entre las ganancias y las pérdidas. De lo dicho anteriormente, la relación que existe entre las ganancias y las pérdidas también afecta el resultado y representación de un juego. Ganancias totales y pérdidas totales lleva a escenarios de juegos de suma cero; cuando hay una utilidad marginal para las ganancias y las pérdidas los juegos adquieren otra forma. Cuánto se gana y cuánto se pierde determina la “agenda estratégica” de los jugadores.

2.2.2 Tipos de juego por su representación

Los juegos no todos se representan de la misma forma. De acuerdo con los criterios que maneje en el párrafo anterior, existen diversas maneras de representar un juego. Si bien es cierto que la representación del mismo puede deberse a los objetivos de la investigación o simplemente elegirse *ad libitum*, el número de jugadores, su conocimiento de las reglas y el tipo de utilidad que está en juego suelen ser tres factores determinantes en la presentación gráfica y matemática de un juego.

Existen distintas clasificaciones para las formas en que se representan los juegos. Las más detalladas los dividen de acuerdo a varios de los criterios señalados más arriba, pudiendo concluir clasificaciones basadas en funciones características o bien en funciones particionales –lo que resulta muy útil en estudios de dinámicas intergrupales. Sin embargo, una clasificación más adecuada para este espacio en particular y para las ciencias sociales en general es la que hace Thomas Ferguson (S.A.:3), según el cual existen tres modelos matemáticos o formas a través de las cuáles se representan los juegos descritos en las líneas anteriores, es decir, con énfasis en las ciencias sociales –todas, no solamente la economía. Estos tres modelos son:

- a) La forma extensiva. En la forma extensiva de un juego se representan las opciones de cada jugador de forma específica en un diagrama de árbol. Los cursos de acción están definidos en tiempo, y las reglas del juego son explícitas y son factores explicativos de las probabilidades asociadas con los juegos. Suelen representarse en forma extensiva juegos en los cuales los jugadores están conscientes de las reglas, y en los cuales existen “momentos” en los que el rumbo de las acciones será determinado por movimientos azarosos, como el lanzamiento de una moneda o el tiro de un dado (*Ibid*:4). Este tipo de representación suele asociarse con otro tipo de procedimientos estocásticos y matemáticos, como las cadenas de Markov (Mode, 1982:310). Un ejemplo de un juego representado en forma extensiva:

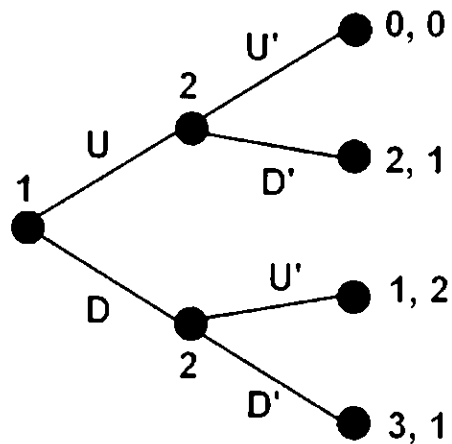


Figura 5. Representación extensiva de un juego

Fuente: Wikipedia, 2010

Este gráfico ilustra un juego no sincrónico de dos jugadores con información imperfecta. En él, el jugador 1 elige entre dos posibles alternativas (U ó D), a lo cual el jugador 2 debe responder en su turno eligiendo entre U' ó D'. La notación sugiere que se habla de un juego en el cual el conjunto de las posibles estrategias a seguir es el mismo para los dos jugadores, esto en virtud, por supuesto, de la universalidad de las reglas. Los jugadores pueden ocupar cualquier posición y las reglas se mantienen iguales, por lo que se dice que es un juego simétrico.

- b) La forma estratégica o normal. En la forma estratégica o normal de un juego se representan las opciones de los jugadores y sus cursos de acción de dos formas: abstracta y sincrónicamente. Ésta es la forma "tradicional" en que muchos juegos son representados, lo que precisamente ha alimentado las críticas acerca del nivel de abstracción de la Teoría de Juegos. El modelo no involucra temporalidad y posiciones como la forma extensiva; se remite a los conceptos de resultados y estrategias (Ferguson, S.A.:4). Un juego representado en forma estratégica se ve así:

		Automóvil 2	
		Cauto	Agresivo
Automóvil 1	Cauto	0,0	0,10
	Agresivo	10,0	-10,-10

Figura 6. Representación estratégica de un juego.

Fuente: Oregon Economics Blog, 2010.

En este ejemplo se ilustran las posibles pérdidas y ganancias cuando dos automovilistas comparten un semáforo. Como se puede apreciar, lo que describe el cuadro es meramente los resultados de las posibles combinaciones de estrategias al manejar y encontrarse con una luz de tránsito. Las ganancias se dan cuando uno de los dos cede; si ambos ceden, ninguno gana nada, y si ninguno cede ambos pierden todo. Es decir, un automovilista “gana” y se puede pasar la luz cuando el otro cede; si los dos manejan agresivamente se produce un choque y se produce el escenario (-10, -10). Bastante sencillo; sin embargo, existe una crítica aún más severa a este tipo de análisis que la mencionada al principio de este apartado: ¿a caso toda ganancia o pérdida se puede explicar transformándolas en números? De ser así, ¿eso implica que la utilidad de ambos jugadores es intercambiable? Según la Teoría de la Utilidad, sí (*Ibid.*:5). Eso lo trataré más adelante.

- c) La forma coalicional. No se confunda el término coalicional con “cooperativo”. Existe un gran debate acerca de cuándo son los juegos cooperativos o no cooperativos, y sobre cuándo esas características determinan el resultado de los juegos para los individuos involucrados. La forma coalicional de un juego se refiere únicamente a los juegos donde el número de jugadores y/o las reglas del juego y/o las condiciones de las ganancias y pérdidas los obligan a formar coaliciones. En este caso, según Ferguson (*Ídem*), los conceptos de estrategia y resultados son reemplazados por los de coalición y valor de la coalición. Se asume que cada coalición tiene una ganancia o resultado garantizado para cada uno de sus miembros; en eso consiste su valor. Se señala que esta expresión de los juegos implica en algún momento la existencia de una *gran coalición*, la que es el grupo

conformado por todos los jugadores. Este argumento tiene, en mi opinión, mucha relación con la Teoría del Equilibrio General de la economía neoclásica, por lo que la trataré con reservas.

El tipo de representación que se haga de una situación susceptible de ser interpretada a través de la TdJ afectará directamente los presupuestos que se hacen acerca de las condiciones del juego, especialmente en ciencias sociales. El representar un juego de forma extensiva suele asociarse con la intuición de que los participantes de un juego conocen las reglas del mismo a la perfección, aún cuando no necesariamente es así. La forma estratégica suele asociarse con situaciones en las cuáles existe mucha incertidumbre, ya sea por el nivel de información de los jugadores o bien por las reglas del juego. No obstante, en muchas ocasiones el observador científico elabora suposiciones basándose en las reglas del juego —por ejemplo, la incomunicación de los prisioneros—, pero dichas suposiciones pueden ser falsas o condicionales.

Sirvan los comentarios del párrafo anterior como simples advertencias para evitar generar certezas metodológicas donde no las puede haber. El nivel de utilidad de la representación de un juego no dependerá exclusivamente de la habilidad matemática del investigador, sino de su sensibilidad como observador y de su capacidad para representar la realidad con la mayor cantidad posible de detalles. A continuación presento una serie de dilemas teóricos que se identifican recurrentemente en la literatura sobre teoría de juegos, los cuáles no pretendo plantear en tono de amistosas advertencias, sino más en tenor de su significado como importantes obstáculos para la consistencia epistemológica de la TdJ, y en consecuencia, para su convivencia con otros niveles de análisis.

2.3 Los dilemas teóricos fundamentales asociados a la Teoría de Juegos

2.3.1 Teoría de la utilidad

Uno de los problemas más importantes asociados a la aceptación de la Teoría de Juegos en las ciencias sociales —con la obvia excepción de la economía— es la relación que ésta

guarda con la Teoría de la Utilidad, sobre la cual descansa para poder elaborar argumentos matemáticos acerca de las preferencias de los individuos. El problema principal se expresa con una pregunta muy sencilla: ¿se pueden traducir las preferencias en números? La respuesta para muchos economistas es un sí rotundo; sin embargo, la pregunta conduce a al eterno misterio de las ciencias sociales: ¿qué tanto podemos saber de los demás? Si suponemos que mucho, entonces no habría demasiado problema con aceptar que un observador externo —el investigador— elabore un criterio numérico para medir las preferencias cuando no se cuente con un dato preciso referido por el individuo en observación. Si suponemos que podemos saber realmente poco de las preferencias de los demás —lo que es, por lo menos, sensato—, entonces la labor en sí presenta mayores obstáculos. A continuación discuto un poco acerca de las implicaciones del concepto de utilidad y las distintas formas en que éste se relaciona con algunas premisas básicas de las ciencias sociales.

2.3.1.1 Concepto de utilidad: ordinal intensiva vs. escalar extensiva

Los problemas con la Teoría de la Utilidad (en adelante TdU) no se simplifican a meras dubitaciones epistemológicas —por lo demás, innegablemente necesarias. La TdU, como todas las teorías tratadas en esta tesis, no es un monolito. También en ésta teoría se puede reconocer la existencia de un bando de “duros” y de otro de “blandos”. Se puede identificar a los duros como aquellos seguidores de la escuela marginalista inglesa cuya noción de utilidad se basa preeminentemente en la idea de que la utilidad es absoluta e intensiva, o bien, que es una propiedad abstracta aplicable a toda preferencia e, incluso, susceptible de ser monetizada (López, 1979:132). La visión sobre la utilidad que Neumann y Morgenstern incorporaron a su TdJ coincide con este enfoque “duro”. Por muchas razones, esta forma de concebir la utilidad no es útil para fines de esta tesis. Entre estas razones podemos identificar las siguientes como las más importantes:

- a) No toda utilidad es monetizable. Como se discutirá *in extenso* en el Capítulo 3, y como se insinuó también en el Capítulo 1, la utilidad humana no está siempre en

función de bienes materiales. Es muy sencillo descartar este principio. Piénsese, por ejemplo, en el pensamiento religioso. Dicho de forma atrozmente simple —el asunto es bastante más complejo—, el objetivo de las buenas obras en la doctrina católica es ganar la aprobación de Dios, a través de la cual el individuo católico gana su derecho a la salvación eterna. ¿Cuánto dinero vale la salvación? Sé muy bien que muchos están pensando en el diezmo y la venta de indulgencias, pero dejemos el ejemplo en el estado actual, pues el punto ha quedado demostrado —al menos de forma abstracta.

- b) Hay curvas de utilidad que no son curvas, sino puntos en el vacío, o por lo mucho, diadas. Para un ser humano promedio no hay curva de utilidad que represente su instinto de supervivencia. Simplemente no se le puede preguntar a alguien ¿qué tan muerto está usted dispuesto a estar a cambio de un hamburguesas con queso? Vaya que es un ejemplo burdo, pero es gracioso e ilustra muy bien el hecho de que no se pueden aplicar ciertos criterios asociados a la Teoría “clásica” de la Utilidad a la realidad. El suponer la existencia de una utilidad marginal para todo bien o ganancia es insostenible, pues hay cosas como la propia muerte que no admiten criterios de medición unitaria y ordinal. Es cierto que se puede reformular la pregunta como “¿por cuántas hamburguesas está usted dispuesto a morir?” Sin embargo, esto nos deja con una curva que no compara utilidades, pues no existen “unidades muerte” o “unidades vida” así como si existen unidades de hamburguesas. Dicho en cristiano, hay cosas cuyo valor —aún asumiendo que éste es subjetivo y que depende de la cultura, los valores y las experiencias individuales— no es comparable, condición que figura como una premisa fundamental de la Teoría de la Utilidad en su versión dura.

He tocado un punto que muy bien ya ha distinguido López Cachero (1979): podemos hablar de dos formas de concebir la utilidad desde sus principios fundamentales: utilidad ordinal intensiva o bien una utilidad extensiva. López menciona que:

Desde este último punto de vista, se ha pretendido, incluso, la construcción de una «teoría del consumo» fundamentada en la noción de “utilidad”, tal y como ha

pretendido la Escuela Marginalista, soslayando, o por mejor decir, pretendiendo soslayar, el problema de la cuantificación de aquélla a través de la noción de utilidad “ordinal” y su configuración como “magnitud intensiva”, por contraposición a las “magnitudes extensivas”, siendo estas últimas las que requerirían de una medida. Así, la utilidad, tal y como los marginalistas la conciben, aparecería como un ente existente, más no mensurable, sino meramente ordenable. (López, 1979:131)

Yo agregaría, considerando lo expuesto en a) y b) en la página anterior, que una Teoría de la Utilidad que se contraponga a la de la escuela marginalista inglesa debe dar cuenta del hecho de que las magnitudes son extensivas y que, además, son escalares y discretas. Una cosa puede representar algo tan importante para un individuo que una sola unidad de ello puede rebasar el valor de otra cosa, aún llevando la cantidad de unidades de la segunda cosa al infinito.

2.3.2 Inferencia bayesiana, inducción inversa y lógica de necios

En este capítulo he insinuado en varias ocasiones que el vínculo entre el observador científico y el actor y las reglas del juego es algo más que complejo; en el tema que me ocupa es particularmente importante el asunto de la doble hermenéutica, pues el observador científico está en todo momento interpretando lo que el jugador, a su vez, también interpreta. Por más que se quiera elevar dichas observaciones e inferencias o ideas objetivas, meras observaciones, existen varios mecanismos cuya existencia, o bien la existencia de la crítica sobre ellos, no dan lugar a semejantes pretensiones. Uno de esos mecanismos viene al caso para el tema de la TdJ: el mecanismo lógico de la inducción inversa.

El sistema lógico de la teoría de juegos descansa principalmente sobre la idea de que el jugador elige el curso de acción que mejor se adapta a sus intereses. Sin embargo, este tipo de razonamiento deja de lado, paradójicamente, el punto más importante de un posible análisis microsocioal: el establecimiento de una teoría propia del actor o jugador. Como el

lector podrá notar, la sentencia que identifica el objeto de estudio de la Teoría de Juegos es, en sí misma, una noción acerca del comportamiento de los jugadores; una teoría de sus acciones que no involucra el entendimiento intrínseco de la situación por parte del mismo.

Éste problema ha sido identificado recientemente en la literatura de TdJ, pero en términos generales no era desconocido para la sociología o la epistemología, pues la sociología del conocimiento, la sociología interpretativa y el relativismo epistemológico hace tiempo ya habían señalado que en el trato entre seres humanos no se observan acciones en sentido lato, sino que se interpretan acciones que a su vez ya han sido interpretadas por el actor. De lo anterior se deduce que la Teoría de Juegos no puede contener solamente las teorías de los científicos acerca de las acciones humanas, sino que tiene que establecer también las características de la teoría que el actor mismo tiene de su acción, pues además de los ejemplos mencionados, existe evidencia dentro de la misma TdJ de que la carencia de una teoría semejante crea severas inconsistencias lógicas en un pretendido modelo de racionalidad (Bicchieri & Antonelli, 1995:146).

El tema de la racionalidad es bastante más complejo de lo que parece cuando se trata en Teoría de Juegos; sin embargo, no es un tema menor. Como se mencionó arriba, en sentido un tanto laxo podemos afirmar que la TdJ construye sus explicaciones bajo la premisa *los seres humanos escogen la que consideran mejor de entre una serie de opciones disponibles para lograr un fin determinado*. Esta sentencia implica una teoría de la acción, más no una teoría de la decisión del actor. La consecuencia más importante de esta imprecisión es la inconsistencia de la racionalidad imputada al jugador. La sentencia mencionada fácilmente sucumbe ante objeciones lógicas. Plantear una racionalidad unidireccional, “frontal” y positiva en el tiempo como modelo de teoría del jugador de una situación dada nos deja con serios problemas lógicos. Concebir que los individuos efectúan sus elecciones mediante sentencias que discriminan entre las opciones “eligiendo la mejor” necesita, por lo menos, dos condiciones sumamente difíciles de aceptar:

- a) Que la calidad o porción de información con que cuenta el jugador es suficiente para elaborar juicios y sentencias veritativas. Este modelo requiere que el individuo piense en función de cosas y condiciones que debe asumir como verdaderas, para lo cual requeriría de información de altísima calidad que produjera certezas. Un

comprador, por ejemplo, tendría que tener en todo momento numerosos estudios de mercado acerca de todos y cada uno de los productos que consume, y cuando se tratara del precio, contar con sólida evidencia de que el lugar en el que compra ofrece los precios más bajos. La decisión de confiar en la pareja requeriría necesariamente el contar con un equipo de detectives que le proporcionaran a uno la evidencia necesaria para aceptar que todo lo dicho por ella o él es cierto.

- b) Que el conocimiento relacionado con las elecciones fuera común. Un jugador no efectúa sus elecciones sólo pensando en las consecuencias de las mismas, sino que tiene en mente las acciones y elecciones de otros jugadores. Esto nos dejaría con una paradoja: las decisiones tendrían que ser tomadas basándose en el sentido común, y éste a su vez tendría que consistir de conocimiento altamente calificado y validado. Esto implicaría, además, una linealidad cognitiva absurda. Los individuos tomarían decisiones basándose en información acerca de las decisiones de los demás derivada exclusivamente de las reglas del juego; de ese modo una predicción inicial sería acertada con una frecuencia asombrosa.

Bicchieri & Antonelli (1995:147) sugieren que la teoría que los jugadores tienen del juego necesariamente implicaría, dadas las limitaciones enunciadas, que el proceso cognitivo siguiera los pasos de un ordenamiento lógico informal como es la inducción inversa, en vez de las leyes de la inferencia lógica formal. El problema yace precisamente en la formalidad de las leyes lógicas de inferencia: un silogismo, por ejemplo, llega a conclusiones aceptando la inequívoca y absoluta veracidad de lo dicho tanto en la premisa mayor como en la premisa menor, para considerar la conclusión de las mismas también como algo inequívocamente verdadero. El problema con la selección de “la mejor de las opciones” a través de las leyes de la inferencia lógica formal resulta escandalosamente evidente. La lógica formal requiere de información de altísima calidad, misma que no posee el individuo promedio y, en muchos casos, ni el especialista más versado.

Bicchieri y Antonelli afirman:

Escogemos hacer de nuestros jugadores razonadores bastante simples. Los dotamos de una teoría que es suficiente para que infieran la solución de inducción inversa directamente de la estructura del juego solamente. (...) Para que se infiera una solución para el juego, no se requieren de sentencias contrafácticas (*Ídem*).

Respetuosamente discrepo. Como consecuencia de la utilización de la inferencia lógica formal como modelo de toma de decisiones del actor, independientemente de la calidad de su información, los jugadores serían, cuando menos, unos necios: individuos incapaces de cambiar de parecer, de modificar sus creencias. La modificación de creencias no puede provenir del encuentro entre los resultados de una decisión particular y las reglas del juego solamente. Los individuos necesitan sentencias contrafácticas para reelaborar sus creencias, las cuáles, evidentemente, están inexorablemente unidas a las reglas del juego –las creencias principales del jugador son precisamente su interpretación de las reglas del juego. Bicchieri y Antonelli pasan por alto que la inducción inversa requiere necesariamente de sentencias contrafácticas. Ampliemos este punto.

La inducción inversa es el mecanismo por el cual, en teoría, el actor que se enfrenta a distintos cursos de acción a futuro discrimina entre ellos para elegir un conjunto de estrategias idóneas en un determinado punto del tiempo. Este mecanismo se aprecia en el presente como la planeación ante escenarios hipotéticos en el futuro, no solamente en el presente. La inducción inversa empieza en el futuro, es decir, el jugador se pregunta siempre “para llegar a x situación, ¿qué tengo que hacer?”. El uso de la inducción inversa como el mecanismo que utiliza el jugador para elaborar su teoría del juego tiene dos ventajas:

- a) La existencia de objetivos. De aceptarse la inferencia lógica presentista, el jugador consideraría al futuro no inmediato siempre como algo nebuloso. El hecho de que los jugadores se planeen metas que sobrepasan el horizonte de una sola decisión necesariamente implica la existencia de un proceso de inducción inversa en el cual el jugador intente crear un conjunto de decisiones apegadas a lo que cree idóneo para llegar a su fin.

- b) La existencia de sentencias contrafácticas. De seguir un razonamiento lógico formal, la capacidad analítica del individuo se vería severamente limitada. El nivel de certidumbre que se pretende para las premisas y la lógica positiva de verificación dificultan que el jugador lleve a cabo una de las operaciones básicas de la mente: la adaptación, o bien, el cambio de creencias. La inducción inversa como teoría del jugador permite concebir la existencia de sentencias contrafácticas, es decir, del tipo “Si X no sucede, entonces 1 y 2 no dicen enteramente la verdad, por lo tanto Y tampoco sucederá”, suponiendo que X y Y son sucesos dependientes de las creencias 1 y 2.

De concederse que una teoría mental del juego propia del jugador no requiere de sentencias contrafácticas, sería entonces bastante difícil explicar el cambio de creencias y la adaptación de los individuos a nuevas condiciones y reglas surgidas de cualquier eventualidad. De manejar una teoría basada en la lógica formal, los individuos experimentarían “paros críticos” como los programas de computadora, pues el cambio en las condiciones los paralizaría en un punto del juego si ni fuesen capaces de reconstruir sus argumentos y modificar las condicionales que relacionan los sucesos esperados con sus creencias. Construir nuevas teorías es una característica de la mente humana, y lo hace con base en sentencias contrafácticas.

Ahora bien, se puede argumentar que los seres humanos no necesariamente cambian sus creencias en presencia de evidencia que las desmientan; la existencia del pensamiento religioso y de todo pensamiento dogmático es una demostración fehaciente de que la elección de creer algo no necesariamente está vinculada a un mecanismo cognitivo de demostración. Sin embargo, las creencias de todos los niveles están en constante transformación porque, de lo contrario, los seres humanos serían incapaces de aprender. Los sistemas de creencias no son solamente grandes esquemas cosmogónicos; las creencias surgen y funcionan desde el nivel más fino, como las creencias que tiene un pastor sobre la fiabilidad de uno de sus perros de trabajo.

No ignoro, por supuesto, la existencia de comportamiento irreflexivo, de decisiones paralógicas o de simple comportamiento reactivo; sin embargo, considerar la inducción inversa como el modelo idóneo para la representación de las teorías que los jugadores

tienen de los juegos en los que participan acumula argumentos a favor. Cuando los jugadores llevan a cabo juicios sobre la pertinencia de escoger tal o cual curso de acción no suelen considerar todas las opciones posibles ni siquiera en el primero de los acercamientos. En la mente del jugador existen opciones que, aunque posibles, representan soluciones absurdas para los problemas postulados. Esto sucede en dos formas:

- a) Por los costos. Los jugadores suelen evitar desde el principio aquellas opciones que representen un costo de oportunidad demasiado elevado. Es más frecuente encontrar certezas absolutas entre las opciones descartadas desde el principio que en los subsiguientes conjuntos de razonamientos. Si un individuo necesita cien dólares para salir de un apuro económico y se encuentra con un conjunto de alternativas que incluye vender uno de sus órganos, buscar un trabajo o pedir prestado, seguramente desechará la primera de las opciones. El costo de pedir prestado es, probablemente, más susceptible de presentar probabilidades ambiguas que el costo de vender un órgano; es decir, sabe de antemano que vender un órgano le provocará seguramente problemas de salud, mientras que los costos asociados a pedir prestado —el capital del préstamo, los intereses naturales, los intereses moratorios, o bien, la presión y desaprobación si el tenedor de la deuda no es una institución bancaria— pueden evitarse o pueden no presentarse en la magnitud esperada.
- b) Por la probabilidad de éxito. En TdJ se evalúan escenarios de probabilidad; del mismo modo, el jugador pondera sus opciones basándose en cálculos aproximativos, no en absolutos lógicos. La inexistencia de certezas es lo que motiva, en primer lugar, el cálculo de probabilidades de éxito.

La inducción inversa es más apta, precisamente, para producir argumentos basados en probabilidades. James Hawthorne (1993) hace una revisión sumamente interesante sobre las implicaciones lógicas del sistema inductivo inverso de la lógica bayesiana, o inferencia inversa. Haciendo una lectura adecuada del texto de Hawthorne, y comparándolo con la discusión planteada por Bicchieri y Antonelli, nos encontramos ante un escenario donde las necesidades planteadas para formar una teoría del juego —propia del actor— se conjugan en un modelo bidimensional articulado por:

- a) Cronología, es decir, si el proceso cognitivo empieza en el presente o bien en el futuro.
- b) Formato argumental. Si la base de los argumentos son silogismos veritativos o bien se expresa en probabilidades.

La inducción inversa cumple con presentar, precisamente, una temporalidad adecuada para el establecimiento de una teoría del juego propia del jugador. Sin embargo, el elemento probabilístico aún se encuentra mencionado *lato sensu*. Si continuásemos basándonos solamente sobre la inducción inversa, podríamos estar recurriendo en realidad a un sistema de inducción eliminativa (Hawthorne ,1993:99), lo cual cumpliría con el objetivo de contrarrestar el positivismo de la lógica formal, pero fallaría inexorablemente como reemplazo de las irreales certidumbres veritativas de la misma. La inducción eliminativa nos puede llevar a considerar que el mecanismo cognitivo de toma de decisiones se basa en negaciones absolutas.

Para incluir adecuadamente a la probabilidad como elemento del mecanismo cognitivo del jugador se puede considerar el argumento de J. Hawthorne sobre la inferencia bayesiana. El autor menciona:

Argumentaré que, en lo referente a la evaluación de hipótesis, la inferencia inductiva bayesiana es esencialmente una forma probabilística de inducción por eliminación. La inducción bayesiana es una extensión del eliminativismo a casos donde en vez de contradecir la evidencia, las hipótesis falsas más bien implican que la evidencia es altamente improbable (*Ídem*).

De modo tal que la inferencia inversa bayesiana es un mecanismo lógico útil para deshacernos de las incómodas e irreales certidumbres de la lógica formal positiva. No obstante, hay que ser cautelosos, pues como se ha señalado con frecuencia al respecto de la lógica bayesiana, ésta no es un método de confirmación de hipótesis propiamente dicho, sino un método de descalificación de hipótesis competidoras a una hipótesis que suele estar confirmada *a priori*.

	Sentencia veritativa	Probabilidad
Del presente al futuro	Silogismo formal	Estadística inferencial
Del futuro al presente	Inducción eliminativa	Inferencia inversa bayesiana

Figura 7. Categorización lógica.

Fuente: elaboración propia.

Las inferencia bayesiana, lo mismo que el falsacionismo popperiano, debe ser tomado con cautela. En todo caso, para fines de las consideraciones sobre la una posible teoría del juego propia del actor, la inferencia bayesiana como un método de inducción inversa demuestra su utilidad al echar por tierra las características de la lógica forma y de la estadística inferencial que son incompatibles con la realidad cognitiva del individuo promedio, pero no califica, por ejemplo, como la teoría del juego propia del observador científico.

2.3.3 *Las preferencias a nivel axiomático*

Otro de los grandes conflictos con los que se encuentra la TdJ es el tema de las preferencias y su conceptualización. La forma en que se presentan las preferencias y la forma en que se concibe el mecanismo mediante el cual el individuo las adquiere o las maneja son dos problemas que han generado actitudes escépticas al respecto de los alcances del concepto de utilidad y de la teoría de juegos.

Dos de estas interpretaciones son las que han marcado el ritmo de la evolución de la Teoría de la Utilidad y de la TdJ. Si bien existen otras muchas interpretaciones, éstas se derivan más bien de la reinterpretación de los axiomas básicos ante el embate de la crítica. Si bien debe reconocerse precisamente el valor de dichas críticas, es importante que yo mencione que el tomar las interpretaciones fundamentales de las preferencias como punto de referencia analítico se debe a que la crítica no es algo que suela incluirse cuando se trabaja con Teoría de Juegos. El trabajo seminal de von Neumann y Morgenstern sigue siendo el modelo bajo el cual se hacen muchos trabajos, ignorando por completo las críticas al respecto. Esto se debe a que muchas de las críticas incluyen criterios ampliados que muy

bien pudieran dejarse fuera de los tópicos que comúnmente se analizan en la teoría económica; sin embargo, al tratarse este trabajo de un ejercicio metodológico más amplio avocado a la sociología, no debemos pasar por alto su existencia, aún cuando se pretenda dar con una crítica más original o, en todo caso, *ad hoc* del tema.

La primera de las interpretaciones es la que podemos llamar clásica o simple, la que López Cachero (López, 1979:138) llama “razonable” y que adjudica a G. Bernard. Sintetizando las propiedades de un grupo central de axiomas sobre las preferencias, se puede decir que estas son:

Como condicionales:

- a) $x \geq y$: y no es preferido a x , que se puede interpretar como una premisa condicional y de posibilidad para considerar que las preferencias son completas, o bien, tan simple como enunciar una preferencia débil.
- b) $x > y$: x es preferido a y , la condición de posibilidad básica de las preferencias completas, o bien, una preferencia estricta.
- c) $x \sim y$: x e y son indiferentes, que da pie a la propiedad de los bienes sustitutos (como lo hace también la condición de las preferencias débiles)

Estas condiciones básicas dan pie a la existencia de un grupo bien definido de axiomas:

1. Axioma de *preferencia e indiferencia*. Para dos elementos cualesquiera x y y , sólo es válida una, y sólo una, de las siguientes proposiciones:
 - a) $x > y$ (pudiendo ser $x \geq y$)
 - b) $x \sim y$
2. Axioma de *transitividad*. Dados los elementos x, w, y ,
 - a) si $x > y$ y $y > z$, entonces $x > z$.
3. Axiomas de *comodidad*

- a) La indiferencia entre dos utilidades es extensible a los correspondientes sucesos.
- b) La función de utilidad es monótona no decreciente.
- c) La utilidad marginal es no creciente para las ganancias (es decir las ganancias unitariamente medidas no crecen conforme avanza un juego) y no decreciente para las pérdidas (las pérdidas, unitariamente medidas, no disminuyen conforme avanza el juego o se agregan sucesos o loterías)

Al respecto, López comenta que “Ciertamente, estos tres últimos axiomas son discutibles, pero poseen la ventaja de conducir a formas de fácil manejo para la función de utilidad y son en general admisibles, a condición de estar seguros de desenvolverse en un conjunto convexo” (López, 1979:139).

La segunda de las interpretaciones, a saber la más popular y de interés para este trabajo, es la de von Neuman-Morgenstern. Para ellos, los axiomas de preferencia moldean el concepto de utilidad que ya hemos mencionado, el cual contempla la total convertibilidad de toda utilidad a unidades monetizables. En consecuencia, la utilidad para esos autores supone que el comportamiento del individuo es tal que valora, por ejemplo, un billete de lotería, lo que implica que el individuo es capaz de valorar una oportunidad en términos de una esperanza matemáticamente definida. Los axiomas sobre las preferencias sobre los que Von Neuman y Morgenstern sitúan la existencia de esta función de utilidad son los siguientes:

1. Existe la relación de preferencia \geq , total, reflexiva y transitiva (lo que es lo mismo que decir que todo bien es susceptible de ser comparado por el individuo y que las preferencias de éste poseen carácter transitivo).
2. La actitud del sujeto depende exclusivamente del premio final y de la posibilidad de alcanzarlo. (*Ibid.*:140)

La relación que guarda la conceptualización de las preferencias a nivel axiomático con los supuestos de representación de un juego es evidente. Sin embargo, y a falta de estudios más precisos al respecto, la relación entre la conceptualización de las preferencias humanas y los esquemas analíticos macrosociales y/o culturales o sencillamente situacionalmente más

amplios no es tan clara. Dicha temática se abordará *in extenso* en trabajos subsecuentes, pero para efectos de este trabajo quede la reflexión como una advertencia sobre cómo no conceptualizar los esquemas de preferencia para evadir las críticas más serias al respecto, las cuáles coinciden con o provienen de puntos de vista basados en esquemas teóricos holistas.

2.3.4 La aversión al riesgo

Otro de los conceptos fundamentales de la economía moderna que ha sido comúnmente utilizado en las críticas a la aptitud de la TdJ como esquema analítico para el entendimiento de las decisiones humanas es el de *aversión al riesgo*. Este concepto, precisamente por la relación que guarda con el concepto de utilidad de Morgenstem y von Neumann, es de especial importancia para el análisis de la TdJ como un instrumento de análisis microsocioal metodológicamente adecuado para convivir en la sociología con esquemas de corte macrosocioal. La aversión al riesgo es una idea que no se puede ignorar desde una perspectiva sociológica clásica, pues es el ejemplo perfecto de cómo el individuo humano no está sujeto a esquemas de evaluación y decisión tan simples como formuló la economía clásica y como siguen sosteniendo los partidarios de la Teoría del Equilibrio General, por ejemplo.

Supongamos que un individuo se involucra en un juego de apuestas cualquiera, como es una función de box. El escenario presenta un boxeador A, con probabilidades de ganar de un 20% de acuerdo con su récord, y un boxeador B, con 80%. Tomando en cuenta esas probabilidades, las apuestas posiblemente se definirían con base en esas proporciones: la apuesta por el boxeador A pagaría 5 a 1 mientras que la apuesta por el peleador B podría pagar 1.2 a 1, eso con suerte. En un esquema de predicción "tradicional" supondríamos que la decisión de apostar al peleador A de dicho individuo, de conocer éste las reglas del juego y las probabilidades asociadas, estaría en función de una simple ecuación de utilidad esperada definida como

$$U = \frac{u(R(A)) + u(R(A'))}{2}$$

donde U es el valor que representa la propensión a apostar —o la utilidad esperada—, R el monto de la apuesta (lo que se arriesga), (A) el valor de la apuesta del evento “el boxeador A gana la pelea”, A' el valor de la apuesta del evento “el boxeador A pierde la pelea” y 2 el número de posibles eventos contemplados en esa apuesta. De acuerdo con dicha ecuación, y suponiendo que el individuo decidiese apostar 500 dólares, la ecuación tomaría los siguientes valores:

$$U = \frac{500 + 500}{2} = 1250$$

Si dicha lotería se repite con las mismas condiciones es lógico que el individuo decida apostar porque la utilidad esperada rebasa por mucho la utilidad de sus originales 500 dólares. Aún en el caso de que se tratara de una lotería única, cabría la posibilidad de extender dicho razonamiento si la utilidad de los 500 dólares se considerara más allá de la simple cantidad —es decir, sabiendo qué tan dispuesto está el individuo a perder su apuesta inicial. El individuo no racionaliza solamente la utilidad de los posibles eventos, sino que contempla medidas de riesgo, por lo que el apostador puede decidir no apostar, es decir, no arriesgar una utilidad segura por una esperada, sin importar cuán más grande sea esta última en comparación en términos puramente monetarios.

Para la economía dicha relación no es desconocida. Desde los trabajos de Daniel Bernoulli se ha contemplado que la utilidad no puede ser definida solamente como monetaria; no obstante, para efectos del concepto de aversión al riesgo eso no ha influido en el hecho de se considere que toda utilidad, a final de cuentas, se puede monetizar. Eso no excluye, para nuestra fortuna, que debido al nivel de abstracción de los supuestos matemáticos de la TdJ podamos representar la utilidad de forma matemática sin que esto exprese necesariamente dinero.

CAPÍTULO 3. LA TEORÍA DE LA ELECCIÓN RACIONAL

*THE PROBLEM OF RATIONALITY is the problem
of choice —of ideas or of courses of action.
More cannot be said without loss of unanimity.*

Joseph Agassi, 1992.

En el capítulo 1 se revisaron los aspectos más importantes para la conformación de un individualismo metodológico que pueda integrarse satisfactoriamente con análisis de corte macrosocial. Esto se hizo con el propósito de esclarecer algunos prejuicios y críticas respecto a la concordancia del individualismo metodológico con esquemas holistas y con la realidad misma. El resultado de dicha revisión concuerda en gran medida con las observaciones que se hacen en el presente capítulo al respecto de la Teoría de la Elección Racional, y precisamente proviene de dichas observaciones. El Individualismo Metodológico es la base para la construcción de una TER o bien de una Teoría de la Acción Humana, por lo que su revisión obedeció a dejar en claro la línea argumental que se seguiría en éste capítulo, cuyo propósito, como ya se adelantó en la introducción, es sintetizar los aspectos teórico-metodológicos del capítulo 1.

El capítulo 2 sirvió para dirimir brevemente y laxamente los pormenores de un vínculo micro-macro que se vuelve más conflictivo en tanto se contempla en su horizonte la Teoría de Juegos. Si bien no se planteó una revisión extensiva y exhaustiva, el capítulo 2 sirvió para llegar a una conclusión asociada a la del capítulo 1, y que es útil para este capítulo en la medida en que plantea las reservas necesarias para no cometer errores de inclusión en lo referido a los presupuestos y axiomas de la Teoría de Juegos.

Dicho lo anterior, este capítulo se dedica al tratamiento más general del tema de la Teoría de la Elección Racional, pero ya no en el margen de amplitud misma del concepto, sino en un espacio analítico ceñido por las advertencias y acotamientos que se llevaron a cabo en los capítulos precedentes. Como premisa inicial para este capítulo, considérese lo dicho por Friedman y Hechter, ya que describe perfectamente el problema al que se intenta aportar soluciones con este trabajo:

Hasta hace poco, los microsociólogos y los macrosociólogos estaban fundamentalmente en desacuerdo acerca del nivel apropiado de análisis para la investigación social. Sin embargo, ya que miembros de estos dos campos empezaron a apreciar cada vez más las ganancias empíricas y teóricas de una empresa conjunta, hay un nuevo llamado para la investigación micro-macro (Collins 1981; Hechter 1983; Coleman 1986a; Alexander, Giesen, Munch & Smelser 1987). Uno de los muchos puntos de partida para generar explicaciones que proveen vínculos micro-macro es la teoría de la elección racional. Más allá de su dependencia en el concepto de acción intencionada (la idea de que toda acción es intencional) y su compromiso con el individualismo metodológico (la doctrina según la cual todo fenómeno social es, en principio, sólo explicable en términos de las acciones de los individuos), las propiedades de la teoría de la elección racional son pobremente apreciadas por muchos sociólogos. (Friedman & Hechter, 1988:201)

Para solucionar dicho problema, es necesario redefinir la Teoría de la Elección Racional. Ya se han hecho los análisis pertinentes sobre individualismo metodológico y Teoría de Juegos en los capítulos precedentes. Corresponde ahora hacerlo con la TER en general.

3.1 El núcleo de la teoría de la elección racional

La Teoría de la Elección Racional (en adelante: TER) no se deriva de uno o un puñado de trabajos fundacionales como muchas teorías. La TER se trata más bien de una serie de presupuestos identificados con varios modelos conceptuales pertenecientes a distintas ciencias de lo humano como la antropología, la economía, la sociología, la ciencia política, etc. La TER puede incluso pensarse como un punto de confluencia de distintas Teorías de la Acción Racional, como las llama John H. Goldthorpe (1998). Es importante tener lo dicho anteriormente en mente en virtud del prejuicio generalizado en el ámbito de las ciencias sociales que ubica la TER como una empresa intelectual derivada

esencialmente de la economía neoclásica, o bien, como una lectura parsoniana del idealismo weberiano. Uno de los propósitos de este trabajo es desmentir dicho prejuicio.

A lo largo de su existencia se han hecho varias conjeturas acerca de las implicaciones generales que se derivan de la conexión de la TER con la teoría económica y con los distintos autores que se asocian con ella. Dichas conjeturas han generado confusión y distracción al respecto de la identidad y utilidad de la TER, por lo que para fines de este capítulo se dejarán de lado. En los capítulos precedentes se presentaron algunas características que desarrolló una difusa metateoría social de corte “racional-electiva” al conjugarse con la economía y la teoría de juegos —la que comparte, en menor medida, el “estigma” de ser asociada como producto del pensamiento económico y de la misma TER—, por lo que en este capítulo se tratará el tema bajo el entendido de que dichas características ya han sido delimitadas. Por lo pronto, es necesario dejar en claro que al no tratarse de una exclusiva de las ciencias económicas, la TER se ha ido diversificando en sus alcances y pretensiones al ser manejada de formas y con propósitos científicos distintos en la teoría económica neoclásica, en la ciencia política (con especial énfasis en la teoría democrática contemporánea) en la sociología, etc.. dando origen a un cuerpo considerable de premisas y presupuestos epistemológicos y metodológicos cuyas implicaciones terminan por afectar de forma diferencial los resultados de las investigaciones fundadas en ese gran cuerpo de presupuestos. Pau Mari-Klose sostiene la idea —que se ha sugerido con más cautela en este apartado— de que la TER es en realidad una colección de teorías agrupadas bajo un mismo nombre, ya que afirma que “Más que de teoría de la acción racional, puede hablarse de una familia de teorías, en las que esos matices cobran mayor o menor relevancia.” (Mari-Klose, 2000:25).

A pesar de no estar en condiciones históricas de admitir la existencia de una obra seminal o de alguna paternidad o maternidad, la TER es un cuerpo de presupuestos epistemológicos y filosóficos que un sector importante de la academia —ya sean partidarios, críticos o detractores— tiene bien identificado. Si bien los prolegómenos y conclusiones son variados, se puede hablar de una sola metateoría en la TER —tal y como no es común encontrar en la teoría sociológica contemporánea—, la que se expresa como un grupo de presupuestos comunes a toda recepción y metodología y estables en el tiempo, el cual llamaré *núcleo identitario actual*. A éste núcleo se le suman presupuestos, ideas y teorías

dependiendo de autores, enfoques, usos, etc., haciendo parecer a la TER algo estorboso a ratos y llanamente equivocado en algunos casos al contrastarse con situaciones de la vida real.

En virtud de lo anterior, es prioritario identificar el núcleo irreductible de la TER, aquel cuyas premisas puedan sostenerse incluso como axiomas, dotando a la teoría de un vínculo sólido entre sus supuestos y la realidad observable en ejemplos, estudios de caso, descripción de procesos históricos, etc. A este reducido conjunto de premisas es lo que llamaré *núcleo axiomático*, y mi intención en este capítulo es resaltar el valor metodológico y teórico de dicho núcleo para las ciencias sociales en general, y para la sociología en particular. Cabe señalar que la reducción a dicho núcleo no implica despojar a la TER de su identidad metodológica, sino más bien la afina deslindándola de los supuestos ligados específicamente a la economía y a la teoría de la utilidad planteada en los términos de la Teoría de Juegos “clásica”, es decir, como la presentaron von Neumann y Morgenstern en 1944, ya que son anexos insostenibles desde el punto de vista de la sociología y la teoría social.

3.1.1 Núcleo identitario actual vs. núcleo axiomático

La TER tiene algo que no se encuentra con facilidad en teorías sociológicas: un núcleo de premisas evidentes por sí mismas. Puede decirse que este núcleo en realidad es un cuerpo axiomático. La separación entre el cuerpo axiomático y la nube de conjeturas asociadas a la TER es una preocupación fundamental si se quiere integrar con éxito la teoría al quehacer sociológico. Dicha separación tiene que dar cuenta de una parte de la teoría que no pueda ser controvertida y en contra de la cual no se puedan sostener críticas serias. Aún cuando parece algo difícil en las ciencias sociales, la TER parece tener algo así y Raymond Boudon la ha descrito notablemente. Según el autor, existen seis postulados que componen el cuerpo axiomático de la TER, a saber: El postulado 1 (en adelante P1): todo fenómeno social es producto de decisiones y acciones individuales; el postulado 2 (P2): la acción es comprensible o interpretable; el postulado 3 (P3): toda acción es causada por una razón que se encuentra en la mente individual; el postulado 4 (P4): las razones que

motivan la acción toman en cuenta las consecuencias de la acción en cuestión; el postulado 5 (P5): la consideración de las acciones se hacen en función de las consecuencias para el individuo; el postulado 6 (P6): el individuo tiene la capacidad de hacer el balance entre el costo y el beneficio de cada acción y, en consecuencia, elige el camino de acción que maximiza su utilidad (Boudon, 2003:3). El autor hace una clara distinción entre los postulados P1, P2, P3 y los postulados P4, P5 y P6. Por un lado identifica al postulado P1 como el que expresa la parte de individualismo metodológico de la teoría, a P1 y P2 como los postulados afines a la sociología interpretativa de Weber y a P1, P2 y P3 como el conjunto de postulados que definen una “versión de de la sociología interpretativa donde se supone que las acciones son racionales en el sentido de que están fundadas en razones en la mente del actor” (*Ibid.*: 10). Por otra lado, al conjunto P1; P2, P3 lo llama la Teoría cognitivista de la acción (en adelante TCA), mientras que a P4, P5 y P6 los considera simplemente como axiomas que no se cumplen en todos los casos ya que son vulnerables a la crítica y pueden ser falseados a través de ciertas paradojas (*Idem*).

Una de esas paradojas que se mencionan arriba es la paradoja del votante (Boudon, 2003:6). Según este ejemplo, la TER no puede explicar el porqué la gente vota, ya que se piensa que si los individuos fueran entidades racionales que maximizaran la utilidad a través de sus elecciones (P6) no irían a votar, ya que el costo de hacerlo —en términos de tiempo— es mucho más elevado que los beneficios —emitir un voto (insignificante *per se*) a favor de cierta propuesta o candidato. En consecuencia, como dice Raymond Boudon, sería preferible aprovechar ese tiempo haciendo otra cosa, como escribir un artículo, descansar o salir a caminar; a pesar de ello, la gente vota. Otras paradojas describen otra clase de comportamientos en los cuales parece existir un vacío de pensamiento, o bien elecciones que son producidas por cierto tipo de razonamientos que a primera vista parecen fundamentarse en juicios llanamente falaces e incluso paralógicos. Un buen ejemplo de este tipo de paradojas es el plagio, el cual está enmarcado en la idea general de la corrupción, la cual no puede ser explicada ni como algo racional o irracional en el esquema de la TER (*Ibid.*: 8), ya que la mayoría de las personas en los países occidentales no están en posiciones en las cuales estén en contacto con o sean víctimas de actos de corrupción, y sin embargo, la consideran reprobable. El plagio se considera como un crimen que no genera muchas consecuencias negativas, e incluso, en ocasiones beneficia al que está siendo

víctima de él, pues atrae la atención pública. No obstante, aún en esas condiciones el acto se considera sumamente impugnable, toda vez que, además, es un crimen difícil de perseguir.

Parece aquí que la cuestión puede reducirse a la simple miopía de la idea de la racionalidad, la cual pasa por alto o quiere apropiarse del nivel axiomático valorativo, es decir, invadir el campo de la moral haciendo de esta una consecuencia lógica de razonamientos de maximización de los beneficios –se actúa “correctamente” sólo en función de su utilidad, aún cuando ésta no sea evidente ni explícita. Sin embargo, reducir la cuestión de esa forma es un error de apreciación bastante oneroso y que los detractores más comprometidos de la TER suelen cometer. Hay que hacer ciertas aclaraciones sobre los conceptos de racionalidad, ya que los errores cometidos en contra de este enfoque suelen darse por efecto de añadidura: se descalifica toda la TER en función de los errores y paradojas que pueden adjudicarse sólo a un grupo de premisas metateóricas, las cuáles frecuentemente son parte de los supuestos “extra” que algunas teorías de las ciencias sociales le han adjudicado al enfoque. Un muy buen ejemplo de eso es lo que se mencionó con anterioridad acerca de las premisas (P1-P6) de la TER. Como se dijo anteriormente, las premisas P1, P2 y P3 forman lo que Raymond Boudon llamó la TCA. Precisamente esta distinción entre la TCA y los postulados “extra” P4, P5 y P6 le sirve a Boudon para hacer las aclaraciones necesarias sobre los niveles de racionalidad implícitos en la TER.

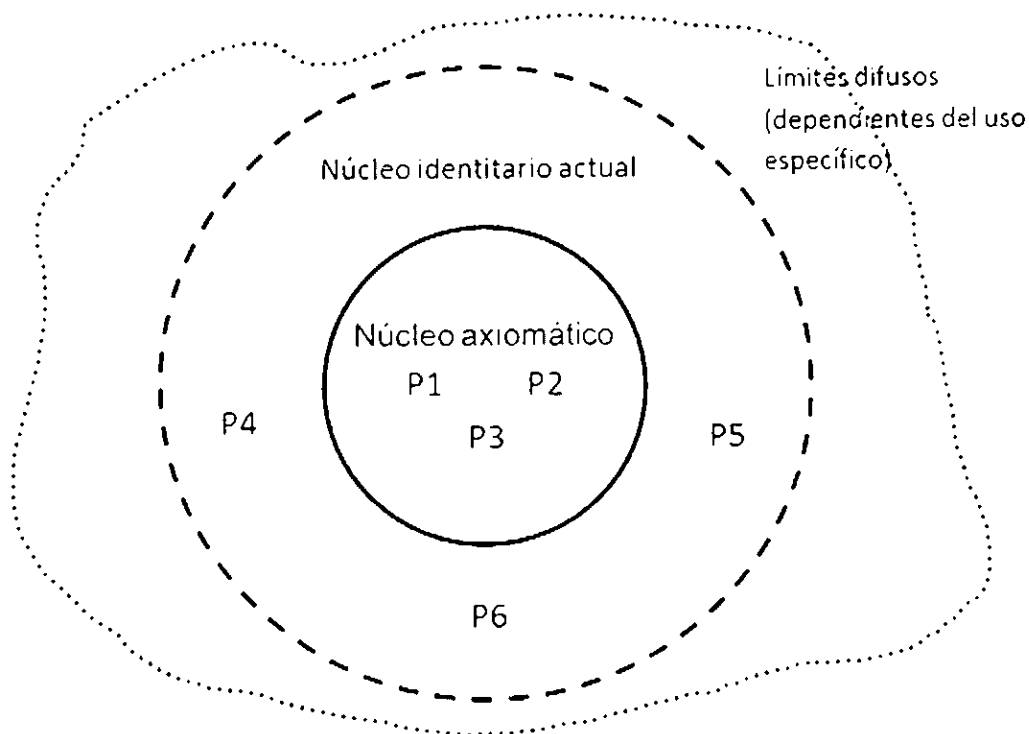


Figura 8. Delimitación conceptual del núcleo axiomático.

Fuente: Elaboración propia.

3.2 Un principio de racionalidad adecuado

Hay que considerar que el enfoque cognitivista del Profesor Boudon es identificado por John H. Goldthorpe (1998:169) como una más de una serie de Teorías de la Acción Racional que se distinguen entre sí por ubicarse en el espacio de las TARs de acuerdo con escalas definidas por el autor, las cuáles son:

- a) Requisitos del concepto de racionalidad
- b) Énfasis en una racionalidad situacional o bien en una racionalidad procesal
- c) La provisión de una teoría general o bien una teoría especial de la acción

Ubicando a las teorías en los continuums, para Goldthorpe resulta que la TCA de Boudon se ubica con requisitos del concepto de racionalidad bajos, con un énfasis más pronunciado a considerar la racionalidad como situacional y con cierta ambivalencia en lo que se refiere

a la provisión de una teoría general o bien especial (*Ídem*). Como se podrá deducir a estas alturas, para el autor de estas líneas –lo mismo que para Goldthorpe— una Teoría de la Acción Racional o bien una TER al alcance de los presupuestos de la teoría social y de la mayor parte de la teoría sociológica debe cumplir con los siguientes requisitos:

1. Un concepto de racionalidad poco exigente en el sentido de que la naturaleza de los fines o metas de los actores se ubiquen fuera de él. Los fines no tienen que ser (y simplemente, no pueden ser) considerados en sí mismos como “decisiones óptimas” objetivamente hablando, o bien como maximizadores de beneficios para considerar que el actor los persigue mediante acciones subjetivamente racionales. Para que eso sucediera, todo actor debería contar con información perfecta o completa, tal y como se supone en algunos análisis económicos. El hecho de que los bienes no sean objetivamente idóneos, no debe implicar que el mecanismo por el cual se quiere llegar a ellos sea menos racional o llanamente irracional.
2. Que la racionalidad sea concebida como situacional y no procedimental o procesal, en el sentido de que la racionalidad de las acciones está limitada en primer lugar por la percepción con base en la información disponible –que en sí misma es una variable situacional— de las opciones, y en segundo lugar, y no necesariamente, por procesos psicológicos internos. Esto es fundamental en virtud de que una racionalidad procedimental de corte psicologicista es apta para analizar vínculo micro-micro de causa y efecto individuales, pero una racionalidad situacional vincula analíticamente el nivel de la acción individual con esquemas no determinados por el contexto mental de una decisión personal inmediata, es decir, elementos ambientales que sirven de motor para comportamientos socialmente relevantes, los cuales son el objeto de estudio de la sociología y las ciencias sociales en general. Al respecto, se discutió en el capítulo 1, por lo que debe concluirse que una TER adecuada para convivir con los esquemas macrosociológicos debe, concebida laxamente, estar situada en un lugar entre el individualismo metodológico de la lógica situacional de Karl Popper y el individualismo estructuralista de James S. Coleman.

- Que la teoría de la acción en cuestión sea general. Si bien no es mencionado por Goldthorpe, para efectos de este trabajo es menester separar y reducir el núcleo de premisas de una TER que ha sido frecuentemente relacionada con la teoría económica, y para ello, la prioridad en términos de este continuum es lograr una teoría general opuesta a la teoría de la acción especial conectada directamente a la economía por los lazos de la teoría de la utilidad.

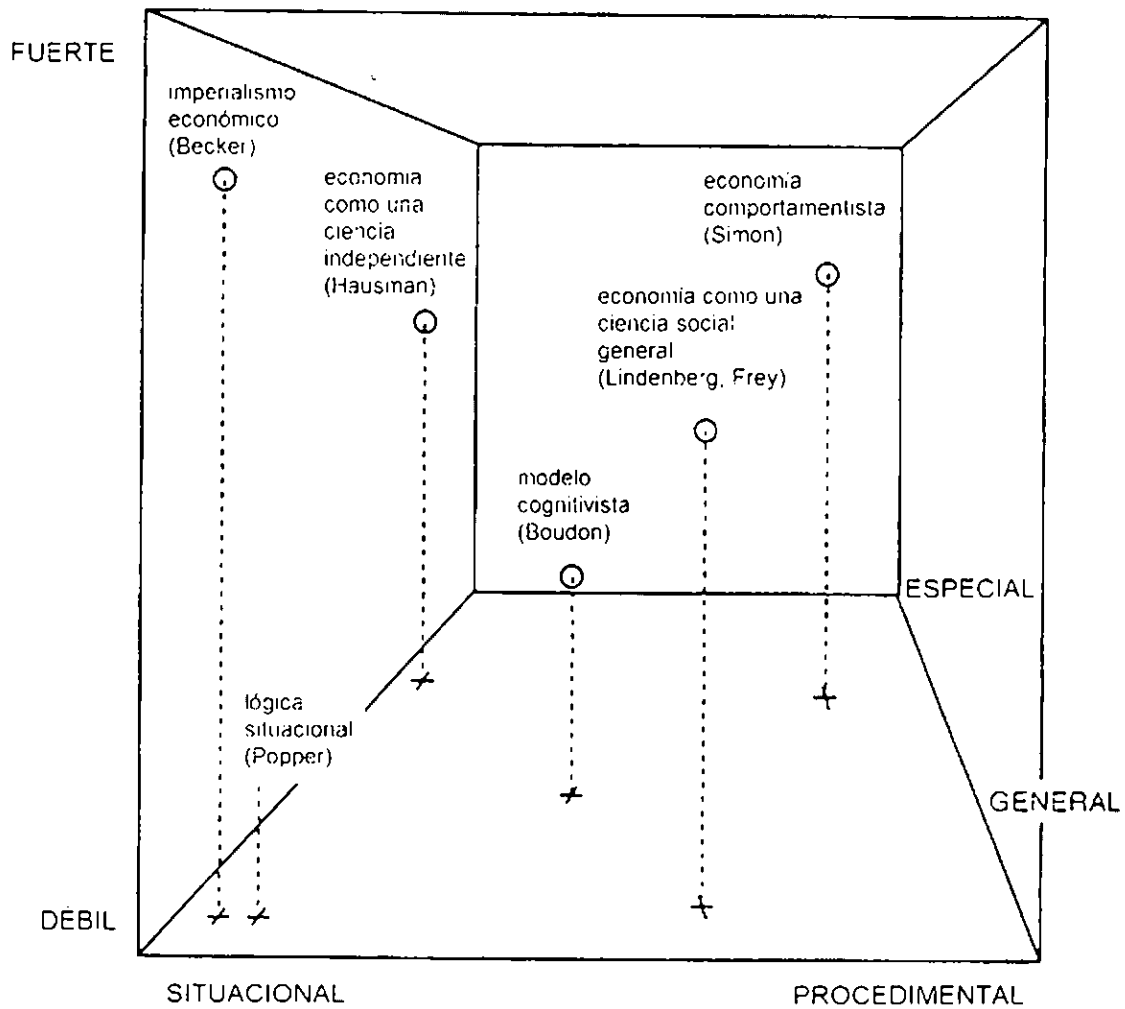


Figura 9. Posicionamiento de los conceptos de racionalidad.

Fuente: Goldthorpe (1998:178)

Como se mencionó anteriormente, en el esquema de Goldthorpe la TCA de Raymond Boudon cumple totalmente con los requisitos 1 y 2, pero no del todo el requisito 3.

Discrepo de dicha percepción. La TCA, enunciada en sus postulados P1, P2 y P3 es suficientemente general como para ser usada prácticamente por todas las disciplinas y ciencias del comportamiento humano, por lo que en este trabajo se considera que la TCA cumple cabalmente con los tres requisitos.

Es necesario agregar dos comentarios y previsiones al respecto del concepto de racionalidad:

1. La racionalidad de la TCA, como una propiedad cognitiva situacional y subjetiva, no corresponde con la teoría de la utilidad “clásica” de von Neumann y Morgenstern por el hecho de que las preferencias no necesariamente llegan a expresarse en términos de maximización –ni monetarios, como ya se dijo antes—; es decir, se puede elegir racionalmente un camino “suficientemente bueno” en vez de uno idóneo. Esto no es congruente con la teoría de la utilidad ya que, en un escenario de competencia entre opciones graduables, una decisión de conformidad no tendría mucho sentido si se contrasta con una curva de indiferencia planteada con las preferencias iniciales. Si bien existe un beneficio en cada decisión tomada racionalmente, éste no cumple con las propiedades del concepto de utilidad. Más aún, como menciona Goldthorpe (1998), la racionalidad situacional y subjetiva no cumple con presentar preferencias continuas ni completas (para lo que se requiere información perfecta).
2. En una competencia entre opciones no graduables y mutuamente excluyentes, el concepto de racionalidad situacional subjetiva no puede cumplir con la *propiedad aditiva del Teorema de la Utilidad Von Neumann-Morgenstern*. Un actor subjetiva y situacionalmente racional es un factor analítico trascendente para un esquema macrosociológico por sus pocos presupuestos básicos de acción, eso en virtud de que su función o funciones de utilidad son a) situacionalmente determinadas, como puede ser el caso de la aversión al riesgo, b) no susceptibles de ser comparadas con otras funciones de utilidad y c) presuponen conocimiento completo de las probabilidades y de la situación.

3.3 Racionalidad cognitiva vs. racionalidad instrumental

Con el propósito de dejar en claro el concepto de racionalidad utilizado en este trabajo, es necesario ubicar categóricamente dicho concepto en el continuum clásico que va de la racionalidad cognitiva a la racionalidad instrumental.

La diferencia entre la racionalidad cognitiva y racionalidad instrumental es la siguiente: mientras que la racionalidad instrumental está en función de la maximización inmediata de la utilidad en términos materiales e instrumentales, la racionalidad cognitiva tan sólo es el procedimiento mediante el cual la mente humana encuentra los mejores medios para llegar a un fin, el cual puede ser presente o futuro, material o ideal. Lo satisfactorio de una acción, que es precisamente el elemento central de una acción racional con arreglo a valores —en el sentido weberiano—, no es de ningún modo un fin que se anule automáticamente con la idea de hallar los medios más eficientes. En este sentido, el concepto de racionalidad de Weber cuando habla acerca de la *wertrationalität* (racionalidad valorativa) y de la *zweckrationalität* (racionalidad con arreglo a fines) es perfectamente congruente con un esquema de racionalidad cognitiva. También es congruente con la TCA que plantea Raymond Boudon con base en los presupuestos P1, P2 y P3, ya que se ajusta muy bien a este modelo de racionalidad.

A pesar de lo anterior, parece ser que habría que observar con atención el postulado P6 expuesto por Boudon, ya que al parecer tampoco es contradictorio con la idea de la racionalidad valorativa. Recuérdese que P6 afirma que el individuo tiene la capacidad de hacer el balance entre el costo y el beneficio de cada acción y, en consecuencia, elige el camino de acción que maximiza su utilidad. Si se considera que la utilidad no está siempre en función de cuestiones materiales, no hay razón para no considerar que los individuos siempre buscan el modo de optimizar sus resultados, aún si estos son de índole moral. Lo contradictorio, al parecer, es el uso del concepto maximización, el cual tiene un referente sugerentemente material, pues se utiliza comúnmente para referirse a la producción, mientras que optimización, por ejemplo, tiene un matiz más general. Sin embargo, aún con la sentencia original —para no perder el tiempo con discusiones semánticas— no hay motivos para pensar que se trata sólo de beneficios materiales inmediatos. Puede incluso decirse que se han adjudicado ciertas restricciones a este postulado al vincularlo con la

teoría económica de forma prejuiciosa. No debe olvidarse que, incluso, la Teoría económica clásica y neoclásica jamás ha hecho restrictivo el concepto de recursos a lo pecuniario. Basta con recordar que los ejemplos clásicos para ilustrar el concepto de *costo de oportunidad* siempre involucran opciones como “trabajar y ganar dinero” *versus* “estudiar y obtener un título”, vinculando en este caso la segunda opción a la obtención de prestigio y reconocimiento. Como dice Mari-Klose, “La acción motivada por valores no contradice, por lo tanto, ningún presupuesto de la teoría de la elección racional, ya que esta última no asume que los individuos traten de maximizar recursos de determinada índole (riqueza, poder, prestigio)...” (Mari-Klose, 2000:18). *Grosso modo*: los individuos tienen la capacidad para juzgar los mejores medios para lograr cualesquiera fines se propongan, sea dinero, fama, fortuna, seguridad, satisfacción emocional, etc. Incluso, algunos enfoques netamente económicos de medición de la pobreza consideran como recursos la satisfacción personal, el tiempo y la capacidad de sentirse útil (Boltvinik, 1992:460). Ahora bien, se podría esgrimir alguna objeción en contra de la idea de que los individuos tienen la capacidad de hacer juicios; no obstante, semejantes objeciones caerían o bien en una metateorización absurda de corte determinista plagada de metonimias, en un argumento psicologista sumamente inconsistente —y estadísticamente inexplicable— o bien en principios teológicos que no pueden ser comprobados. Es irrefutable que los individuos tienen juicio y que buscan la mejor manera de cumplir con sus fines. Nadie busca el camino más largo para llegar al trabajo en tanto su fin sea llegar temprano; aún cuando un individuo tomara el peor de los caminos, eso sólo sería atribuible a su ignorancia, lo cual no es ni necesariamente sintomático ni está en relación directa con su capacidad de juzgar en sentido lato. El que los fines no siempre sean virtuosos o que no siempre estén a la vista de todos no implica que los individuos no busquen siempre los mejores medios para alcanzarlos.

Consideremos consistente el argumento —simplificado y derivado de lo antes expuesto— *Las acciones están guiadas por elecciones cuyo mecanismo implica buscar los mejores medios para fines dados, no siendo estos de ningún carácter particular y siendo la única regla inquebrantable la concordancia cognoscitiva entre medios y fines —la que depende de la información disponible*. Luego entonces, se deduce que en la elección de los medios pueden aparecer serias incongruencias para un observador externo. De esas

aparentes incongruencias se deriva la siguiente hipótesis: la percepción de irracionalidad – como oposición a los términos de racionalidad establecidos en este trabajo— se debe a que el observador ignora el verdadero fin del actor o simplemente el actor ignora un mejor medio para lograr lo que se propone –supuesto de información incompleta o imperfecta. Supongamos que vemos a un hombre chocar una y otra vez su automóvil; podríamos pensar que se trata de un loco y/o que su acción no es racional –decididamente irracional, probablemente. Sin embargo, puede que aquel individuo esté tratando de simular un acto de vandalismo en su automóvil para cobrar cierta cantidad de un seguro, o bien el individuo no sabe manejar y el automóvil es el único medio que se le presenta para llegar al hospital porque está sufriendo un infarto y no hay quien lo auxilie; ir a pie significaría desmayar y morir en el asfalto. Si eliminamos condiciones como esas –es decir si no hay tal emergencia ni semejante necesidad de dinero— u otras similares, luego entonces podría afirmarse que efectivamente el hombre está loco al atreverse a manejar sin saber y pudiendo ir a pie a donde se dirigía. La racionalidad de la que hemos hablado hasta la saciedad es, a pesar de su flexibilidad, una facultad que se puede presumir inherente únicamente a individuos que gocen de todas sus facultades mentales. Sin embargo, un “loco” no es necesariamente irracional. Su enfermedad puede modificar su percepción de la realidad, pero puede seguir buscando los mejores medios para lograr los fines de su “realidad alternativa”. Eso ya dependerá del tipo de locura de aquél, pero para nosotros, los científicos sociales, la lección es que uno no puede prescindir de la siguiente pregunta ante cualquier comportamiento que presuponga irracional: ¿Está loco(a) o yo ignoro las circunstancias que rodean el acto, aquellas que le dan contexto? Hay que considerar que siempre es más probable lo segundo que lo primero.

Yo agregaría que en vista de la evidente refutabilidad de los postulados P4, P5 y P6, entonces los postulados que constituyen la TCA son los únicos que se pueden considerar axiomas o cuerpo axiomático. A manera de conclusión de este apartado, sólo sabe señalar que una Teoría de la Elección Racional adecuada para convivir con esquemas holistas debe ser: situacional, subjetiva y cognitivista. La Teoría de la Acción derivada de la misma debería ser, en consecuencia, general, en tanto se excluyen los fines y las motivaciones del mecanismo analítico. Tanto los fines pueden ser inapropiados como las motivaciones totalmente instintivas y vagas.

3.4 Críticas a la Teoría de la Elección Racional

Distintos autores desde distintos enfoques y disciplinas han elaborado serias críticas a la TER. Un número importante de ellas se ha hecho con fundamentos endeble producidos con nociones muy básicas sobre lo que es y lo que implica esta teoría. En el gremio académico de las ciencias sociales se le ve con cierto recelo en virtud de los lazos que por siempre ha tenido con la teoría de la modernización y con la teoría política asociada al estructural-funcionalismo. La desconfianza no es para menos, pues la TER ha sido utilizada con frecuencia por la teoría endógena de la democracia y por la teoría económica derivada del enfoque fiscal-monetarista de Milton Friedman.

Independientemente de si se trata o no de un enfoque con implicaciones políticas y económicas para algunos sospechosas —e incluso suficientes para comprometer su cientificidad y neutralidad—, es menester enfocarse en las críticas metodológicas y epistemológicas que se le han hecho, pues son por mucho lo mejor de lo que puede partir una reestructuración de la TER para mejorarla como instrumento y hacerla capaz de convivir con otras teorías y enfoques sin entrar en contradicciones insalvables o discusiones improductivas. Entre las críticas que se han hecho destaca la de Jon Elster. Él sostiene el argumento de que la TER es capaz de explicar muchos fenómenos de la vida social en virtud de su sencillez, pero que no puede presentarse como una teoría holística dada sus restricciones metodológicas y la existencia de muchas elecciones que no se pueden simplificar o reducir para encajar en los presupuestos básicos.

A pesar de que la crítica de Elster tiene muy buenos argumentos, es insuficiente para minar epistemológicamente a la TER. Analicemos con cuidados cuáles son los elementos y las definiciones con las cuales hace su crítica. En primer lugar, el autor hace una afirmación sumamente valiente y que merece toda la atención: “Cuando enfrenta varios cursos de acción la gente suele hacer lo que cree que es probable que tenga el mejor resultado general. Esta oración engañosamente sencilla resume la teoría de la elección racional.” (Elster, 1990:31). El *addendum* de la definición es igualmente importante: “La elección racional es instrumental; está guiada por los resultados de la acción. Las acciones

son evaluadas y elegidas no por sí mismas sino como un medio más o menos eficiente para otro fin.” (*Ídem*). Estas dos afirmaciones iniciales son las que Elster utiliza para hacer su exégesis. En segundo lugar él adjudica cierto valor explicativo a la falibilidad de la elección racional; afirma que “la persona racional puede elegir sólo lo que *crea* que es el mejor medio” (*Ibid.* p. 33). No conforme con ello, aún descarta el concepto de racionalidad argumentando que no es necesariamente un camino para llegar a la verdad. En este sentido, señala que las creencias –aquellas sobre las cuales la gente basa sus decisiones— pueden no ser racionales, o aún siendo racional, el proceso inadecuado para llegar a la verdad.

Elster sustenta sus afirmaciones con ejemplos. El primero de ellos dice que “La preocupación por los resultados puede ser contraproducente. Si bien la acción racional es instrumental, algunas formas de acción instrumental son decididamente irracionales. El insomnio, la impotencia y la tartamudez empeoran si se trata de hacer algo para remediarlos. Es más probable que desaparezcan si se deja de pensar en ello, pero eso no es algo que pueda ser el resultado de una acción. La espontaneidad nos elude si tratamos de actuar espontáneamente.” (*Ibid.* p. 32). Al leer esta afirmación lo que se puede preguntar es ¿la incapacidad para influir sobre algunos problemas o algunos hechos psicológicos o biológicos comprueba la falla en la racionalidad? No. Evidentemente, tomando en cuenta los resultados puede argumentarse que en la práctica no se seleccionan siempre los mejores medios para cualquier fin dado. Esto sería sumamente perjudicial para la TER si uno de sus supuestos fuera “la gente siempre elige el mejor de los medios para conseguir un fin”. Sin embargo, y en palabras del mismo Elster, la afirmación es “la gente suele hacer lo que cree que es probable que tenga el mejor resultado general”. El curso de toda acción está basado en una o varias creencias, lo cual limita el nivel de eficacia de toda acción o elección si lo tomamos desde un punto de vista personal, pero para fines científicos es absolutamente inválido para determinar que los supuestos mínimos de la TER no funcionan en la realidad. No importando qué tan malos sean los resultados de una elección, el mecanismo con el cual se hace implica siempre la búsqueda del mejor curso de acción que se cree mejor para el fin que representa esa elección. Es un vínculo indestructible entre fin y medio. Incluso, puede concebirse como fin el autodestruirse y hacerse daño, y aún así, se preservaría el supuesto básico de la TER, pues para cumplir con el fin se tendrían que escoger los medios más eficientes para fastidiarse, como comer la peor comida o no ir al médico. Aún si *de facto* no

se seleccionan los mejores medios, eso de ningún modo implica que no se haya querido hacer. La ignorancia da palos de ciego por todos lados; no obstante, eso no implica que el comportamiento humano sea deliberadamente estúpido. Puede ser deliberadamente perverso o marginalmente ineficaz, pero nunca se buscan los peores medios cuando se persigue un fin o, al menos, no entre personas con salud mental. Si consideramos que el enfoque de la elección racional es un instrumento de observación social, y que sus implicaciones se utilizan mayoritariamente a nivel de agregados, entonces el comportamiento de los que socialmente son declarados mentalmente incompetentes es totalmente excluible del juicio de la TER. Cuando los locos tengan una función o rol en la sociedad y su modo de proceder se halle como algo típico o digno de imitación, entonces podremos comenzar a dudar. Y aún así, puede suponerse que el actuar como loco —escogiendo los peores fines o escogiéndolos al azar— es una elección basada en la creencia de que es el mejor medio para lograr algo.

3.5 El problema del peso explicativo (micro-macro)

Los presupuestos básicos de la TER se han mostrado bastante sólidos hasta ahora. Sin embargo, sólo los hemos puesto a prueba en situaciones bastante simples y con ejemplos cuyo rango de tiempo se reduce a pequeños momentos en el presente. Si la sometemos a un análisis más riguroso con respecto a los procesos sociales e históricos de largo o mediano aliento las cosas cambian un poco. El contacto con la historia, sin invalidar los presupuestos mínimos de la TER, pone en evidencia serias limitaciones prácticas.

Retomemos, por ejemplo, un punto importante que señala James S. Coleman (1990) respecto de los mecanismos explicativos implícitos en el individualismo metodológico. El autor señala que el tipo de explicación que hace Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* es un ejemplo perfecto de como se utilizan premisas de base micro para hacer explicaciones de tipo macro. Según Coleman (1990:8), existe un gran “camino” entre la doctrina religiosa del protestantismo y el fenómeno del capitalismo, la cual corresponde a un nivel de explicaciones macro, y un camino fragmentado en pequeñas porciones explicativas que corresponde al nivel micro, y en las cuales se encuentran las

cuestiones de los valores y su relación con el comportamiento económico. Se puede afirmar que existe cierto nivel de complementariedad entre ambos niveles y que de hecho el trabajo clásico del sociólogo alemán es un ejemplo espléndido de un uso consecuente del individualismo metodológico. No obstante, en la apreciación de Coleman hay varias afirmaciones que nos sirven para esclarecer los obvios límites de la TER, en particular si tomamos en cuenta su conexión con la Teoría de juegos. El autor, aún cuando no habla específicamente de la TER —y aún cuando en realidad está comparando teoría social en abstracto con teoría psicológica mediante una ilustración de la transición micro-macro-micro observable en un juego que se usa en cuestiones educativas— hace ciertas afirmaciones sobre ciertos supuestos cuya idea general ha sido asociada con frecuencia con la TER, en especial cuando se relaciona con la sociología comprensiva weberiana. Coleman afirma que uno de los presupuestos de la teoría social observable en el juego mencionado es que tiene “un conjunto de roles que toman los actores [o jugadores], cada uno de los cuales define los intereses o metas de dicho actor [o jugador]” (Coleman, 1990:11). Esta afirmación pone el tema micro-macro sobre la mesa: ¿hasta qué punto se pueden aceptar presupuestos sobre lo “individual” o “sistémico” de la acción humana? El que se acaba de mencionar es sumamente cuestionable ya que determina al individuo a actuar de forma posicional (dejando de lado su capacidad creativa y contingente) como suele suceder con el enfoque estructural funcionalista, por ejemplo. Es fundamental hacer esta clase de cuestionamientos, pues enfoques tanto micro como macro suelen evolucionar sin que alguien cuestione su apego al sentido de realidad, y esa carencia se transforma en una incompatibilidad crónica de enfoques, en una eterna batalla entre determinismo y voluntarismo. Además, suele darse el caso de que semejante carencia de crítica y análisis provoque malentendidos metodológicos como el supuesto maridaje entre TER y estructural funcionalismo. La TER, siendo una idea individualista y “albedreísta”, no puede caber más que de forma exigua, trunca y deforme en un esquema explicativo sistémico de la rigidez del estructural funcionalismo. Lo que se presenta con esta reflexión es una cuestión bastante importante, yo diría fundamental, de todo el análisis respecto de la TER: el individualismo metodológico. Suele cuestionarse el enfoque con base en acusaciones de ser absurdamente individualista, pero lo mismo ha sucedido con otras corrientes sin que por ello el individualismo haya sido o pueda ser descartado como una realidad fundamental de

la vida social. Ya se discutió al respecto el capítulo I, de donde se deriva el hecho de que no todo individualismo se apega con rigor a una postura acrítica —ontológica—, sino que al ser “metodológico” es en sí mismo un reconocimiento a sus limitaciones. Comprender el sentido del individualismo y sus implicaciones es un *sine qua non* para el entendimiento de que la mentada racionalidad tiene razón de ser en las ciencias sociales y que es suelo firme para el desarrollo de la investigación social. Sólo es cuestión de tomarle con las reservas pertinentes para cualquier idea, lo que al no hacerse ha provocado el sentimiento de rechazo entre partidarios de enfoques más inclinados hacia el determinismo —como el institucionalismo histórico y, por supuesto, el marxismo (desde el ortodoxo hasta el funcionalista).

3.6 Agencia vs. determinación

Ya se ha definido con bastante precisión cómo es una TER adecuada para convivir con otro tipo de esquemas no individualistas. Se puede decir que se trata de un enfoque mínimo en virtud de la necesidad de no invalidar presupuestos de otras fuentes metodológicas. Sin embargo, dicha definición sólo se ha hecho a la luz de un análisis sobre los argumentos existentes en la literatura académica, lo que naturalmente es insuficiente para determinar su utilidad, para lo cual se requerirá de continuar esta investigación con otro tipo de trabajos en los cuáles se contrasten los supuestos más generales de esta disertación. No obstante, no se pueden pasar por alto esos mismos supuestos, ya que aunque no se puedan valorar a través del esfuerzo contemplado para este trabajo, es necesario explicitarlos para poder elaborar, por lo menos, un estado del arte del tópico seleccionado. A continuación se dirimen algunos supuestos relevantes para una integración exitosa de la TER a los enfoques holistas de las ciencias sociales.

3.6.1 La relación con la cultura

El punto central a tratar en una integración metodológica o por lo menos en la agenda de investigación de los esquemas macrosociales —específicamente los sociológicos— de la Teoría de la Elección Racional es la relación con los supuestos y teorías de orientación cultural-holista. Este trabajo no es un intento por hacer “encajar” la TER con enfoques decididamente anti-racionalistas y/o anti-individualistas, pues éstos se alejan tanto de la realidad y son tan estériles e inútiles como aquellos esquemas analíticos basados en el individualismo ontológico, o bien, que son inflexibles en lo que respecta a su conceptualización de las motivaciones y fines de las acciones y elecciones.

Aunque sea de forma breve, es necesario hacer una precisión al respecto de la relación que guarda la Teoría de la Elección Racional con los estudios culturales o que utilizan la categoría cultura como fuente de sus explicaciones. Esta precisión tiene dos aspectos fundamentales:

- a) La cultura como categoría analítica. Cultura es una categoría analítica, no un concepto. La utilización del término y sus implicaciones tiene serias implicaciones cuando se quiere utilizar en los factores explicativos de cualquier esquema analítico. Su utilización debe comenzar en un nivel general, es cierto, pero debe siempre de especificarse cuáles son los elementos que se consideran como factores culturales. Es un error de apreciación común el comenzar con presupuestos vinculados a alguna forma de concebir las manifestaciones culturales, como pueden ser presupuestos de materialismo cultural o incluso algunos menos rigurosos como los que se cuentan en algunas teorías sociológicas clásicas, como el interaccionismo simbólico. Esto no quiere decir que los presupuestos culturales deban ser descartados; todo lo contrario, deben ser incluidos, pero con el rigor suficiente para evitar caer en el error de producir argumentos tautológicos, simplistas e incomparables, que finalmente podrían resumirse como “el comportamiento de x se debe a que es x”, a un esencialismo cultural.

Shapiro comenta al respecto que

Referirse a la “cultura” para explicar un resultado político es casi como apelar al “educación” para explicar porqué una persona hace algo. Mientras no se nos diga qué aspecto de la cultura se supone que cuenta para explicar el resultado en cuestión, no hay forma de comenzar una evaluación sistemática de la afirmación” (Shapiro, 1998:40).

- b) Sobre-simplificación y efecto bola de nieve. Al llevar a cabo acercamientos con los esquemas de análisis cultural se puede cometer el error de simplificar la integración de los supuestos y de las afirmaciones categóricas. Uno de los objetivos de este trabajo es evitar dicha simplificación, la que sucede como menciona Shapiro, cuando “aquellos comprometidos con la solución por modificación responderían a la cuestión en discusión de forma afirmativa: el enfoque de la elección racional puede de hecho lidiar con la cultura, simplemente agregando componentes culturales a la definición de racionalidad” (Shapiro, 1998:41). Esto es a lo que me refiero con *efecto bola de nieve*. Se debe evitar esta simplificación trabajando con una TER reducida y acotada, con el objetivo explícito de crear vínculos analíticos estables mediante mecanismos lógicos a través de los cuáles se pueda “subir” y “bajar” de los niveles micro y macroanalíticos.

Dicho lo anterior, la relación que deben guardar los enfoques micro y macrosociológicos se vuelve más clara: se trata de una relación entre distintos niveles analíticos, cada uno de los cuáles debe ser capaz por sí mismo de relacionarse con *una porción* de la realidad social. La TER también debe ceñirse a ciertas limitaciones conceptuales y metodológicas; no debe pasarse por alto que también se trata de un *nivel de análisis*, no de algo que abarca la realidad social de forma universal. El énfasis en su relación con porciones de la realidad se debe precisamente a la necesidad de crear programas conjuntos de investigación, los cuales sólo son posibles en tanto se entienda que los enfoques macrosociológicos necesitan desesperadamente de los enfoques microsociológicos para producir explicaciones más sólidas, consistentes y empíricamente falseables, así como los enfoques microsociológicos no pueden por sí mismos explicar una realidad que no se basa solamente en regularidades y/o propiedades universales y medibles.

3.6.2 Independencia analítica

De lo dicho con anterioridad se deriva la inexorable necesidad de establecer los límites exteriores de la TER que se pretende utilizar. Entiéndase como límites exteriores las fronteras analíticas que impiden que la TER se convierta en un esquema de validación de hipótesis “foráneas”, lo cual también implica la solidez axiomática a la que se ha querido llegar en el principio de este capítulo. Son dos las reservas que se derivan de ésta necesidad:

- a) La TER como mecanismo de contrastación. Cuando se utilice con otros esquemas analíticos, la Teoría de la Elección Racional debe contemplarse como lo que es: una teoría con sus propios presupuestos y conceptos. No se debe confundir con un mecanismo de contrastación de hipótesis; las hipótesis de corte macrosocial son el escenario que confronta la realidad con intuiciones más elaboradas sobre la misma, mientras que la TER trabaja sobre una porción más reducida de los fenómenos, misma que se define a través de relaciones causales dirimibles exclusivamente mediante la lógica interna de la TER misma. Eso no implica, por supuesto, que un esquema macrosociológico no pueda o deba utilizar a la TER como un método de comprobación de sus hipótesis, pero ese hecho no debe en absoluto interferir con la relación que se establece entre las hipótesis y los resultados de la TER misma.
- b) La TER como vínculo instrumental. Relacionado con lo anterior, debe de plantearse la reserva concerniente al entendimiento de los alcances mismos de la lógica de la TER. Sus presupuestos, métodos e instrumentos —como la teoría de juegos— con en sí mismos esquemas limitados a la realidad que estudian, por lo que no pueden fungir como vínculos instrumentales de esquemas de corte macrosociológico, ni sustituir los que estos esquemas utilizan. Considérese el siguiente diagrama:

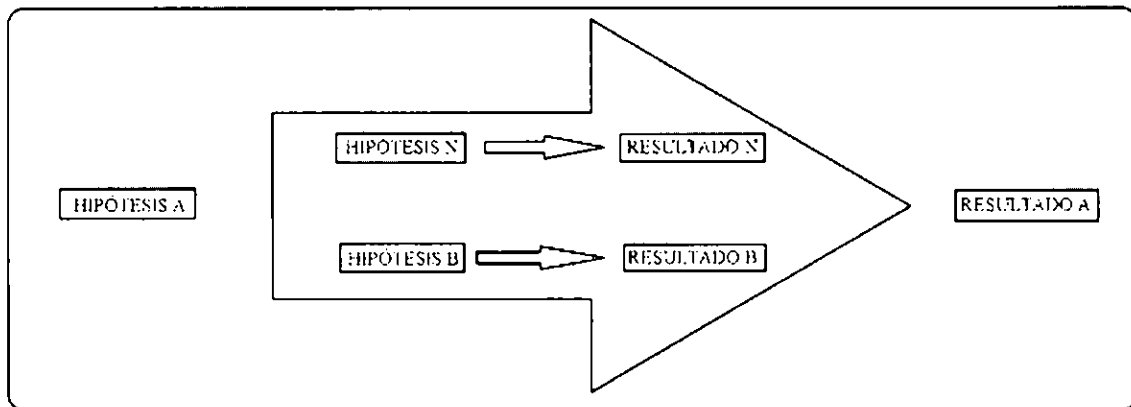


Figura 10. Jerarquía explicativa de los microfundamentos.

Fuente: Elaboración propia.

En este diagrama, la HIPÓTESIS A representa un enunciado macrosociológico como “los valores del protestantismo promueven actitudes y disposiciones necesarias para la aparición de comportamientos capitalistas”, mientras que el RESULTADO A representa una sentencia veritativa como “en consecuencia, los países donde la confesión mayoritaria sea el protestantismo presentarán manifestaciones identificables con la aparición de sistemas de producción y educación capitalistas”. La HIPÓTESIS B representa una hipótesis microsocial basada en la Teoría de la Elección Racional como “cuando el individuo se enfrenta a la decisión de elegir una profesión, optará por aquella que le produzca mayor utilidad en relación con el costo de oportunidad asociado a dicha decisión” y el RESULTADO B representa la sentencia veritativa asociada “en consecuencia, el individuo típico de una sociedad en auge económico optará por las profesiones asociadas a ese auge, considerando que el costo de oportunidad de no estudiar las profesiones tradicionales – como medicina— ha descendido por la utilidad esperada de ejercer una profesión en boga – como administración”. La HIPÓTESIS N y el RESULTADO N representan la posibilidad de que un esquema analítico macrosocial maneje más de una hipótesis microsocial. La TER no es la única fuente de conocimiento microsocial, y puede darse el caso de que un esquema macrosocial utilice más de una teoría para hacer más consistentes y sólidos sus argumentos. En consecuencia, la relación que va de los esquemas macrosociales hacia el esquema de la TER debe considerar los siguientes principios jerárquicos como puntualizaciones lógicas:

- i) Principio de inclusión. Si B es falso, A es falso. Este principio debe respetarse si y solo si se mantiene la relación como se ha descrito. Cualquier cambio en la sentencia de A puede conducir a un escenario de reciprocidad causal, lo que puede conducir a la negación del
- ii) Principio de independencia. Si A es falso, B no es necesariamente falso. Ya que la comprobación de A no depende solamente de las comprobaciones de B, puede no producir el resultado deseado y no obstante, seguir B siendo cierto. Este problema tiene un sinnúmero de soluciones, como agregar más factores, pero sirve para explicar la necesaria independencia de la TER.

Precisamente, dicha independencia es lo que propicia que científicos como Jon Elster lleven a cabo reflexiones orientadas a promover y ampliar el conocimiento, aceptación y uso de lo que dicho autor conoce como *mecanismos*. Parte de esos esfuerzos está dedicado a propagar la idea en la comunidad científica de que los esquemas de análisis microsociales de rango medio son una fuente idónea de producción de conocimiento en las ciencias sociales, pues se plantean metas de alto valor científico —con especial énfasis en la comparabilidad casuística— sin llegar a proponerse metas absurdas —causalidad universal, por ejemplo. Se puede decir sin temor a equivocaciones que la flecha que va de la HIPÓTESIS B al RESULTADO B es un mecanismo.

Ahora bien, no es ocioso señalar que el ejemplo anterior es... sólo un ejemplo, y no sólo por las condiciones de las premisas, sino por el razonamiento estilo TER utilizado. Se debe considerar que los argumentos estilo TER utilizados tienen distintos niveles de aceptación en lo que se refiere a su utilidad en combinación con esquemas analíticos macrosociales. Considérese el siguiente esquema elaborado por Debra Friedman & Michael Hechter:

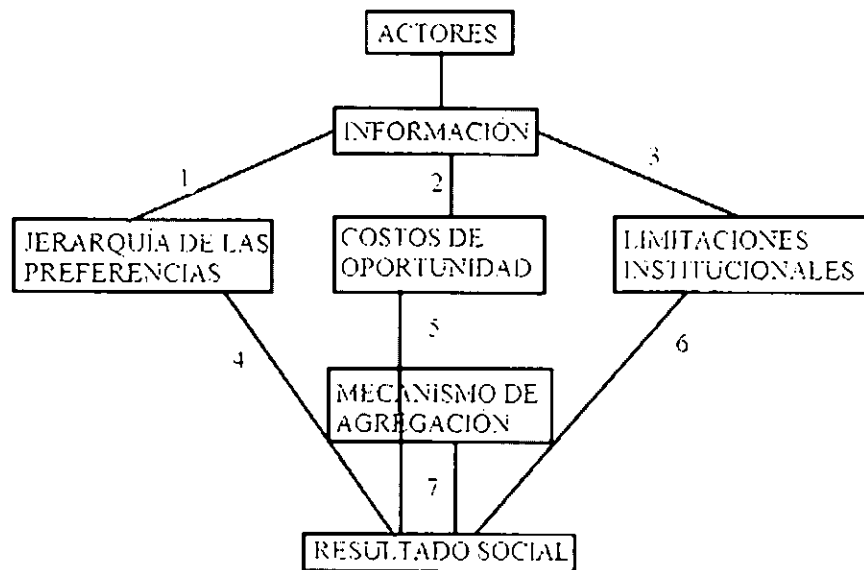


Figura 11. Vectores/mecanismos de producción de explicaciones microfundamentadas
Fuente: Friedman & Hechter, 1988:202

El mecanismo utilizado en el ejemplo anterior, representado tan laxamente como una flecha entre HIPÓTESIS B y RESULTADO B, es en realidad una “síntesis” del vector representado por las rutas 2, 5 y 7 del esquema presentado por Friedman & Hechter. Los actores, en este caso los jóvenes que enfrentan la decisión de qué carrera escoger, – suponiendo que cuentan con dicha libertad— representan a los actores que se relacionan con la información disponible en el entorno –tenemos razones suficientes para creer que dicha información les es asequible— a través de sus expectativas. No les es desconocida la gran fortuna que han amasado sus vecinos, parientes o amigos que han optado por estudiar algo que eventualmente los llevó a administrar el negocio familiar o a crear uno propio. Sin embargo, tampoco les es desconocido –ni deben ser indiferentes a— la posibilidad de fracasar en dichos proyectos dada la naturaleza cambiante y especulativa de la profesión, ni el prestigio, seguridad y estabilidad que proporciona, en cambio, el terminar la carrera de medicina. En este caso, la decisión es susceptible de ser analizada mediante la Teoría de Juegos. Si consideramos la ruta 2, que lleva al análisis de los costos de oportunidad, veremos que el costo de oportunidad de no estudiar la carrera de medicina se redujo ante la presencia de una nueva opción, “estudiar administración”. En la lotería que contempla dichos eventos, lo que entra en juego es el costo de oportunidad del individuo para el que

siempre fue asequible estudiar medicina. Sin la presencia de la alternativa, el costo de oportunidad de no estudiar medicina no sería justificable bajo ninguna circunstancia.

Respecto del mecanismo de agregación, Friedman & Hechter mencionan que dicha ruta se explica en virtud de que

Como las preferencias, los costos de oportunidad varían entre individuos. No obstante, individuos que comparten características sociales —edad, sexo, estado civil, ingreso— a menudo también tienen costos de oportunidad difícilmente comparables. Lo que es común a estas explicaciones es la idea de que los resultados sociales se derivan de los cursos de acción alternativos disponibles para actores similarmente situados (Friedman & Hechter, 1988:207).

De este modo, se presenta un vector que es una representación del un recorrido analítico que según los autores representa la versión más común y útil de TER para integrarse con el análisis macrosocial. Cabe señalar que el vector representado por las rutas 3 y 6 representa una advertencia sobre un vector analítico que bien podría funcionar como receptor de información, es decir, requerir de un amplio *input* de variables independientes culturales.

El siguiente cuadro, elaborado por Jon Elster, representa de manera muy concreta la visión general acerca de los presupuestos analíticos de la Teoría de la Elección Racional en lo que respecta la percepción implícita sobre la conducta humana. Como parte final de esta breve disertación acerca de la TER, permítaseme hacer algunos comentarios a dicho esquema:

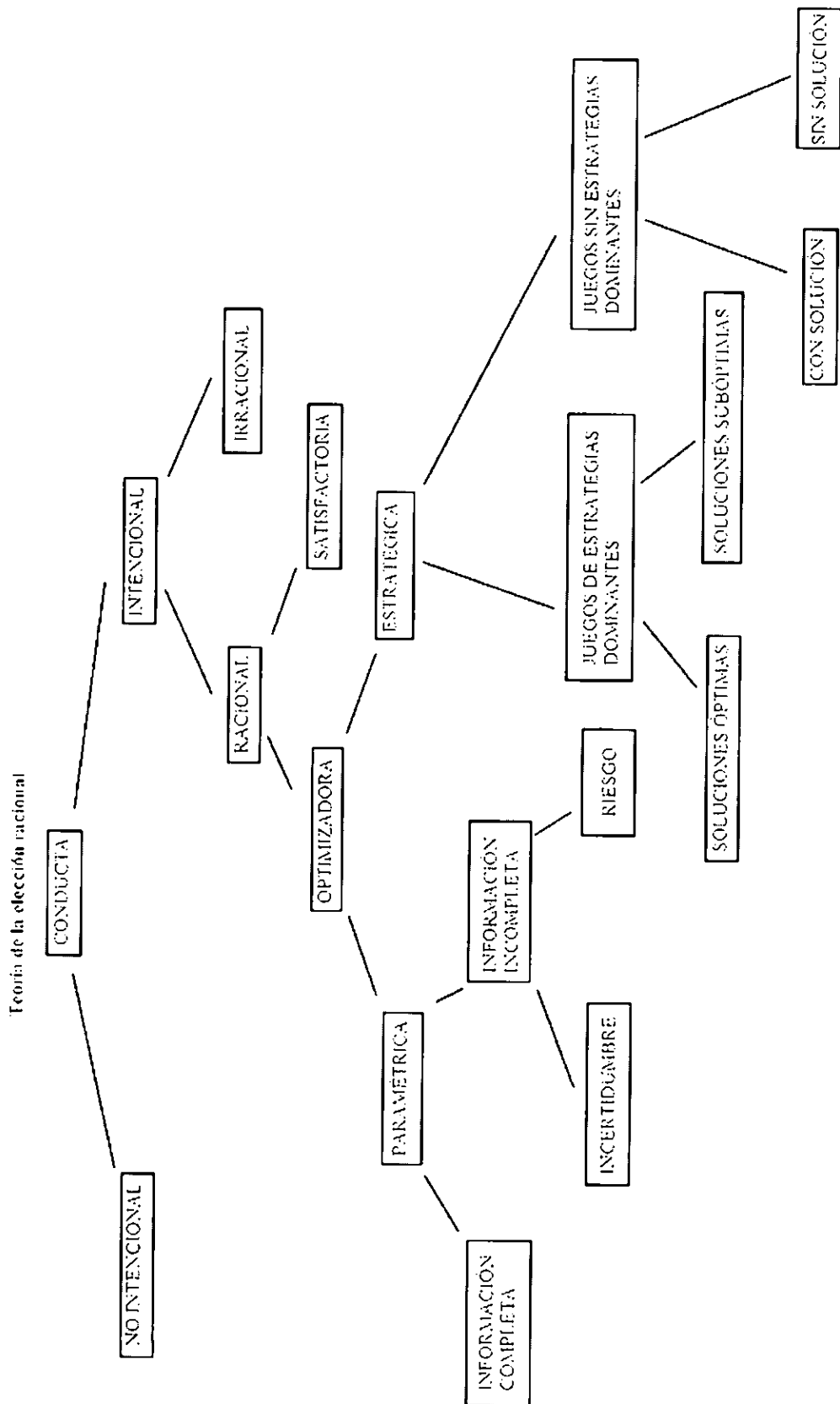


Figura 12: Esquema de la Teoría de la Elección Racional según Jon Elster
Fuente: Elster, 1990:65

- a) Las elecciones y acciones analizadas bajo todos los supuestos establecidos en este trabajo caen en el vector de la acción intencional, evidentemente. La discusión acerca de los argumentos que se integró en el capítulo 2 sirvió para ilustrar el punto acerca de la susceptibilidad del comportamiento no intencionado, verbalizado y no obstante, estratégico, de ser analizado por la Teoría de Juegos. Naturalmente, para fines de esta disertación, la acción que se toma en cuenta y la que nos concierne es la acción humana intencional, verbalizada y socialmente relevante –sea por sus insumos, o sea por sus consecuencias.
- b) El concepto de acción intencional satisfactoria es, irónicamente, no satisfactorio ni concluyente a la luz de la síntesis elaborada en este trabajo. Considero que, en virtud de la constante advertencia sobre no incluir los fines en el modelo de TER que ha de utilizarse en la sociología, una acción bien puede ser estratégica y satisfactoria. En todo caso, la satisfacción puede ser una forma optimizadora. Las opciones b no tienen por qué ser necesariamente decisiones subóptimas; no se pase por alto que un ordenamiento de preferencias puede incluir una preferencia débil o bien indiferencia.
- c) Lo mismo sucede con los juegos sin estrategias dominantes. Si se considera que un jugador puede carecer de estrategias dominantes por el simple hecho de tener un orden de preferencias indiferente, ¿no podría eso considerarse como parte de una conducta intencional y racional pero satisfactoria en vez de optimizadora? Es decir, el jugador, al no tener una preferencia sobre ninguno de los resultados del juego, puede simple y sencillamente estar jugando para alcanzar cierto nivel de satisfacción asequible a través de cualquiera de los resultados.

Con base en lo anterior, considérese que la cuestión de la racionalidad no se toca en este trabajo con el rigor expresado en el clásico esquema de Jon Elster. Si bien ya se han establecido los parámetros en los tres capítulos precedentes de un individualismo metodológico adecuado y de una interpretación de teoría de juegos más amplia para el propósito establecido, en realidad el verdadero núcleo de todos los tópicos aquí tratados, al menos para interés de las ciencias sociales, es el concepto de racionalidad.

CONCLUSIÓN. LA RACIONALIDAD ACOTADA

Como conclusión a lo que se ha dicho en las breves líneas de esta disertación, me parece que es necesario retomar los argumentos de una de las figuras más notables de la teoría económica, y a quien debemos el concepto de racionalidad acotada: Herbert Simon. El lector podría pensar en algún momento que se le ha dejado de lado o se le ha conferido una posición tangencial al brillante economista y sociólogo; sin embargo, he decidido mencionarlo e incluirlo precisamente en esta parte del texto en virtud de su centralidad en el debate. No he querido combinar esta discusión con el resto de la disertación, pues aquél se centra en cuestiones más particulares y en dubitaciones que bien podrían ser clasificadas como tangenciales o accesorias para el tema que en estos párrafos finales me propongo discutir: la naturaleza misma de la racionalidad humana.

El objetivo que se cumplió con la disertación de los capítulos 1, 2 y 3 fue sentar los presupuestos básicos de una Teoría de la Elección Racional ceñida por un individualismo metodológico poco exigente, presentando una Teoría de Juegos —simplificada y con impericias técnicas temporales por las cuáles me disculpo— nutrida de microfundamentos interpretativos y desembocando en un grupo de axiomas elementales similares a lo que el Profesor Boudon (2003) denomina Teoría Cognitivista de la Acción.

Con las siguientes líneas busco terminar este modesto acercamiento deshaciéndome de las ataduras impuestas por el aparato crítico, la réplica a múltiples fuentes y el análisis guiado por las divisiones sintéticas del texto. No pretendo con esto nada inusual; tan sólo quiero ensayar un poco las artes que, no sin razón, se le restringen a los de mi nivel de conocimientos. Consciente del hecho de cuán lejos estoy aún de hablar con autoridad, permítaseme la aventura de disertar *ab imo pectore*. Dispuesto esto, comencemos.

Al hablar de racionalidad en esta disertación no se pretende abarcar el tema en toda su complejidad filosófica. Esto se debe en primer lugar a que, evidentemente, el autor no podría hacerlo. En segundo lugar, a que se tiene presente que el alcance de los conceptos sobre los cuáles se discute debe evaluarse mediante su efectividad para producir explicaciones coherentes que sirvan para elaborar modelos teóricos que se asemejen lo más posible a una fracción de la realidad social. Está de más ir más allá y disertar sobre el

alcance último de estas ideas, sobre la relación entre la mente humana y la realidad o sobre cualquier otro tema filosófico más amplio.

Como se anticipó, al hablar del concepto del concepto de racionalidad, es imprescindible hablar de Herbert Simon (1916 - 2001). Él es una figura monumental en la teoría económica, pero sus contribuciones no son *peccata minuta* para la sociología, la ciencia política y la psicología. Simon fue un comprometido detractor de las concepciones más estrictas de racionalidad que han estado presentes en todas las ciencias sociales, especialmente en la economía. El valor de sus interpretaciones reside en su capacidad de análisis conceptual y en su admirable capacidad de producir una crítica endógena –desde el punto de vista de la economía. En lo que concierne a la forma en que los científicos sociales debemos concebir la racionalidad humana, Herbert Simon es una autoridad.

El autor en cuestión ha descrito dos tipos de racionalidad de forma sumamente adecuada para el tratamiento que aquí se le ha dado al tema. Por un lado, menciona que:

El término racional denota un comportamiento que es apropiado para metas específicas en el contexto de una situación dada. Si las características del organismo que efectúa la elección son ignoradas, y consideramos sólo las limitaciones que surgen de la situación externa, entonces hablamos de racionalidad sustantiva u objetiva, es decir, un comportamiento que puede ser considerado objetivamente como uno óptimamente adaptado a la situación (Simon, 1985:293).

Esa definición se refiere precisamente al tipo de concepto de racionalidad que genera las constantes críticas a sus excesivos requisitos y exigencias metodológico-analíticas. No se han tratado aquí las implicaciones de este concepto *in extenso*; sin embargo, no es necesario dado el reducido espacio con el que se cuenta. Ahora bien, Simon hace una descripción amplia y adecuada del concepto de racionalidad limitada:

Si tomamos en cuenta las limitaciones referentes al conocimiento y capacidades cognitivas del organismo que efectúa la elección, entonces podríamos hallar que es incapaz de hacer elecciones objetivamente óptimas. No obstante, si utiliza métodos de elección que son efectivos como le permiten sus métodos de solución de

problemas y toma de decisiones, entonces hablamos de racionalidad procedimental o limitada (Simon, 1985:294).

Eso es a lo que se refiere este trabajo. El modelo de racionalidad limitada o acotada se ajusta a todas las premisas que se elaboraron en esta disertación. Sin embargo, Simon esgrime un argumento que me inquieta un tanto:

El modelo USE trampea completamente los orígenes de los valores que forman parte de la función de utilidad: simplemente están ahí, organizados para expresar firmes preferencias entre todos los futuros alternativos que pueden presentarse para elegir. El modelo USE trampea igualmente, los procesos para averiguar los hechos de los estados presentes y futuros del mundo. En el mejor de los casos el modelo nos revela cómo razonar respecto a las premisas del hecho y el valor; mas nada nos dice respecto de su origen. (Simon, 1983:24)

Si bien se puede conceder la conceptualización de Simon sin mucho esfuerzo, esa afirmación es susceptible de una crítica al amparo de los argumentos de esta tesis. El autor comete el error de establecer una crítica a un concepto de racionalidad derivado de una Teoría secundaria de la Teoría económica; la de la Utilidad Subjetiva Esperada. Esta teoría, *grosso modo*, establece que se puede determinar un solución óptima a los problemas de asignación de oportunidades asignándoles valor en términos de una curva de utilidad y en términos de probabilidades asociadas a una función de distribución de probabilidad. El problema es que, como puede adivinar el lector, la oposición de la racionalidad limitada no debe contrastarse con teorías como la USE. Aún si se tratara de la Teoría del Equilibrio General, la que justificaría mejor la “rivalidad”, hacer la comparación no tiene mucho sentido. Del modo que sea, quisiera tan sólo sugerir que, si fuera defensor de la USE, así como partidario de la racionalidad acotada —que si soy—, es necesario tomar en cuenta una idea fundamental cuando se discuten estos asuntos: clarificar. Con clarificar quiero decir que el partidario de la USE debería dejar en claro que no pretende ir más allá con su modelo explicativo, lo mismo que se hace con la interpretación de la racionalidad acotada aquí tratada. Es necesario mencionar que muchos de los argumentos en contra de la Teoría

de la Elección Racional, del Individualismo Metodológico y de la Teoría de Juegos recurren con frecuencia a una retórica inexacta. Los detractores de las teorías mencionadas suelen demeritarlas con argumentos como “pero no explica toda la realidad/existen las emociones/existe la acción reactiva/no sirve para explicar la variación cultural”. Muchos de esos argumentos son ciertos; el problema es que muchas veces (la mayoría de las veces) no se busca explicar la cultura, ni toda la realidad, ni las emociones, por lo cual dichas objeciones no son realmente trascendentes para los modelos planteados ya que su función no suele plantearse en término de dichas metas.

Supongamos que la interpretación de racionalidad y de Teoría de la Elección Racional planteadas en esta tesis es una paleta para helado –me disculpo de antemano por la metáfora tan burda. Supongamos que la objeción “no sirve para explicar las variaciones culturales/no explica las emociones ni el origen de los valores” es igual a “tu cuchara para helado no sirve como antena parabólica”. El problema, así de gracioso como suena, es la necesidad de explicitar, en el rol de defensores de estas teorías y métodos, ¿que sólo queremos comer helado!, no ver televisión de otros países. Por esa razón, es necesario ser bastante específicos con los alcances y las metas de nuestros modelos, principalmente cuando queremos compartirlos con colaboradores de otras ciencias.

Es importante mencionar que la relación que guarda la mente humana con el mundo de lo real –división que se da por sentada— no fue la preocupación central de esta disertación; se dan por supuestas muchas características de la misma, de la cual la más importante es que lo que es real para la acción social es lo que es real en la mente del individuo. Este supuesto es el punto de partida para considerar que los fines y motivos de la elección racional deben situarse fuera del modelo de racionalidad humana, fuera de sus consecuencias. Los presupuestos de la acción no se pueden basar en premisas sobre la realidad como imaginario colectivo –menos aún como no imaginario; si bien ese imaginario es creado, modificado y transmitido socialmente, su recreación última, su representación inmediata, surge del modo en que un individuo puede interpretarla, el cual es tan único como única es la combinación de sus experiencias vitales. No se pasa por alto la existencia de vías típicas, –de biografías de algún modo estandarizadas— pero los seres humanos reaccionan de forma distinta a exactamente el mismo estímulo por el sólo hecho de ser biológicamente diferentes y hasta cierto punto, únicos.

Las consecuencias de aceptar las premisas de los párrafos anteriores no son difíciles de deducir. La primera consecuencia es la separación de una concepción “dura” de individualismo, erróneamente llamado metodológico, cuando es en realidad ontológico. La sociedad, los grupos, las clases, el género, la raza y todo concepto colectivo se refieren a algo que existe en la realidad —o por lo menos para fines analíticos de las ciencias sociales— y que tiene consecuencias innegables para la acción y elección humanas. El individualismo ontológico que se deduce de negar su existencia es una postura que para muchos representa una defensa del realismo científico. Sus contribuciones, especialmente en el terreno de la teoría económica, son innegables y de alto valor experimental. No obstante, cuando se trata de dar cabida a un análisis más amplio de la racionalidad humana y de la forma en que los individuos efectúan sus decisiones, una concepción dura de individualismo resulta inadecuada, especialmente desde un punto de vista sociológico. Una teoría de la sociedad, o por lo menos, de la interacción social, no es una empresa asequible a la luz sólo de mecanismos de agregación de preferencias —al menos, mientras se considere que su funcionamiento está ligado exclusivamente a la capacidad intrínseca humana de efectuar elecciones.

De esta postura epistemológica se deriva el énfasis en la palabra metodológico: la realidad no se ciñe a las posibilidades que las premisas propuestas le conceden. En el mejor de los casos, se explica una parte de la realidad, y el mayor de los logros sólo puede ser que dicha explicación sea lo suficientemente precisa para poder hacer predicciones. Es un método para tratar con la parte del comportamiento humano que admite deducciones razonables a partir de su medición numérica abstracta. “Admitir las limitaciones del modelo” es ese lugar común que, no obstante, se hace necesario hacer explícito una y otra vez dada la vehemencia con la que se producen críticas elaboradas con un conocimiento inexacto, y que lamentablemente suelen incluso tomar la forma de prejuicios.

En segundo lugar, de la existencia de la realidad en la mente de los individuos se deduce que los insumos mentales para efectuar las elecciones pasa por un proceso cognitivo. Con esto no se afirma que *toda* acción se derive de un proceso cognitivo previo; existe el comportamiento llanamente reactivo. Sin embargo, si se considera que toda elección implica ese proceso cognitivo. Al respecto, se dice con frecuencia que *los sentimientos juegan un papel muy importante en las elecciones humanas*. Es bastante claro

que esa premisa es evidente de sí misma –al menos planteada con ese nivel de generalidad—; sin embargo, dicha afirmación suele contraponerse a la premisa *toda elección suscita un proceso cognitivo en el individuo*. Ese argumento es débil. Es un claro ejemplo de lo que al principio de esta disertación se llamó “falsa dicotomía decimonónica”. La cosa es que no es necesario negar lo uno para aceptar lo otro. Debe concederse que la “crítica emotiva” está muy bien fundamentada como oposición al concepto de racionalidad derivado de la Teoría de la Utilidad como la concibieron John von Neumann y Oskar Morgenstern, pero si no, la oposición no es sustancial. Los individuos tienen curvas de utilidad; de eso no se deriva que ésta deba ser exclusivamente monetaria o material. Para un individuo la utilidad puede expresarse como “lo que me hace sentir menos enojado”, o bien “lo que me hace sentir más placer” Eso no invalida el argumento sobre la racionalidad humana. Cuando un ser humano actúa por ira, por ejemplo, cuando mata, su ordenamiento de preferencias se modifica momentáneamente, de modo que matar –por espeluznante que suene— es el mejor medio para alcanzar su fin último, que puede ser estar biológica o emocionalmente satisfecho, o tranquilo –repito, aunque sea momentáneamente. Suele decirse que “eso es actuar irracionalmente”. Dicho en *lato sensu*, eso más bien es hacer una estupidez –idea que se deriva de la percepción común y socialmente estandarizada de que matar es malo por un cúmulo de razones contundentes, desde ir a la cárcel hasta ir al infierno—, pero no es irracional. La diferencia es que “la estupidez” es un juicio de valor que uno puede emitir en su calidad de actor con preferencias ordenadas de acuerdo a su realidad presente y a la información con la que uno cuenta. Ser irracional es una falla en el mecanismo cognitivo: tomar una elección incorrecta con referencia al fin que persigue el actor, a la información con la que cuenta –y su interpretación de la misma— y a su ordenamiento de preferencias. Si, por ejemplo, el individuo A cree en el Cielo de la doctrina católica, y quiere llegar al cielo, matar es irracional para él. Si por el contrario, el individuo A se llena de ira, y sus preferencias cambian, volviéndose más importante para él saciar su sed de sangre que ir al Cielo, no matar es irracional.

Supongamos que los ancestros del otro individuo le enseñaron que la jaqueca se cura parándose de cabeza mientras saborea una pizca de pimienta y contiene la respiración; en ese caso, tomar aspirinas es irracional. Por supuesto, no pensamos ni hablamos en términos de absolutos; dicho individuo puede saber que la aspirina quita el dolor de cabeza,

pero si cree que es más efectivo el método de pararse de cabeza y tiene pimienta a la mano, para él, tomar aspirina será una decisión subóptima, y abiertamente irracional si su costo no excede el margen por el cual se beneficia más que tomando aspirinas.

De lo dicho anteriormente se derivan precisamente tres premisas fundamentales sobre el concepto de racionalidad que se defiende en esta tesis:

1. Los fines no tienen porque obedecer ninguna premisa moral (externalidad de los valores)
2. La calidad de la información no tiene ninguna relación con el funcionamiento del mecanismo cognitivo (de una consecuencia fatal no se deducen **necesariamente** fallas en el mecanismo, pudiendo ser sólo falla en la calidad de la información)
3. La utilidad que busque satisfacer el individuo no tiene que ser de ninguna especie para contemplar el funcionamiento del mecanismo (todo fin es analíticamente válido)

Esas premisas nos acercan a un concepto fundamental en las ciencias sociales y es precisamente a donde queremos llegar con esta disertación: la racionalidad acotada —o limitada. Ese es el concepto que necesitamos utilizar en las ciencias sociales y en nuestra búsqueda de microfundamentos sociológicos.

A partir de los argumentos ofrecidos en esta disertación, invito al lector a que reflexione sobre la importancia de mejorar los métodos a través de los cuáles hacemos ciencia social. Este artículo es una exhortación a la tolerancia, pues al igual que en la ciencia política descrita por Gabriel Almond en 1988 en *Separate Tables: Schools and Sects in Political Science*, la profesionales de la sociología nos enfrentamos con divisiones metodológicas que no se justifican de ninguna manera, pues son divisiones que no corresponden a separaciones que existan en el mundo real. El análisis microsociológico le otorga a la sociología la posibilidad de producir conocimiento fino, sólido y comparable, mientras que el análisis macrosociológico y conceptual-colectivista es la base de la existencia de una Teoría de la Sociedad propiamente dicha, empresa inalcanzable a la luz de las abstracciones microsociológicas, estadísticas y matemáticas.

BIBLIOGRAFÍA

Agassi, Joseph (1960), "Methodological Individualism", *The British Journal of Sociology*, Vol. 11, No. 3, pp. 244-270, The London School of Economics and Political Science.

----- (1975), "Institutional Individualism", *The British Journal of Sociology*, Vol. 26, No. 2, pp. 144-155, The London School of Economics and Political Science.

Almond, A. Gabriel (1988), "Separate Tables: Schools and Sects in Political Science", *Political Science and Politics*, Vol. 21, No. 4, pp. 828-842, American Political Science Association.

Barnes, Trevor J. & Eric Sheppard (1992), "Is There a Place for the Rational Actor? A Geographical Critique of the Rational Choice Paradigm", *Economic Geography*, Vol. 68, No. 1, pp. 1-21, Clark University.

Bicchieri, Cristina & Gian Aldo Antonelli (1995), "Game-Theoretic Actions for Local Rationality and Bounded Knowledge", *Journal of Logic, Language, and Information*, Vol. 4, No. 2, pp. 145-167, Springer.

Boudon, Raymond (2003), "Beyond Rational Choice Theory", *Annual Review of Sociology*, Vol. 29, pp. 1-21, Annual Reviews.

Campbell, D. T., y J. C. Stanley (1966), "El problema y sus antecedentes", *Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación social*, Rand McNally, Chicago.

Coleman, James S. (1988), "Social Capital in the Creation of Human Capital", *The American Journal of Sociology*, Vol. 94, suplemento "Organizations and

Institutions: Sociological and Economic Approaches to the Analysis of Social Structure”, pp. S95-S120, The University of Chicago Press.

----- (1990), *Foundations of Social Theory*, The Belknap Press, Harvard University.

Douglas, Mary (1966), *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*, Routledge & Kegan Paul [Routledge Classics, 2002], Londres.

Elster, Jon (2003). “Coleman on Social Norms”, *Revue française de sociologie*, Vol. 44, No. 2, pp. 297-304. Éditions OPHRYS.

----- (1990), *El cambio tecnológico: Investigaciones sobre la racionalidad y la transformación social*, Gedisa, Barcelona.

----- (1989), “Social Norms and Economic Theory”, *The Journal of Economic Perspectives*, Vol. 3, No. 4, pp. 99-117, American Economic Association.

----- (1982), “The Case for Methodological Individualism”, *Theory and Society*, Vol. 11, No. 4, pp. 453-482. Springer.

Fararo, Thomas J. (2001), “Theoretical Sociology in the 20th Century”, *Journal of Social Structure*, Vol. 2, No. 2, spp., University of Pittsburg.

Fisher, Ronald A. (1930), *The Genetical Theory of Natural Selection*, Oxford at the Clarendon Press, Gran Bretaña.

Fischer, David H. (1970), “Fallacies of Question Framing”, *Historian's Fallacies: Toward a Logic of Historical Thought*, Harper-Collins Publishers.

- Friedman, Debra & Michael Hechter (1988), "The Contribution of Rational Choice Theory to Macrosociological Research", *Sociological Theory*, Vol. 6, No. 2, American Sociological Association.
- Goldthorpe, John H., (1998), "Rational Action Theory for Sociology", *The British Journal of Sociology*, Vol. 49, No. 2, pp. 167-192, London School of Economics and Political Science.
- Hammerstein, Peter & Reinhard Selten (1994), "Game Theory and Evolutionary Biology" en *Handbook of Game Theory with Economic Applications, Volume 2*, editado por Robert Aumann y Sergiu Hart, North-Holland.
- Hawthorne, James (1993). "Bayesian Induction is Eliminative Induction", *Philosophical Topics*, Vol. 21, No. 1, pp. 99-138, University of Arkansas Press.
- Hedström, Peter & Richard Swedberg & Lars Udéhn (1998). "Popper's Situational Analysis and Contemporary Sociology", *Philosophy of the Social Sciences*, No. 28, pp. 339-364, Sage Publications.
- Kincaid, Harold (1986), "Reduction, Explanation, and Individualism", *Philosophy of Science* No. 53 (4), pp. 492-513, University of Chicago Press.
- Lijphart, Arend (1971). "Comparative Politics and The Comparative Method", *American Political Science Review*, vol. 65, no. 3, The American Political Science Association.
- López Cachero, Manuel (1979), "Teorías de la utilidad", *Revista de Economía Política*, No. 83, pp. 131-145, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, España.

- Miller, Byron (1992), "Collective Action and Rational Choice: Place, Community, and the Limits to Individual Self- Interest". *Economic Geography*, Vol. 68, No. 1, pp. 22-42, Clark University.
- Mode, Elmer B. (1982). *Elementos de probabilidad y estadística*, Editorial Reverté, Barcelona.
- Munck, Gerardo L. & Isabel Vericat (2001), "Teoría de los juegos y política comparada: nuevas perspectivas y viejas preocupaciones", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 63, No. 1, pp. 3-40, UNAM.
- Neumann, John von & Oskar Morgenstern (1944), *Theory of Games and Economic Behavior*, Princeton University Press, Estados Unidos.
- Nickerson, Raymond S. (1986), "Arguments", *Reflections on Reasoning*, Hillsdale, New Jersey.
- Popper, Karl R. (1992[1945]), *La sociedad abierta y sus enemigos*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.
- Portes, Alejandro (2000), "The Two Meanings of Social Capital", *Sociological Forum*, Vol. 15, No. 1, pp. 1-12, Springer.
- Przeworski, Adam & Henry Teune (1970), *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Robert Krieger Publishing Co., Florida.
- Remes, Alain de (2001), "Elección racional, cultura y estructura: tres enfoques para el análisis político", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 63, No. 1, pp. 41-70, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Riker, William H. (1995), "The Political Psychology of Rational Choice Theory", *Political Psychology*, Vol. 16, No. 1, pp. 23-44. International Society of Political Psychology.

- Rubinstein, Ariel (1991). "Comments on the Interpretation of Game Theory", *Econometrica*, Vol. 59, No. 4, pp. 909-924, The Econometric Society.
- Sen, Amartya (1997), "Maximization and the Act of Choice", *Econometrica*, Vol. 65, No. 4, pp. 745-779, The Econometric Society.
- Shapiro, Ian (1998). "Can the Rational Choice Framework Cope with Culture?". *PS: Political Science and Politics*, Vol. 31, No. 1, pp. 40-42, American Political Science Association.
- Shively, W. Phillips (1974), "The Importance of Dimensional Thinking" y "Causal Thinking and the Design of Research", *The Craft of Political Research*, Prentice Hall.
- Simon, Herbert A. (1983), *Naturaleza y límites de la razón humana*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México [Primera edición en español de 1985].
- (1985), "Human Nature in Politics: The Dialogue of Psychology with Political Science", *The American Political Science Review*, Vol. 79, No. 2, pp. 293-304. American Political Science Association.
- Udén, Lars (2002). "The Changing Face of Methodological Individualism", *Annual Review of Sociology*, Vol. 28, pp. 479-507, Annual Reviews.
- Watkins, J.W.N. (1955), "Methodological Individualism: A Reply", *Philosophy of Science*, Vol. 22, No. 1, pp. 58-62, The University of Chicago Press.
- (1952), "The Principle of Methodological Individualism", *The British Journal for the Philosophy of Science*, Vol. 3, No. 10, pp. 186-189, Oxford University Press.

Fuentes electrónicas

Ferguson, Thomas S. (S.A.), "Game Theory". Texto en línea del sitio del Profesor Ferguson, University of California, Los Angeles, disponible en http://www.math.ucla.edu/~tom/Game_Theory/intro.pdf

Diccionario de la Real Academia Española (2010), consultado en línea el 28 de agosto en su sitio de internet <http://www.rac.es/>

Oregon Economics Blog (2010), en su página <http://oregonecon.blogspot.com/> consultada el 2 de septiembre.

Wikipedia (2010) en su sitio http://en.wikipedia.org/wiki/Game_theory#Extensive_form el 2 de septiembre para las imágenes requeridas.

ÍNDICE DE FIGURAS

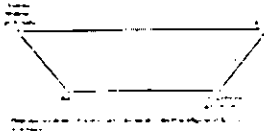


Figura 1. Esquema de la sociología comprensiva de Max Weber según James Coleman.

Fuente: Coleman, 1990:10.

Página 29.

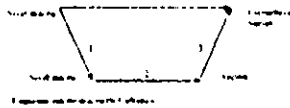


Figura 2. Esquema del individualismo metodológico de James Coleman según Lars Udéhn.

Fuente: Udéhn, 2002:494.

Página 30.

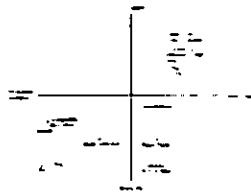


Figura 3. Plano cartesiano de los tipos de individualismo metodológico.

Fuente: elaboración propia.

Página 34.

Episodio	Acción Social	Estructura Social	Individualismo Metodológico	Sociología Comprensiva
Episodio 1	Acción Social	Estructura Social	Individualismo Metodológico	Sociología Comprensiva
Episodio 2	Acción Social	Estructura Social	Individualismo Metodológico	Sociología Comprensiva
Episodio 3	Acción Social	Estructura Social	Individualismo Metodológico	Sociología Comprensiva
Episodio 4	Acción Social	Estructura Social	Individualismo Metodológico	Sociología Comprensiva

Figura 4. Tabla sugerida para el tratamiento semántico relacionado con el concepto de argumentos.

Fuente: elaboración propia.

Página 47.

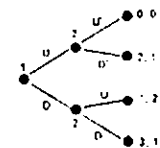


Figura 5. Representación extensiva de un juego

Fuente: Wikipedia, 2010.

Página 52.

		Alternativa 2	
		Certe	Apuesta
Alternativa 1	Certe	0,0	0,10
	Apuesta	10,0	-10,-10

Figura 6. Representación estratégica de un juego.

Fuente: Oregon Economics Blog, 2010.

Página 53.

	Categoría de eventos		Probabilidad	
	Evento 1	Evento 2	Probabilidad 1	Probabilidad 2
Evento 1				
Evento 2				

Figura 7. Categorización lógica.

Fuente: elaboración propia.

Página 64.

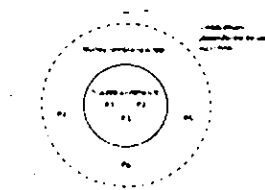


Figura 8. Delimitación conceptual del núcleo axiomático.

Fuente: Elaboración propia.

Página 75.

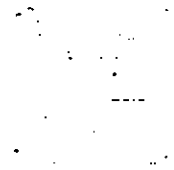


Figura 9. Posicionamiento de los conceptos de racionalidad.

Fuente: Goldthorpe (1998:178)

Página 77.

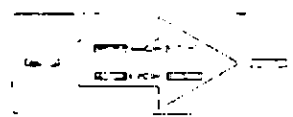


Figura 10. Jerarquía explicativa de los microfundamentos.

Fuente: Elaboración propia.

Página 90.

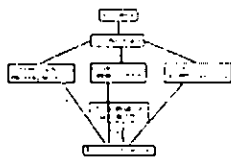


Figura 11. Vectores/mecanismos de producción de explicaciones microfundamentadas

Fuente: Friedman & Hechter, 1988:202

Página 92.

Figura 12: Esquema de la Teoría de la Elección Racional según Jon Elster

Fuente: Elster, 1990:65

Página 94.